

Biblioteca Hispano-Americana.



E. Barriobero y Herrán.

Syncerasto El Parásito.

NOVELA DE COSTUMBRES ROMANAS



Editor: Pueyo.
Mesonero Romanos, 10.

MADRID

Impresor: Marzo.
San Hermenegildo, 32.

1962

9

196472

MIGUEL MIRANDA

SAN PEDRO, 7

TEL. 429 45 76

28014 MADRID

SYNCERASTO EL PARÁSITO

12.330.1202

47/4667312

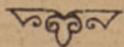
BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA

SYNCERASTO EL PARÁSITO

NOVELA DE COSTUMBRES ROMANAS

ORIGINAL DE

E. BARRIOBERO Y HERRÁN



MADRID
LIBRERIA DE PUEYO
Mesonero Romanos; 10
1908



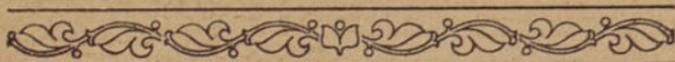
Sr. D. Salvador Rueda.

QUERIDO Y ADMIRADO MAESTRO:

*Usted que tiene y derrocha tantas bondades,
dispéñeme la de aceptar para su corona esta
flor mustia del jardín de un escéptico.*

*Con la mayor vehemencia de su corazón vehe-
mente, se la ofrece su constante admirador*

E. Barriobero y Herrán.



SYNCERASTO EL PARÁSITO

I

Era el tiempo en que Ovidio el divino gemía en Tomos con su destierro las conmovedoras *Elegías* y los cantos angustiosos del libro *Los Tristes*.

Calla la historia la causa de que el poeta Caballero cayera en desgracia para con Augusto, el primero entre todos los admiradores de su talento, y viérase obligado á remolcar hasta el Ponto Euxino sus diez lustros, cargados con el recuerdo de un sacrificio en el ara de Venus por cada grano de arena que pasó por el nudo de su clepsidra. Para unos cuantos fueron las crudezas que su desenfado estampó en el mara-

villosa *Ars amandi*. Para muchos, para todo el pueblo, anhelante siempre de la sagrada hostia de la murmuración, fué la escena brutal que las tapicerías de Lydia no supieron encubrir para sus ojos avisados de poeta amatorio. Las osadías de Livia y las obscenidades de Julia podían encontrar en su lira inmortales acentos, y fué preciso que el poeta cantara en donde torbellinos de viento helado absorbieran las vibraciones de su voz, y en donde una población salvaje no pudiera encontrar deleite, ni emoción estética, ni alimento para su procacidad nativa, en el latín almibarado del autor de las *Heroidas*.

De nada le sirve la intercesión de los amigos; de nada los sacrificios que á los dioses ofrece; de nada las estrofas en que el oro del ritmo sujeta los brillantes de sus lágrimas para demandar el perdón del ofendido Augusto. Augusto no perdona. ¿Perdonamos acaso á quien nos aventaja en grandeza?

El poeta piensa en la muerte de su enemigo; un decreto de su imaginación poderosa, de su imaginación tan fecunda como hubo de ser para crear el ensueño maravilloso de las *Metamorfosis*, convierte al César en Dios. Augusto, antes de morir, tiene un templo en el Ponto Euxino, y allí Ovidio le ofrece inciensos.

Y algunas veces piensa con dulzura melancó-

lica: Tiberio, que será César después de Augusto, abrirá para mí las puertas de Roma.

El desdichado poeta, desde su odioso destierro, no podía medir ni compulsar todas las perversidades que tenían asilo en el corazón del protervo Claudiano.

Al fin, un buen día, el verdugo inexorable del poeta, peinó con atildamiento sus cabellos ensortijados y rubios y adornó su rostro con su gesto más bello, para esperar el beso de la Pálida, después de haber suplicado á Livia que le reservara en su memoria un sitio de primer término.

Los magistrados municipales de las ciudades y de las colonias, condujeron á Roma su cadáver y lo entraron por la Puerta Triunfal, precedidos de la estatua de la Victoria y seguidos del orden de los Caballeros, quienes por precepto del Senado habían substituído con anillos de hierro sus anillos de oro en señal de luto.

A los lados del féretro, la joven nobleza de los dos sexos cantaba sentidísimos himnos fúnebres, que al desgranarse en cadencias graves, arrastradas por la brisa del Aventino al Capitolio, reforzaban la majestad de aquella noche solemne.

Cuando la comitiva imperial llegó á la Tribuna de las Arengas, adelantóse hasta ella un joven vigoroso, de talla gigantesca y miembros

armónicos; apartó de su frente audaz y espaciosa un mechón de cabellos negros, y mientras sus ojos grandes brillaban en la obscuridad con resplandores felinos y devolvían enérgicamente los destellos de las antorchas, fluían de su boca palabras rituales, pronunciadas lentamente y acompañadas de un gesto artificioso, desagradable y duro.

Calló el orador, que llamábase Tiberio Claudio, y simuló enjugar una lágrima con la punta izquierda de su peplo, porque la mano izquierda le obedecía mejor que la derecha en los caprichos de su hipocresía y en las determinaciones de su perfidia. Los senadores pusieron de nuevo sobre sus hombros la carga imperial para conducirla al campo de Marte; siguióles la multitud como un cortejo de sombras, y poco después la piadosa Luna, que en un cendal de nubes había ocultado su rostro para no recibir en él la traidora caricia de los ojos de Tiberio, destacó su faz radiante y dejó caer una sonrisa sobre dos miserables que no habían querido seguir á la comitiva.

Uno era el actor Apolonio; el otro Syncerasto el Parásito. Vestía el actor delicada túnica de Preneste; cubría el Parásito sus carnes maceradas por la escasez con una sucia toga de lana, tejida burdamente en Tívoli.

—¿Te has fijado—preguntó Apolonio—en

el rostro de tu pariente? Yo le observé mientras hablaba, y de mi estudio deduzco que Augusto no escribió el nombre de Tiberio en sus tablas testamentarias.

—Mi primo será emperador—repuso altivo Syncerasto.—¿En dónde ha de buscarlo Roma, sino en la familia patricia de los Claudianos?

—La fortuna no sabe Lógica.

—Pero Roma sí sabe hacer justicia. Entre nuestros títulos tenemos veintiocho consulados, cinco dictaduras, siete censuras, siete triunfos y dos ovaciones. Desde que Tito Tacio nos invitó á entrar en la ciudad con nuestra clientela, llevamos el sobrenombre *Nero*, que en lengua sabina significa *valiente*.

—Lo sé; pero en cambio no he olvidado que en otro tiempo llevasteis el apellido *Lucius*, y creísteis necesario abandonarlo porque uno de los vuestros fué asesino y otro salteador.

—Convictos murieron, ciertamente; ¿pero es justo pedir honra al apellido que no da pan?

—Convengamos, amigo mío, en que la historia de las familias antiguas y numerosas es un misterio tan impenetrable como los misterios del firmamento; por la misma vía nos llegan; la luz que matiza las flores y el rayo que hiende los árboles. Un Claudiano ilustre, Caudex, cruzó el mar y arrojó de Sicilia á los cartagineses; otro Claudiano, tu primo Appius, cuan-

do para su deleite hizo esclava una joven libre, ocasionó la ruptura del Senado con el pueblo. Tu tío Pulcher, cuando era lugarteniente de Augusto en Sicilia, vió un día que los pollos sagrados se resistían á comer y ordenó que los arrojaran al mar, mientras él, pisoteando todos nuestros sentimientos religiosos, decía con humorismo que hace resaltar su crimen: «Que beban, ya que comer no quieren».

—Pero luego dió una batalla naval y la perdió; esto deja saldada su cuenta con los dioses.

—Tiberio no será emperador; conozco bastante bien á Roma para poderme adelantar á su pensamiento.

—Será emperador, porque así lo quieren los manes de aquella Claudia valerosa, que cuando vió encallado en las arenas del Tíber el navío que nos trajo la estatua de Cibeles, quitóse el cinturón y con él atrajo el buque á lugar seguro, porque pidió á los dioses que le prestaran fuerzas, y en efecto, se las concedieron, dando así público testimonio de su castidad, puesta en entredicho por los murmuradores.

—Si Tiberio es emperador, ya no vagaremos juntos en estas noches de luna, ni mezclaremos en el mismo vaso para beberlas juntos las amarguras de nuestra vida miserable.

—Yo nada espero de mi primo; es ambicioso

y gustará más de tener en su compañía soldados que hombres de ingenio.

—¿Y ha de consentir el emperador que su primo pida limosna en la Puerta de los Tres Horacios?

—Lo consentirá mientras no tenga una sucia tercería que encomendarme; por otra parte, yo nada he de pedirle. Acaso valga más mi libertad que su púrpura.

—¡Y yo que esperaba de tu influencia nada menos que mi rehabilitación!

—Si la suerte me pone alguna vez junto á mi primo, le pediré gracia para ti, que quien pide para otro no mendiga, protege.

Callaron los dos como asfixiados por el hedor de su miseria. En la desembocadura de la vía Sagrada resonaron los pasos de la comitiva luctuosa. En el ambiente flotaban aún notas dispersas de los himnos fúnebres que poco antes cantara la juventud patricia en loor de Augusto. Pasó junto á ellos un hombre que había sido pretor y les aseguró que al iniciarse la cremación de la materia muerta, el César habíase elevado hasta el cielo cabalgando sobre un águila; los miserables cambiaron una mueca escéptica y el ex pretor corrió á difundir su fábula, que voló en Roma con las alas de oro que le había puesto Livia, la orgullosa, entre cuyos proyectos estaba el de que la crédula

ciudad la venerase como viuda de un dios. El mismo oro tuvo fuerzas para imponer el silencio á todos los labios y la meditación á todos los cerebros. Algunos libertos sonrieron también aristotélicamente, y ante la burda fábula brotaron lágrimas sinceras de los ojos de aquellos centuriones á quienes Augusto había llamado compañeros en los vivacs de Macedonia, Sicilia, Dalmacia y Alejandría.

Rendidos al muerto los honores máximos, el pueblo escoltaba á los senadores, quienes debían leer el testamento imperial antes de que el nuevo sol quebrara sus rayos en las aguas que mecieron las cunas de Rómulo y Remo. Desde cuatro meses antes estaba en poder de las Vestales y de letra del liberto Hilarión hallábase consignado allí el nombre de Tiberio.

El pueblo romano, que sin emoción escuchó las frases concluyentes en que el emperador muerto lo hacía heredero de cuarenta millones de sestercios, prorrumpió en exclamaciones delirantes al escuchar el nombre del vencedor de las naciones alpinas y los ejércitos alemanes, húngaros y dálmatas.

Tiberio Claudiano había temblado muchas veces ante la consideración de aquel momento sublime. Los aplausos del pueblo evocaron en su espíritu dolorosas remembranzas. Todos sus mayores habían sido enemigos del pueblo, de

aquel pueblo que saludaba su nombre con vítores y palmas. Ningún Claudiano quiso vestir la ropa de duelo en las ejecuciones capitales, y por el contrario, muchos, con los pretextos más fútiles, persiguieron y agredieron á los tribunos de la plebe. Por su imaginación pasaron atropelladamente los días terroríficos de su infancia, la escena brutal en que su madre quiso entregarlo á la voracidad de las olas, porque con sus gritos imtemperantes estuvo á punto de descubrir á sus parientes fugitivos, y el ensueño trágico del bosque incendiado por todas partes en medio del que se encontraba. Después se le representaron los días de luz de su adolescencia; cuando altivo y elocuente pronunció la oración fúnebre de su padre; cuando gallardo y apuesto siguió á caballo el triunfo de Augusto, vencedor de Actium; cuando alcanzó laureles envidiables en los juegos actiáticos y en los juegos troyanos; sus brillantes combates contra los cántabros y contra los armenios; el paso heroico en que recobró de los Parthos las águilas que habían arrebatado á Roma; los presagios en que desde antiguo había cifrado su esperanza de regir el imperio, hablaban en aquel instante á sus oídos con cadencias de himno triunfal; entre nubes de gloria veía á su madre, que llevándolo en el vientre incubaba entre sus manos un huevo de ga-

llina y al calor de su deseo vehementísimo, rompiase la envoltura calcárea para dar paso á un pollo irisado y resplandeciente, ostentador de una cresta soberana, roja y erguida, como un símbolo indudable de majestad. Recordaba con deleite su primera expedición militar, cuando al frente de su ejército cruzaba las florestas de Macedonia para llegar á los verjeles de Syria; saludó con fervor el campo sagrado en que tuvo lugar la batalla de Filipo, y los altares levantados allí á las legiones victoriosas, se encendieron de pronto, sin humana intervención. Contemplaba los dados de oro colocados por el oráculo de Gerión en la fuente de Apolo y al través de las aguas rientes leía en ellos felicidad y fortuna y veía tremolar como banderas triunfales las alas del águila rara y misteriosa, de especie nueva y desconocida, que se detuvo á mirar al sol en el tejado de su casa de Rodas.

Pero pronto el cielo azul, constelado de recuerdos felices, vese abrumado de nubarrones informes, amenazadores, inexorables, como heraldos de aniquiladora tormenta; el destierro, voluntario sólo en apariencia; el amor dulce y melancólico que para la gentil Agripina guardó de por vida su corazón, aun después de repudiarla compelido por la preceptiva laberíntica de las costumbres romanas; la odiosa Julia, su mujer por rescripto del príncipe, que arrastra-

da por los ímpetus de su carne viciosa no supo ser esposa ni madre; el asesinato de Agripa que manchaba de sangre su conciencia...

Tiberio Claudiano vacila; soy «indigno—piensa—para tanta dignidad». Sus respuestas ambiguas tienen en suspenso al Senado, hasta que alguien califica de artificiosa su incertidumbre, y con la energía peculiar de aquellos hombres nacidos sólo para la política y para el campamento, le increpa:

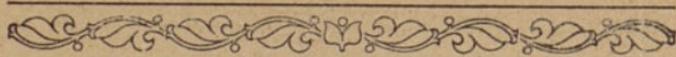
—¡Que acepte ó que renuncie!

Tiberio se rehace, acepta y habla con acento vacilante. Fíngese débil para comportar sobre sus hombros la grandeza de Roma. «Roma es el Universo—dice—y la palma de mi mano es muy pequeña; no puede abarcar el Universo.» Una vez más insiste la multitud en sus ruegos y el hijo adoptivo de Augusto sométese á la voluntad del pueblo, confiado en que el pueblo conocerá el momento en que su vejez le haga merecedor del reposo.

Salió del Senado la brillante multitud en grupos que á lo largo de las calles íbanse desgranando, como bandadas de aves que acabaran de llegar al país término de su trashumancia.

El primer rayo de sol sorprendió un abrazo efusivo, testimonio de convivencia miserable, que junto á los muros informes del templo

comenzado á erigir en tiempos de César, al pie del monte Tarpeyo, en honor de Marte, cambiaron Apolonio el actor y Syncerasto el Parásito.



II

Roma, que como todos los pueblos de grandeza intelectual rindió siempre al ingenio culto fervoroso, tuvo una época en la que habló mucho de Syncerasto.

Perteneció su padre á la primera nobleza, y sus festines pródigos dieron al traste con su peculio, envidiado por muchos que de ricos blasonaban en las ocasiones más solemnes. Dió espectáculos magníficos en todos los barrios de la ciudad, y para ellos hizo venir actores y atletas de todos los países; asistió vestido y caracterizado de Dios Baco al banquete secreto *de las doce divinidades*, en el que Augusto, entre dioses y diosas, representó el papel de Apolo, y con arreglo á su categoría ocupó la cabecera. Este festín fué calificado de escandaloso, aun por la misma Roma, saturada de escándalo, y dió lugar á epigramas como éste:

«¡Romanos! Tendremos hambre, porque nuestros dioses se han comido todo el trigo», que circulaban de boca en boca. Después del banquete, por hacer con mayor esmero y delicadeza los honores al emperador Augusto, apasionadísimo de los juegos de azar, perdió el padre de Syncerasto una suma considerable de dinero, y este fué el principio de su ruina. Cuando los goces y los vicios habían consumido ya toda su hacienda, fuese á reñir la batalla con el Cerbero trifauce, dejando todavía impúber á Syncerasto.

Las tertulias que los casados libertinos tenían en la Basílica, los grupos de fanfarrones que á todas horas poblaban el templo de Cloacina y los rebaños de testigos falsos que aguardaban el soborno de los litigantes en el atrio de los comicios, ofrecieronle un asiento que pronto el joven logró convertir en estrado, y desde allí la fama de su ingenio picaresco y agudo elevóse como torbellino de humo hasta los hogares de los mozos disolutos y los viejos enamoradizos, quienes se lo disputaban como *mosca*, como *sombra*, como *scorto*, como *parásito*, y le pagaban con un asiento en sus orgías los servicios que como tercero les prestaba en sus empresas de obscenidad y envilecimiento.

Labrax el Banquero, puso una vez dos ases en la bolsa que vacía le mostró Syncerasto, y

deslumbrado el Parásito de tanta esplendidez, ofrecióse á su servicio.

Durante cuatro años prodigó Syncerasto á Labrax sus complacencias y gozó en cambio de su mesa y su dinero, porque Labrax era generoso como un Evergetes; pero un día los dioses dispusieron que acabara la felicidad del vagabundo, y á este fin determinaron que el banquero comprase por precio ventajoso unos esclavos extranjeros de ingenio más fino que el de su parásito; éste volvió á ver su bolsa vacía de continuo, y una noche en que, como tenía por costumbre, presentóse sin invitación á uno de los banquetes de su amo, encontró su sitial ocupado por uno de aquellos esclavos despierotos y sutiles, á quien Labrax, en presencia de algunos amigos, acababa de dirigir las palabras sacramentales: *Chriselo, liber esto*. (Chriselo, sé libre).

Syncerasto retiróse avergonzado. El huracán de los recuerdos presentó un momento á su memoria los días resplandecientes y abundosos de su primera juventud; vió mecerse entre nubarrones grises su cuna de nácar y cedro; una lágrima tendió una cinta de plata sobre su rostro de bronce, y poco después paseaba meditabundo, de la Basílica al templo de Cloacina, llevando sobre sí toda su hacienda, que consistía en un frasco de aceite, un cepillo de baño,

un vaso, un par de zuecos, una palia rota y mugrienta y su bolsa prensada y escurrida.

Eclipsada su estrella bienhechora, sintió pasar sobre su cabeza muchos días de hambre y amargura, en los que, además, tuvo que sufrir las burlas de los pícaros y los denuestos y las injurias de los esclavos. Sus antiguos protectores pasaban junto á él sin saludarlo, y su ingenio, marchito por el dolor, le negaba colores para sus chistes y vitalidad para sus iniciativas.

Una de esas alianzas caprichosas, que traba el dolor, era la de Syncerasto con el actor Apolonio; había éste alcanzado en la escena triunfos colosales; desempeñó en las *Atelanas* como ninguno de sus predecesores, primero el papel de *Manduccus*, el que asustaba á los inocentes aldeanos y á los niños con sus colmillos retorcidos y sus baladronadas, y luego el de *Dossenus*, el hombre ridículo, ignorante, presuntuoso, interpretador y adivinador de sueños y tercero en empresas amorosas.

Tal fué algún día su prestigio, que las *thesauras*, ó billetes de entrada al espectáculo, tenían grabada sobre la plancha de marfil ó de plata la efigie de Apolonio, caracterizado de *Dossenus* ó de *Manduccus*.

Un gesto destemplado y agresivo para el público, que en un momento de flacidez de su vocación artística, sustrajeron al infeliz Apo-

lonio la confianza y el orgullo puestos de acuerdo para perderlo, provocó las iras de Augusto, quien después de hacer que cincuenta latigazos contundieran sus espaldas desnudas, prohibió que volviese á tomar parte en los espectáculos teatrales.

La suerte del actor no fué tan dura como la del poeta; Apolonio pudo arrastrar su miseria por las calles de Roma y pudo impetrar de sus propios dioses el perdón de su culpa; Ovidio el desdichado, ni aun tuvo el consuelo de poder fustigar el rostro de su verdugo con una mirada de odio. Para los dos hubo quien con insistencia pidiera la misericordia del César; pero Augusto, que fué tan constante en sus amistades como en sus aversiones, murió sin perdonarlos.

La hora tercia del primer día en que Tiberio Claudiano pudo decirse, á solas con sus egoísmos insaciables: *el imperio es un lobezno y yo lo tengo cogido de las orejas*, mientras el autor de las *Metarmorfosis* evocaba para su consuelo los manes de Bruto y Casio, juntó á los dos vagabundos en la vía Lolliana.

Saludáronse inclinando sus frentes plegadas, cambiaron un beso en la mejilla izquierda y se miraron después como para preguntarse si un augurio era cimiento de alguna esperanza en el futuro.

Siguió un momento de silencio melancólico; Apolonio colocó cuidadosamente en sus labios la sonrisa teatral que arrastraba todos los días por las calles de Roma, y dijo en tono cariñoso al pariente del nuevo emperador:

—Nada, querido, nada; ni un sestercio, ni una comisión que valga una crátera de vino, ni un amigo que nos haya guardado una migaja de su mesa. Vamos como ayer á contemplar los frescos que hace cuatro siglos pintaron Damóphilo y Gorgaso en el templo de Ceres; sírvanos el arte de alimento. Vamos á recrear la vista, ya que el destino ha condenado á la inacción nuestras mandíbulas.

—¡Ni un sestercio!—exclamó Syncerasto.—
¡Qué desdicha! Con sólo un sestercio seríamos felices.

—¿Felices?

—Sí, Apolonio. Un curandero griego, que dormía junto á mí en las covachas de Ostia, me ha enseñado la receta de Epiménides contra el hambre.

—¡Contra el hambre! ¡De ese imperio nosotros tenemos el cetro! Del hambre sabemos mucho más que tu curandero griego y muchísimo más que el propio Epiménides.

—Esa receta puede ser una trinchera contra el más dañino y pertinaz de nuestros enemigos.

—¿En qué consiste?

—Lo sabrás cuando tengamos por lo menos dos ases para comprar sus componentes.

—¿Quieres guardar el secreto?

—No quiero excitar tu apetito; pero si te interesa conocerla, escucha: se asan cebollas, se pican y se mezclan con cabezas de adormideras en proporción de una de éstas por cada cinco de aquéllas; se añade miel á discreción, se muele todo y se hacen píldoras como aceitunas. Con tomar dos cada día basta para que el estómago deje de ser pedigüeño y la imaginación no se escape á organizar juegos de gladiadores extraídos del osario, ni procesiones de Vestales ensangrentadas por puñales asesinos.

—Tal vez tu receta sea buena; pero ¿cuándo podremos condimentarla?

—Confío en que alguna vez ha de parar su vista en nosotros la diosa Fortuna.

—No fíes, Syncerasto, en la Fortuna; es como el vidrio: brillante y frágil. Yo tengo un proyecto y lo estimo en mucho más que tu específico.

—Un proyecto bien concebido puede tener mal resultado.

—Tú eres bastante razonable para comprender que el hambre no se deja engañar con medicinas.

—Pero tengo muy presente que el camello, por querer cuernos, perdió las orejas.

—Escucha y juzga después.

—Mis oídos son tus esclavos desde este momento.

—Mi túnica de Preneste, virgen aún de manchas, gracias á mi cuidado exquisito, tiene virtud para conseguir que se te franqueen la puertas de la mansión imperial; preséntate á tu primo; declárale tu situación precaria, y el César no ha de consentir que un Claudiano pida limosna en la Puerta de los Tres Horacios. Dame tu sucia toga de Tívoli y deja tu hacienda á mi cuidado.

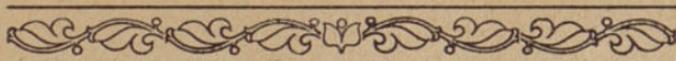
—Apolonio: quien acepta un beneficio, vende su libertad; el gallo en su estercolero es el supremo poder; yo vivo muy bien arrastrándome sobre la tierra, porque no corro el peligro de una caída mortal, y en cuanto á la protección de Tiberio... tú sabes que hasta para ahorcarse es preciso elegir un árbol hermoso.

—Tu primo se ofenderá cuando sepa que lo necesitas y no lo buscas.

—Ten por seguro, que mi primo el emperador ha de querer alistarme en alguna centuria, y aun acaso, por el prestigio de nuestro apellido, me confiera su mando; pero ya sabes que no soy hombre de armas.

Insistió el actor; opuso el Parásito sus mejo-

res razones y trajo en su ayuda todos los refranes y sentencias en que hasta entonces había cristalizado la filosofía empírica; pero vencido al fin por la facundia y el gesto de Apolonio, despojóse de su toga y vestido con la túnica del actor interdicto, dirigióse con paso vacilante á la casa de Tiberio.



III

Tiberio, como Augusto, por respeto á la memoria de la gloriosa República, cuyo recuerdo constituía un culto para los romanos de entonces, desdeñó en los primeros días de su gobierno la magnificencia imperial, y oculto su orgullo bajo los cendales de la modestia, siguió viviendo en su casita humilde del monte Palatino, para la que rehusó el ornamento de la corona cívica que en el vestíbulo quiso colocar el Senado.

La noche de sus bodas con el triunfo, soñado desde su infancia y deseado con deseo hidrópico en el que encontró alientos para soportar los escándalos de la libidinosa Julia con una paciencia digna de un candidato al imperio, pero infamante y depresiva para un marido del orden quiritarario, esta noche anhe-

lada, al dotar de realidad las creaciones audaces de su imaginación agujijada de continuo por efluvios alcohólicos, ha causado en su rostro una deformación estupenda. Encendidas granulaciones de una erupción cutánea han escrito en sus mejillas una historia de crápula y vicio que no se atreven á desmentir sus cabellos lacios, como su virilidad, ni sus ojos turbios de borracho intemperante.

Cuando su Nomenclátor le anuncia la llegada de Syncerasto y lo entera del grado de parentesco que le une con el vagabundo, pasea inquieto, con la cabeza inclinada sobre un hombro y adormecidos los grandes ojos turbios, por una habitación circular, entre cuyos muros blancos se ven empotradas y equidistantes columnas de base robusta, fuste liso y capitel pobre, reveladoras de la agonía del arte jónico. En el mosaico del pavimento, entre franjas de colores vivos y cenefas de figuras geométricas regulares, conservan actitudes estáticas las abigarradas siluetas de algunos sacerdotes arios, confundidas con otras de guerreros alemanes. El techo es una bóveda valiente, en la que resplandecen todas las gallardías del arco y de la curva, como única nota de vigor en medio de aquella decadencia universal. Acaso estas gallardías póstumas impusieron quietud á los pinceles que habían

respetado la blancura perlina del yeso bruñido.

Amplios ventanales dejan que al través de finísimas telas de Palata y otros pueblos de la ribera del Indo, se filtre una luz suave y triste, como luz preparada con arreglo á fórmula, para no herir las pupilas de un enfermo.

Syncerasto se adelanta para besar la frente de su primo y éste lo detiene con un gesto cesáreo, que cae como un azote sobre la mejilla del vagabundo.

—No te desdeño—dice Tiberio rectificándose al notar la turbación de su pariente—. En Roma ya no han de saludarse los hombres con un beso como era costumbre, y mi casa, y mi familia y mi persona, serán siempre las primeras en prestar á nuestra santas leyes la obediencia que todos les debemos. Ahora, di á uno, que como tú pertenece á la familia ilustre de los Claudianos, lo que deseas del César.

—No ignoras, Tiberio, que mi padre, cuando yo no había tomado aún la ropa viril, me desposó con el hambre, y hoy, en la despensa de mi ingenio, nada hay que pueda satisfacer las exigencias justas de mi compañera.

—¿Y cómo vives, primo mío?

—Reconciliándome con la muerte...; ya somos amigos; algunas veces me deleita pensar en ella y su abrazo frío me promete todas las

venturas que la existencia se obstina en negarme.

—¡Te hiciste filósofo!... Un emperador y un filósofo hacían falta para completar la gloria de nuestra familia... ¿Eres acaso cristiano?

—Conocí á muchos partidarios de Raabi Jeshona Ben-Josepha; pero los de nuestro país son *docetas* ó *fantasiastas*, que le niegan la naturaleza real y corpórea y yo estoy más conforme con los *ebionitas* de Palestina, que lo consideran hombre solamente. Puede el hombre ser dios; pero Dios no puede ser hombre.

—Con esas palabras ofendes á nuestra religión.

—La religión es cosa de ricos; te diré, además, que los cristianos predicen un infierno para después de la vida. ¡Ya ves que sarcasmo, César!

—Seas lo que fueres, no ha de faltarte mi protección; eres Claudiano y además tienes inteligencia. ¿Cuál es tu oficio?

—Soy mendigo; marchitáronse las flores de mi buen humor y los poderosos me rechazan de sus banquetes. Labrax el Banquero fué el último que gozó de mi maledicencia.

—¿Mendigo has dicho?

—Sí.

—¿Y lo confiesas sin pudor?

—Mi oficio es noble; los ricos triunfan con

las alas del orgullo, y en esas alas los pobres ponemos las plumas.

—Tu oficio es infame. Desde hoy gobernarás una provincia; elige la que más te agrade y ve á ella; pero ten presente que á los pueblos, como á los rebaños, se los trasquila y no se los desuella.

—No, César; no quiero ese gobierno. El poeta Ovidio, vuestra víctima, el que á tu antecesor y á ti os maldice desde Tomos, nos hizo aprender que nuestras espaldas comportan con dificultad los fardos á que no están acostumbradas. Tú no ignoras, César, que un mismo calzado no sirve para todos los pies... No quiero ese gobierno, primo mío; ni los años ni la miseria pudieron arrancarme la devoción que por mi padre siento y, como él, disipo mucho mejor que administro.

—Tu franqueza te honra, y por ello insisto en apartarte de tu vida lastimosa. ¿Conoces la isla de Capri?

—La conozco. Mi padre fué allí confidente de los placeres de Augusto, y en su compañía grata la visité muchas veces. ¡Qué hermosa es la isla de Capri! Su recuerdo coronado de luz surge todavía en mis ensueños. Mares de color de cielo la besan con voluptuosidad subyugadora; por sus montañas bravías se arrastran en deleitosa bacanal las vides y con su abrazo

sibarítico y fecundo ciñen los olivos, los pinos y los naranjales; sobre sus crestas de severidad griega dan al espacio sus melancolías las palomas y las gaviotas; en sus grutas de topacios aguardan la salida del padre Sol los insectos más bellos. Recuerdo bien aquella hermosa perla del mar, digna del grupo divino de las Cyclades, que Augusto arrancó al tesoro de Nápoles, al que dió, en cambio, la tierra feraz y agreste de Isquia; no es la primera vez que el arte ha triunfado de la ambición... Recuerdo el palacio imperial del segundo César, con sus muros espesos, sus columnas impecables, sus galerías espaciosas, sus estatuas y sus trofeos, testimonios de victorias obtenidas en todos los países de la tierra. Módena y Padua colocaron allí muebles de marfil, ébano y oro; Persia envió sus sedas voluptuosas y delicadas; Babilonia no respetó el maravilloso mosaico de sus pavimentos y atrevióse á cubrirlos con alfombras de mil colores. El marfil de la India, la Etiopía y la Trogloditide se disputó el honor de adornar los lechos con el ébano de Africa, el ámbar amarillo de los mares del Norte y las escamas doradas de las tortugas de Oceanitide. Plumas de las aves asirias acariciaron mi frente abrumada de tanta grandeza; deliciosa miel de España habló del Olimpo á mi paladar exigente, y los cobres cincelados

por los galos, y los cueros artísticos del Ponto, y las perlas del golfo pérsico y la Topabana y los vasos murrinos de la Caramania y la Parthia, deleitaban mis ojos con juegos deslumbrantes, mientras recreaban mi espíritu los perfumes desvanecedores de nardo, canela, cañafístula, cinamomo, cadamomo, gizir, mazir, clavel, mirra, cáncamo, polígala y rosas...

... ¡La isla de Capri! A su derecha, el Vesubio lanza sus torrentes de humo, como si sacerdotes vivieran en su seno para ofrecer desde allí continuos sacrificios al dios Deleite; al Mediodía, los mares sicilianos depositan á sus pies montículos de espuma como hacecillos de flores deshojadas y quiebran los rayos de luz, deshaciéndolos en lluvia de topacios y esmeraldas. Al Oriente, el valle lascivo de Sorrento, tendido como un emperador africano que acariciara las rosas de su barba sobre cojines de verdura suave y cariñosa, la bahía calma de Salerno, y en último término, los Abruzzos, ese coro de gigantes risueños á quienes la petrificación sorprendiera cuando recreaban su espíritu con juegos infantiles.

—¡Qué hermosa es Capri!—confirma Tiberio emocionado—. Tu verbo luminoso de romano gozador á ella empuja mi pensamiento. Tengo en Capri otras maravillas que no has mentado. Allí me aguardan hermosas mujeres

cuyos ojos son estrellas de amor; tiernos efebos de labio que apenas sombrea ligero bozo de oro, forman con ellas á mi vista la triple cadena que arrastra mi imaginación, mis sentidos y mi carne á los días más claros de mi juventud vigorosa. En los lugares más secretos me reservan placeres que ningún otro hombre ha conocido y aun estoy por decirte que no es dado soñarlos á nuestros dioses. Las florestas y los bosques son asilos consagrados á Venus, y en ellos, la juventud de los dos sexos, sobre los picos de las rocas me deleita con sus voluptuosas aptitudes, realzadas por sus trajes de Ninfas y Sylvanos. Preciosos libros y delicadísimos cuadros me dan lecciones de goces siempre nuevos. Allí me aguardan los niños de pecho, *mis pececitos*, que juegan conmigo en el baño y evocan en mi carne sensaciones dulces que llenan de divinidad todo mi ser... ¿Te gustaría vivir en Capri?

—Mis pies duros de vagabundo sólo saben ya pisar los pedernales de la calzada Placentina, el granito de la Puerta Capena ó el polvo calizo de la vía Sagrada.

—Ve á Capri. Te nombro *Intendente de mis voluptuosidades*.

—Gracias, César. ¡Que los dioses premien tu buena voluntad; pero... dame antes un látigo para despertar la virilidad dormida de tus efebos.

—¿Desdeñas esos goces?

—Creo en el amor.

—El amor sigue al deleite como lo accesorio á lo principal. Convierte á mis efebos y á tus mujeres en estatuas ó en criaturas sin sexo, y ve si después vive el amor para nosotros. Yo amo á mi jarro porque sabe derramar su vino delicadamente sobre mis labios; si mi jarro no tuviera esta virtud, si mi jarro no me proporcionara este deleite, no lo estimaría en más que cualquier otro utensilio de mi cocina.

—Mi dialéctica, Tiberio, es grosera y tosca; no me sirve para discutir con mi soberano, porque se ha encenagado en la Puerta de los Tres Horacios, en la Basílica, en el templo de Cloacina y en el atrio de los Comicios. Renuncio, pues, á convencerte de que la mujer es la única fuente de ese sentimiento delicado que se llama amor, de que el deleite es una florecencia dulcísima del amor, pero no es su fruto único ni principal, y de que vivís fuera de las leyes naturales y del camino que nos señalan nuestros dioses, cuantos engañáis vuestro espíritu y vuestro cuerpo con esas brutalidades importadas aquí por nuestro ejército y entronizadas por Julio César, á quien el glorioso Cicerón, en pleno Senado escupió al rostro el nombre execrable de Nicomedes. No hablemos más de tus efebos; por evitar la mortifi-

cación de su presencia renuncio á la isla de Capri.

—Luego no admites la dignidad que te ofrezco.

—Es una dignidad indigna de un Claudio. En ocasiones, el pan envilece más que el hambre.

—Y, entonces. ¿Qué puede hacer el César en favor tuyo?

—¿Acaso en Roma no has de necesitar alguna vez un hombre hábil para los negocios de tu ambición?

—Ya mis ambiciones son pequeñas y fáciles de realizar.

—Sin embargo, en la piel delicada de un emperador, la picadura de un mosquito debe de producir comezones y dolores sólo comparables á los que la lepra nos puede causar á los pícaros.

—Dices bien, Syncerasto. Voy á poner á prueba tu destreza, tu afecto al pariente y tu adhesión al soberano.

—De todo eso guardo buena provisión; dime lo que desees.

—Junto á la Puerta Viminal tiene la casa de su tráfico Sagaristion, el leno más codicioso que los lares romanos han protegido. Sagaristion es dueño de la hermosa Jovía, divinidad para la que tengo dispuesto un altar en Capri.

Jovía, según me ha dicho uno de mis esclavos, está enamorada de Alcesimarco, el Soldado Fanfarrón. Por otra parte, si éste no la compra hoy mismo, su amo la presentará mañana, día de las fiestas afrodisiacas, en el mercado del templo de Venus. El César, que se propone dar á Roma ejemplo de sobriedad y buenas costumbres, no puede comprarla en el mercado; así que es preciso que tú hables á Sagaristion, luches con Alcesimarco y hagas, en fin, todo lo conducente á que Jovía ocupe su altar de Capri.

—Jovía será tuya.

—Mucho ha de hacerte falta para vencer al leno y al soldado.

—Mucho no; algo sí. Para venir á verte dejé á un amigo el cuidado de mi hacienda, que, como la de todos mis compañeros de profesión, ó faltos de profesión, mejor dicho, consiste principalmente en el cepillo de baño, el frasco de aceite y la bolsa de cuero; siempre la llevo sobre mí, para lo cual ato el frasco con los cordones de la bolsa, y á modo de alforja lo cuelgo todo sobre mi hombro derecho... pero mi bolsa no pesa... y no encuentro medio de comportar mi carga en mi peregrinación tras de Jovía.

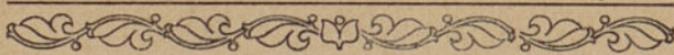
Tiberio sonriente desliza tres ases en la mano huesuda de Syncerasto; después le pregunta:

—¿Tienes bastante por ahora?

—Puedo comer dos días; pero has de considerar, que como Sysisfo, voy á subir la peña de tus amores á la montaña de Sagaristion; para que mis fuerzas no flaqueen necesito beber; Baco es el mejor amigo de las montañas.

Tiberio da á su primo un puñado de sester-cios, y cuando Syncerasto adivina en un gesto imperial la señal de despedida, sale de la estancia murmurando:

—Desea y manda como un César; pero paga tan mal como un profesor griego.



IV

Entregado á curiosas reflexiones sobre la receta de Epiménides contra el hambre, paseaba el actor por la vía Lolliana, vestido con la toga de Syncerasto y cargado con su hacienda, cuando vió que llegaba el Soldado Fanfarrón, Alcesimarco, y se dispuso á pedirle algo con que atender á sus necesidades de aquel día.

¶ Erguido su talle gigantesco, flotante su clámide, desnudo su cuello robusto y musculoso, llenos de luz sus ojos negros impetuosos, en los que brillaban los deseos con radiaciones metálicas, parecía el triunfador Alcesimarco una encarnación humana del dios Marte, de aque dios glorioso entre todos, hijo de Juno y de la flor misteriosa que fecundó sus entrañas, y nacido para deponer á los pies de Venus la pasión más intensa y más constante de cuantas

se hiciera homenaje á la versátil esposa de Vulcano.

Al verlo avanzar en la vía Lolliana, instintivamente hubiérase buscado el gallo melancólico, heredero por metamorfosis de la torpe individualidad de Aleccion, desde el punto en que este soldado soñoliento incurrió en el desatino de dejar que su amo Marte fuera sorprendido en los brazos de Venus.

Piadoso y exorable como un dios, detiene su mirada en Apolonio, escucha sus palabras de amargura, y como si no concibiera la posibilidad de caída tan terrible, le dice con doloroso tono:

—¡Apolonio! ¡Gloria excelsa de nuestro teatro! ¿Es posible que sea tu situación actual desdichada como me dices?

—Hasta las enfermedades, Alcesimarco, son más piadosas que la gloria; ésta no deja huella ni recuerdo de su paso.

—Y aquellos días en que alabábamos todos tu talento, ¡cómo martirizarán ahora tu espíritu con su recuerdo!... Yo no encuentro palabras eficaces para darte con ellas un consuelo.

—El consuelo no socorre; pero en cambio el socorro consuela.

—Un sestercio, un as, una mina, sólo pueden ser un oasis en el desierto árido de tu miseria, y yo quiero hacer algo más por ti. ¿Eres libre?

—Libre soy y de ello me complazco al pensar que así puedo ser esclavo tuyo... ¡Los esclavos comen, Alcesimarco!

—Pues en mi triclinio tendrás un puesto, si con habilidad realizas una gestión que voy á encomendarte.

—Habla.

—¿Conoces á Sagaristion?

—No sé; no importa. Dime lo que necesitas de Sagaristion.

—Sin duda lo conoces; es el leno avariento, el sucio comerciante de carne rosada y placentera que vive junto á la Puerta Viminal.

—Ahora recuerdo que conozco á su esclava Phronesia.

—Sagaristion es dueño de la flor más delicada que criaron los verjeles de la Scytia; en su último viaje robó y trajo á Roma la hermosa Jovía, en cuyos ojos de fuego se abrasa hoy mi corazón

—Por todos nuestros dioses, te juro que Jovía será tuya.

—Espacio, Apolonio, que la empresa no es fácil. Por ella me ha pedido Sagaristion quince minas y hasta pasado mañana no puedo tenerlas; pero es lo más doloroso que mañana, como sabes, se celebran las fiestas Afrodisiacas y en el mercado de Venus tendrá el leno para Jovía muchos compradores. Habla tú á Sagaristion

ó válete de tu ingenio para que la escita no aparezca en el mercado.

—Por todos nuestros dioses, te juro nuevamente que Jovía será tuya.

—Mucho ha de hacerte falta para triunfar del leno, que es astuto como la zorra y sutil como el gorrión.

—El mucho y el poco son accidentes que sólo tienen el valor reflejo de la substancia. Para lograr mi propósito comenzaré por seducir á la vieja Phronesia.

—¿Seducirla dijiste?... Demasiado duro es el sacrificio.

—Haré que ni Venus ni Cupido asistan á nuestros desposorios.

—¿Y podrás seducir á una hembra que oyó cantar á los Arvales y vió nacer á Saturno? Amontonadas sus picardías formarán baluarte superior á las catapultas de tu acometividad y de tu ingenio.

—Como buen militar sabrás que cuando las armas no son útiles para determinada guerra, es preciso luchar con alguna clave.

—¿Y tú la tienes?

—Sí; Phronesia fué mujer devota del emperador Augusto, y el mejor presente que puedo ofrecerle es su retrato.

Alcesimarco pudo comprender lo que Apolonio quería decirle, porque al mismo tiempo le

mostraba éste su bolsa vacía y puso en ella con solemnidad una moneda de oro.

—¿Te basta con eso?—le preguntó á continuación.

—Para satisfacer mis deseos, sí; para satisfacer los tuyos, no—contestó el miserable.

—¿Qué quieres decir?

—Figúrate que me mandas llevar un vaso de agua á tu hermano Primus, que la espera sediento en el Campo de Marte y mi toga se enciende en el camino. ¿Qué debo de hacer en este caso con arreglo á tu moral de soldado?

Añadió Alcesimarco unos cuantos ases á su primera dádiva y fué confiado en las seguridades que Apolonio le había ofrecido.

—Ya tengo dinero—pensó el actor, acariciando sus monedas—. Ahora cuando Synce-rasto me devuelva mi túnica, quedaré convertido en el maestro Apolonio ó en el señor Apolonio, según lo que se prometa de mí el que me nombre; pero ya no seré Apolonio el pícaro. ¿Quién se atreve á llamar pícaro al poseedor de una moneda de oro, cuarenta sestercios y una túnica de Preneste no desflorada por el aceite ni por el vino? Hay en el gran ejército del vulgo una legión muy numerosa, la legión de los románticos, que se ha impuesto la necia tarea de consagrar las equivocaciones y velar con escrúpulo por conservarlas disfrazadas de gran-

deza; de Simónides, el imbécil, ha hecho esta legión un Dios. Que lo veneren ellos y que sigan ellos su ejemplo; para mí será siempre ridículo. Mientras el barco se hunde y sus compañeros de viaje salvan presurosos su dinero y sus joyas, Simónides, enfático, los mira con aire compasivo; yo juzgo que su imaginación trabaja en pulimentar el mármol en que quiere dejar esculpida ostentosamente su frase necia: «Simónides—le dicen—, tus riquezas no corren menores peligros que las nuestras; ponlas como nosotros en salvo.» «Conmigo llevo todas mis riquezas», contesta el filósofo griego, dando por fin á luz la frase que se gestó en su seno, mientras en el abismo se gestaba la muerte. Ya tiene la legión vulgar de los románticos un monumento más para su museo de necedades. A mí en cambio me gustaría ver á Simónides en Roma, en Grecia, en las Galias ó en Palestina, repleto de ingenio y de filosofía, pero sin una moneda de oro, ni una túnica en buen uso...

Aquí llegaba el actor, cuando á su lado vió á Syncerasto radiante de alegría. Después de besar su frente, iluminada por la satisfacción interior, le dijo Apolonio:

—En tu rostro leo que el César es piadoso.

—Para soltar las cuerdas de su bolsa necesité poner en pie de guerra todas mis aptitudes; pero traigo con qué comprar las cebollas, las

adormideras y la miel, que ha de ser de los Apenninos, porque á la española sólo tienen derecho los quirites.

—Ya no convienen esos alimentos teóricos á tu condición de pariente del emperador... ni á la mía, porque has de saber que á mi cargo tengo una comisión de la que, con tu ayuda, obtendré para los dos algunos días de placer y abundancia.

—¿Y cuál es tu empresa?

—He arrendado mis argucias á mi amigo Alcesimarco, para evitar que Sagaristion venda en el mercado de Venus una esclava, de la que está enamorado.

—Y esa esclava... se llama Jovía.

—¿Cómo sabes tú...?

—Apolonio, somos muy desgraciados. Yo debo robar á Jovía para que Tiberio se la lleve á la isla de Capri.

—¿Desgraciados, dijiste? No, amigo Synce-rasto; para una joya de poco valor tenemos dos compradores espléndidos.

—Ten presente que quien corre dos liebres á la vez, se queda sin una y sin otra.

—Pues dejemos al César sin ella, que más medios tiene de consolarse.

—Me hablas de traición y yo no quiero excitar la cólera de mi soberano.

—Tal vez algún día la sufras sin tu culpa;

el odio de los tiranos es un detalle de su traje.

—No insistas, Apolonio; yo quiero servir á mi primo.

—A mí me parece que en primer lugar debemos apoderarnos de Jovía y luego adjudicarla al mejor postor.

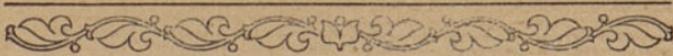
—Más acertado sería cobrar á los dos su precio y entregársela á mi amo.

—Ahora me pareces más razonable que cuando hablabas del específico de Epiménides.

Y los dos hampones encaminaron sus pasos hacia la Puerta Viminal.

Al hacer su camino, discutían planes de la batalla que iban á reñir contra Sagaristion, y entre sus palabras brillaban unas veces los reflejos del puñal y otras la luz diáfana y rosada de los amores.

Cuando llegaron á la casa del leno, Syncerasto arregló con presuntuosa coquetería los pliegues de su túnica de Preneste, y Apolonio, cargado siempre con la hacienda miserable del Parásito y vestido con su toga sucia de Tívoli, fuese á vagar por la ciudad en busca de un sitio cómodo para obsequiar á su estómago con una fiesta, durante la que, desde el huevo hasta la manzana, continuaría sus burlas á cargo de Simónides y de la legión vulgar de los románticos.



V

Caldea y Babilonia fueron los dos primeros pueblos de la tierra que, acaso por haber edificado la familia sobre bases distintas de la voluntad y el amor, por haber introducido el dogal de la ley en el santuario del hogar, ó por haber inyectado en el corazón humano el corrosivo del interés, se vieron compelidos á reglamentar el instinto sexual y hacer una distinción, más ó menos radical y escrupulosa, según las comarcas, los tiempos y las razas, entre las mujeres fáciles para el placer y las que entregaban á la conciencia ó al cálculo el imperio de su carne.

Una idea religiosa y un concepto exaltadísimo de los deberes de hospitalidad, dan origen, en ambos pueblos, al desbordamiento de la prostitución y conquistan para ella un lugar respetado en las costumbres y en las le-

yes. En donde el viajero fatigado tiene derecho á reclinar su cabeza sobre el seno blando y cálido de la mujer ó la hija de su huésped; en donde por la noche descienden á la tierra los enviados del Señor para fecundar con su gracia sobrenatural á las esposas de los justos, necesariamente hubieron de estar abiertas para el pudor las válvulas de salida, hasta poner al angustioso Jeremías en situación de sollozar avergonzado:

«Vagas ¡oh cortesana! por todas las colinas y te has prostituído bajo todos los árboles.»

En ningún pueblo se ha repetido el ejemplo de lascivia que ofrecen en Caldea las hijas de Lot, cuando embriagaron á su padre para entregarse á él. Los gozadores y los estetas más decadentes no han sabido imitar ni repetir las exquisiteces sensuales de Semiramis, ni las brutalidades lascivas de Sardanápalo, consagrado por los babilonios como dios de la disolución y el deleite.

A Grecia y á Roma, como una enfermedad infecciosa, contagiaron la prostitución los citados pueblos; pero al organizarla se orientaron de modo distinto. En Grecia la prostitución es un arte. Para Roma es un detalle de su tocado de vicios.

Cuando el austero Solón amputó á la sociedad griega las *dicteriadas* para recluirlas en

lupanares públicos, dentro de los que la ley tenía poder hasta para fijar el precio de las caricias, quedaron en contacto con aquel pueblo de sabios, de artistas y de héroes, otros dos órdenes de cortesanas: las *aulétridas* y las *hetairas*.

Las aulétridas eran hábiles ejecutantes de música en diversos instrumentos ó en el canto y en el baile; pero con el ejercicio de su arte divino enardecían y exaltaban los sentidos de sus espectadores hasta el punto en que hubiera sido gravísima falta de piedad resistirse á ofrecerles una calma que para muchos era 1a vida.

El orgullo que les inspiraba su profesión artística, les hacía rechazar el nombre de cortesanas; orgullo legítimo, pues artistas eran en todo. Cuéntase que conocían secretos y procedimientos capaces de agotar las fuerzas de Alpharbal, primero y más robusto entre todos los gigantes.

Las hetairas eran las verdaderas cortesanas, las reinas del deleite; pero no á todos arrendaban sus encantos; reservábanse la facultad de elegir, y bien tenían á donde aplicarla, pues su talento, su cultura y su distinción exquisita rodeábanlas continuamente de amadores poderosos. Paseaban por las calles en magníficas literas, de las que transcendían

esencias enervadoras, rodeadas de eunucos, sobrecargadas de collares, arracadas y sortijas de oro, bajo sutiles y frescas gasas de seda. Como si se hubieran propuesto embellecer con su amor y sus gracias la vida de los artistas, ó inspirar con sus ojos educados en todos los misterios de la pasión las obras del genio, aquellos inmortales tuvieron con ellas ruidosas aventuras; los poetas más grandes engarzaron la vida de las hetairas en el oro de sus divinas estrofas; Praxiteles, Zenón, Apeles y Fidias las immortalizaron en sus obras de arte plástico; en el friso del Parthenon encontraba rostros conocidos de una orgía cualquier griego galante.

La ocupación favorita de estas deliciosas mujeres era el estudio de la Filosofía, y en la esfera de esta ciencia ejercieron un influjo notable, señaladamente en cuatro de las escuelas que á golpe de silogismo se disputaban el imperio de este mundo: la *epicúrea*, la *socrática*, la *cínica* y la *lesbia*, que tomaron sus nombres, respectivamente, de Epicuro, cantor acertado de los amores voluptuosos; Sócrates, panegirista delicado del amor espiritual; Diógenes, sucio rebuscador en los muladares del amor grosero, y Sapho, difundidora funesta del amor incompleto y unisexual.

La Roma de Tiberio era todavía el pueblo de soldados que formó Julio César; tenía la fuerza como nota saliente y dominante de todas sus aptitudes; allí era más estimado un atleta que un genio, y de esta idiosincrasia emanaban una terquedad y una grosería en los gustos y en la selección de los placeres, que contrastaban de modo repugnante con el afeminamiento de las clases principales. La prostitución es en Roma un vicio y no es más; en ella no hay delicadezas ni radiaciones de arte; las mercaderes del amor no son aulétridas ni hetairas; son prostitutas, *sepultureras* ó *lobas* que van de noche, después de haber llorado á jornal en los entierros fastuosos, á prostituirse con los guardianes de tumbas, ó vagan por los campos atrayendo á los hombres con sus alaridos feroces, ó son meretrices, que, bajo la custodia del leno, aguardan en sus cubículas el estipendio de los viciosos.

El lupanar de Sagaristion era muy parecido á todos los lupanares romanos; tal vez fuera el más distinguido; pero sólo se diferenciaba de los otros por algunos detalles de ornamentación. Tenía dos puertas á calles distintas, y las dos daban acceso á un patio rectangular rodeado de celdas ó cubículas cuya entrada era tan estrecha que apenas podía dar paso á una persona; estaban cerradas por tupidas

cortinas, de las que colgaban cartelillos que por un lado tenían escrito el nombre de guerra de la meretriz y el precio á que cobraba sus momentos de amor, y por el otro la palabra *ocupata*. En el interior de la cubícula sólo había una cama y una lamparilla que, generalmente, afectaba la forma de un Priapo, un Falo, un Mutino ó una Mutuna. Sus paredes estaban pintadas á la aguada con asuntos mitológicos, en los que, la selección, más que al interés de las figuras ó al ingenio de las creaciones, ateniase á la plasticidad de las formas ó á la lubricidad de las escenas.

Algunos años más tarde, en una de las cortinas que velaban las cubículas del lupanar de Sagaristion, un cartel había de ostentar el nombre de *Lysica*, bajo el que la madre del noble Británico, con los cabellos ocultos bajo blonda peluca y un velo dorado sobre el pecho por todo ropaje, acogía con mimos y caricias á cuantos se acercaban á ella después de haberles cobrado el precio de su envilecimiento, para salir á la hora prima, «cansada, pero no satisfecha», ennegrecida por el humo de la lámpara, con los ojos fatigados y la carne contundida en la lucha contra sus amantes, á los que se prometía y no se entregaba.

Cuando llegó el Parásito á la casa de Sagaristion, pudo contemplar en la plenitud de

su esplendor una de aquellas fiestas lúbricas que se celebraban al inmolar una doncella su virginidad en los lupanares romanos. La gran muestra, sobre la puerta principal colocada, que representaba un enorme Falo, hallábase adornada de musgo, cantueso, mejorana y flores de jara y helecho. Sobre el frontispicio lucían, enlazados caprichosamente, ramos de laurel y encina; en el patio rectangular oíase armoniosa música de sistros, flautas y tambores, y cuando llegó Syncerasto, tuvo que detenerse para dejar paso á una procesión, en la que una multitud policroma seguía la marcha grave y solemne de un mancebo como de veinticinco años, hermoso, con aquella hermosura que sólo ha concedido la naturaleza á los aristócratas de Roma. Nuevas eran é impecables su toga pretexta y su lacticlava; en sus botines de terciopelo negro brillaban ostentosas lunas de riquísimos diamantes, cuyas radiaciones luminosas se confundían con las que lanzaban los brillantes de los anillos ajustados á sus dedos largos, blancos y finos y de los brazaletes enroscados á sus muñecas como serpientes de luz.

A juzgar por su continente aparatoso, hubiera sido difícil precisar si era un senador del Imperio ó era un histrión de Suburra poderoso y afamado.

Entre la multitud que le rodea destacan sus diez parásitos favoritos, que levantan sus tazas de cuatro ángulos sobre todas las cabezas; los gimnastas y los gladiadores hacen á su paso mil gestos y dan saltos innúmeros, como si se hallaran sobre la arena del circo; los bufones le insultan con dichos soeces y los poetas vagabundos, andrajosos y pálidos, le recitan versos laudatorios; de entre aquella masa heterogénea salen voces, palabras, versos y refranes. De tiempo en tiempo, el rumor cesa, hácese un instante el silencio, suena claro y distinto en las flautas, los sistros y los tambores el preludeo de un himno lúbrico, y á continuación, un coro de jóvenes dice con voces vibrantes:

Que suspiren los sistros y doblen los tambores;
que conozcan las vírgenes la miel de los amores;
que lleguen los efecos coronados de rosas
á los lechos propicios que dispuestos están
y que se fundan todas las flautas armoniosas
con la flauta de Pan.

Lleguen las cortesanas más jóvenes y bellas;
mírennos con sus ojos brillantes como estrellas;
que de gozar se sienta la carne dolorida
mientras que los espasmos sucediéndose van
y que corran gozosas las fuentes de la vida
en honor al dios Pan.

Que se alcen como cumbres de seda y luz los senos
que se ofrezcan los labios de las bacantes llenos
de lúbricos deseos, de angustias lujuriosas
y que desfallezcamos en un goce inmortal,
y que funda los cuerpos, los astros y las rosas
deleite universal.

Que cante el Universo en el triunfo del día;
que todo sean notas de la misma armonía
y la Naturaleza sea la inmensa pauta;
que arda el mundo en la llama de un mismo dulce afán
y amor florezca en rosas y música en la flauta
sonora del dios Pan.

Por la pendiente de la colina Viminal desapareció la lúbrica procesión entonando siempre alabanzas al gozador opulento y ostentoso.

Cuando ya en la lejanía comenzaban á perderse las notas sensuales del himno, cuando el sol besaba el suelo con su disco enrojecido como si hubiérase ruborizado de contemplar aquella escena genuinamente romana, cuando á la puerta del lupanar de Sagaristion quedaban solamente tres meretrices desnudas, con las cabezas ocultas bajo pelucas de crines doradas, adelantóse Syncerastó, y después de frotarse los ojos como para borrar las huellas de un ensueño, penetró en el patio de la mancebía.

Sagaristion había salido á gestiones de su

tráfico, y como resolviera esperar su regreso, obtuvo de la vieja Phronesia permiso para conversar con Jovía.

Jovía era un acabado y hermoso modelo del tipo escita; en sus ojos negros como la noche, brillaban las concupiscencias del amor como las constelaciones en el cielo. Una diadema de oro circuía su cabeza y realzaba la hermosura de su frente cuadrada y amplia; sobre sus hombros desnudos caían torrentes de su pelo negro, sutil y sedoso, abrigado por los cosméticos griegos. Sus labios finos y carminados vigorosamente, brindaban mejor las exquisiteces del amor epicúreo, que los goces diogénicos. Su palabra llegaba al corazón sin encender la sangre. Vestía una túnica de seda blanca que no velaba y realzaba los encantos de sus formas perfectas.

Adelantóse con andar solemne de diosa, y dijo erguida sobre sus sandalias, á la vez que ofrecía en sus labios de púrpura un beso que Syncerasto no se atrevió á recoger:

—¿Vienes á comprarme?

—Acaso; pero no para mí, que sólo á los dioses les son permitidos los manjares tan delicados como ha de ser tu carne joven.

—¿Te manda tal vez Alcesimarco?

—Acaso él me envía; no es un dios el Soldado Fanfarrón, pero parece hijo de una gallina

blanca, porque tiene la suerte de que tú le recuerdes y beses su nombre al pronunciarlo. Acaso, Jovía, me manda otro amante tuyo; de tu compra quiero hablar con Sagaristion.

—Alcesimarco no tiene como tú los ojos azules, ni rubios los cabellos; me disgusta su carne de bronce y me aterran sus ojos de lobo. Esclavo, bésame.

—Sea si tú lo quieres; pero te advierto que no soy esclavo.

—¿Qué eres?

—Nada; ni siquiera ciudadano. Soy gladiador del hambre y acaso esté muy cerca de pronunciar el *morituri*; soy uno de esos desgraciados á quienes los poderosos llaman moscas, sombras, parásitos...

—¿Cuál es tu nombre?

—Syncerasto.

—Syncerasto, bésame; quiero contemplar cómo mi rostro se refleja en el fondo de tus ojos azules.

—No, Jovía, no te asomes al fondo de mis ojos, que vas á horrorizarte; no es espectáculo digno de tu alma hermosa y joven el que en el fondo de mis ojos ha de ofrecésete. Mis ojos han visto ya miserias y crímenes y guardan el sedimento de esa vida triste, vergonzosa y canallesca que en Roma vivimos los hampones.

—Cómprame para ti; quiero ser tuya.

—Si el leno te entrega por unos cuantos ases que tengo en mi bolsa...

—¡Qué hermoso eres, Syncerasto!... Quiero ser tuya para siempre, para siempre.

—Veré si consigo robarte; pero no olvides que mis banquetes se celebran bajo el pórtico del Foro.

—No importa; cómprame.

—¡Inocente! Bien se ve que no conoces nuestra vida. Yo puedo amarte, con un amor como jamás ha podido soñarlo tu imaginación escita; yo puedo coronar tu frente con rosas de pasión blancas y melancólicas; yo puedo gritar con voz más poderosa y fuerte que la de Stentor: ¡Romanos, adorad á Jovía, que en sus ojos brillan todas las excelencias de nuestros dioses y en su corazón todas las abnegaciones de nuestros héroes! ¡Su carne es blanca como luz! ¡Sus labios son rojos como fuego y en ellos los míos han sabido beber la ciencia de Minerva y la energía de Júpiter! Sus senos son dos cisnes de rosado pico; sus caderas de nieve son dos ánforas rebosantes de los deleites más exquisitos. ¡Romanos, adorad á Jovía!...

—Calla, Syncerasto, calla; tus palabras me arrastran á un mundo desconocido, déjame besar tu boca, que descubre para mí soles y

mares más hermosos que cuantos contemplé hasta hoy...; llévame contigo, quiero ser tuya siempre, siempre.

—¡Jovía infeliz! Yo diré todo esto en las calles y en las plazas de Roma; yo confesaré á gritos que te amo, porque es verdad, te amo, Jovía. Nunca mujer tan hermosa como tú, se me ofreció con ingenuidad como la tuya. Si tus gracias no se hubieran apoderado de todos mis sentidos, hubiérame hecho tu esclavo la gratitud; pero tú, alma hermosa de mi vida, no puedes ser la mujer de Syncerasto. Vagaríamos juntos, arrostrando la cólera de quien me manda para que te compre y la envidia de todos los libertinos de Roma; esto es, de todos los romanos. Vagaríamos juntos, y á nuestro paso, la aristocracia y la plebe unirían sus voces para decir: —¿De quién es Jovía? ¿De Syncerasto? ¿Quién es Syncerasto? Nadie. Pues lo que de nadie es, con arreglo á nuestro derecho quirritario, pertenece al primer ocupante... Ya lo ves, Jovía, por haber querido ser mía, tendrías que ser de todos... Ya ves la dicha que puede ofrecerte el hombre que con todas sus energías te adora, y el que al separarse de ti ha de dejar á tus pies su corazón y su cabeza.

—Cómprame, Syncerasto, vamos á mi país; allí podremos amarnos sin que nadie turbe

nuestra dicha. Yo te diré cómo has de comprarme. Oculta entre mis cabellos tengo una perla muy hermosa, que por este medio he salvado de la codicia de Sagaristion. Vale de seguro cuarenta minas; tómalala con tu mano, y cuando la hayas vendido, ven á comprarme.

Syncerasto, con los ojos preñados de lágrimas, permanecía inmóvil junto á la escita, sin oponer una negativa eficaz á los deseos de la joven, ni resolverse á tomar la perla. Jovía lo miraba siempre, con fijeza melancólica, ofreciéndole apasionada sus labios y sus senos impecables. Hubo un instante de silencio dulce, muy dulce, en el que la mente del parásito dibujó un futuro redentor de suaves caricias y deleites intensísimos, y los ojos de Jovía irradiaron la luz de un deseo interno subyugador y absorbente; alucinada por aquel relámpago que fluyó de su alma, le ciñó el cuello con sus brazos desnudos, y por las mejillas de los dos corrió un llanto sublime que al sosegar sus corazones atormentados, divinizaba su pasión, repentina y asoladora, como son las pasiones de las almas puras.

A la luz bellísima del iris que para los dos vino en pos de aquella tempestad de anhelos, Jovía tomó la mano del vagabundo y la colocó sobre su cabeza, en el sitio en que ocultaba

la perla. Syncerasto la besó ardientemente antes de guardarla en su pecho, y salió más dispuesto que á buscar el dinero emancipador, á pedir consejo para sus perplejidades infinitas, á la luz, al aire y á la vida.



VI

Jamás cerebro humano vióse conturbado por pensamientos tan extraños y contradictorios como los que con sus resplandores aturdían el cerebro de Syncerasto, en su corto viaje de la colina Viminal al barrio Transtiberino. Acariaban sus oídos de pronto como música de la divina flauta de Apolo; ensordecíanle á continuación como truenos fulminantes; deslumbraban sus ojos con visiones olímpicas y se los repletaban de lágrimas con los horrores del Cócycito; envolvían su ser en perfumes voluptuosos de nardo y de mirra y lo anonadaban con el vaho pestilente de carne podrida. Brillaban ante su imaginación, exaltada por el amoroso coloquio, la aurora y el rayo, el puñal y el haz de flores, el vino griego y la cicuta; en torno suyo Júpiter el Omnipotente, Saturno el inexo-

rable, Venus Afrodita, la compasiva y fácil, Acté la irascible, Juno la esquiva, Hércules el fuerte, Cupido el débil, Adonis el gallardo y Baco el barrigudo, le solicitaban llenándolo de perplejidades, por no saber á quién había de ofrecer ni á quién había de negar sus inciensos.

—Jovía me ama—pensaba Syncerasto en los escasos momentos de vagar que concedían á su espíritu las alucinaciones y las pesadillas—, Jovía me ama; pero en la entraña de este amor, ¿reside mi felicidad ó reside mi desgracia? Jovía es escita y á mí me es familiar la topografía de su país; mi padre lo visitó y por él tengo exactas referencias y descripciones. Hay en la Scytia un río tranquilo y fecundo; en sus orillas crecen cañas gigantescas y flores irisadas; junto al río, gustando la sublime placidez de sus dos orillas, viven los Galactófagos, seres pacíficos que se alimentan de leche, aman la justicia y odian la guerra; pero á muy pocas millas de estas buenas gentes, viven los antropófagos, los odiosos deglutidores de nuestros corazones sangrientos, los impíos trituradores de nuestros huesos vibrantes. ¿Quiénes de estos escitas mandan á Jovía sobre mí? Jovía es dulce, tierna y cariñosa como un día de primavera; sin duda las flores de su carne crecieron en las orillas del río Abiano y los dioses me la envían para compensarme las muchas amarguras de mi vida miserable; yo la

exaltaré hasta la divinidad con mi cariño; para ella será mi corazón, maravillosa fuente de ternuras, y mi palabra tendrá virtud para erigirle un templo, más rico que el mejor de nuestros templos y que el mejor de los templos egipcios y griegos; Roma saludará su presencia como la presencia del César; humillará el sol sus rayos sobre las estatuas de Jovía en el Foro, en el Senado y en el Circo; haré que siempre la rodee una nube de perfumes orientales y que cítaras apolíneas acaricien de continuo sus oídos. A sus pies gordezuelos y rosados como pichones jóvenes, amontonaré el pueblo panes sagrados, vertirá torrentes de vino puro y en danzas caprichosas tejerá bóvedas de flores y cintas. Sobre la mesa de sus festines combinarán fantásticamente sus irisaciones los topacios, las esmeraldas y los vasos de oro, con los surtidores de aguas perfumadas y las copiosas lluvias de esencias... Pero ¿cómo yo, miserable parásito, infundiré realidad á estos ensueños? ¿Por qué doy cuerpo á estos deseos que como serpientes han de atormentar mi alma? ¡Necio, necio de mí! Mi estupidez de ahora es tan grande que hace sabio y prudente al griego Callicón; este desdichado tuvo mucho tiempo por almohada un ánfora de barro, y como le molestara su dureza, discurreó llenarla de musgo. En esta misma labor ocupaba yo ahora todos mis sentidos. ¡Pobre

Jovía! No puedo hacerte mía y quiero hacerte diosa de los romanos. Renuncio, almita desdichada, renuncio á erigir con mis manos el podium de tu templo; erigido de mis manos sería débil y amenazaría con un cataclismo espantoso la estatua impecable de tu cuerpo. Te entregaré á Tiberio; él puede corregir todas las vilezas del gusano con las alas policromas y sutiles de la mariposa. Y después yo, vagaré como un muerto sin tumba y volveré muchas veces los ojos al sitio en que mi corazón sucumbió carbonizado por el fuego de tus miradas...

¿Y es justo que me resigne á esta desgracia? Hombre soy, y en lo humano nada hay que pueda ser ajeno á mí, como muchas veces oí decir en el *Heautontimorumenos*. Jovía será mía; si no en el Foro, ni en el Senado, ni en el Circo, en mi pecho tendrá estatuas y templos y mi amor florecerá para ella en exquisiteces y sacrificios que hagan olvidar á los poetas las ternuras de Hero y Leandro. Jovía será mía y coronados los dos de rosas, levantaremos nuestras copas de oro en honor á la diosa ciega y calva que parará todos los días su rueda en la puerta de nuestra casa...

De nuevo el parásito elevábase sobre sus visiones de luz y sentíase gozar al lado de Jovía todos los deleites de la tierra, cuando de pronto se encontró en la tienda de un platero del barrio

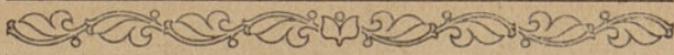
Transtiberino, adonde inconscientemente había dirigido sus pasos.

Julio César había puesto de moda las perlas desde que para buscarlas exclusivamente hizo un viaje á Bretaña, y por esto sin duda el orfebre se apresuró á poner en manos de Synce-rasto cincuenta minas á cambio de la preciosa piedra.

Dueño impensadamente de una cantidad tan superior á sus esperanzas, á sus cálculos y á su costumbre, reconcilióse de pronto con la realidad y llevó su mente á las primeras horas de aquel día en que para pedir limosna había salido á la Puerta de los Tres Horacios.

Un momento lo dominó la idea de hurtarse á los ojos de Jovía, desligarse del compromiso contraído con el emperador y abandonar á las intrigas de Apolonio la seducción de la joven en beneficio de Alcesimarco.

Pero los encantos de la escita habían deslumbrado su alma, y sin poder evitarlo con reflexiones ni con propósitos, dirigió nuevamente sus pasos al lupanar de Sagaristion.



VII

Lleno su estómago de manjares nada románticos, vagó Apolonio por las calles de Roma, saludando con su gesto teatral á cuantos al mirarle parecían recordar sus triunfos pretéritos, y cuando calculó que Syncerasto habría convenido con Sagaristion la forma de adquisición de Jovía, dirigióse al lupanar, entonando desde el fondo de su pecho ditirambos en honor de la molicie y el placer, dioses mayores, hijos del dios supremo, Dinero, con arreglo á la mitología que para su uso había confeccionado durante el vagar abundante que le concedía su interdicción.

Apolonio entró en el lupanar antes de que regresara su amigo, y como la vieja Phronesia temiera que la virginidad de Jovía se deshojase entre el discreteo agudo de aquellos hampones, resistióse á consentir que el actor hablara con

ella, si Sagaristion, que debía de llegar muy pronto, no lo autorizaba expresamente.

—Vieja sucia como una oveja recién parida— decía el tercero de Alcesimarco—. ¿Qué te importa que los lobos de la la sensualidad desgarran esas carnes, si nada te deben?

—Sal de aquí, buey de Saboya, carnero auvernés, liberto de las Górgonas, hijo de Pasifae y del toro á quien sedujo aquella mala hembra; sal de aquí, que Jovía morirá virgen antes de ir adonde la lleven tus palabras, disgustantes como el murmullo de la estigia, ó tus manos enfangadas como pezuñas de cerdo casero.

—¿Por qué me hablas así, cierva saltona de los lupanares romanos? ¿Acaso crees que mis labios marchitos por mi vida miserable no sabrían despertar los goces que sin duda duermen en la cloaca de tus sentidos? Tu amor seco y áspero, más que el salazón que nos traen los fenicios, agrio como el vino picado que beben los céltas, puede ser golosina exquisita para mi paladar hecho á las drogas más inmundas. Hagamos al soldado presente de los encantos de Jovía y gocemos tú y yo el ocaso de nuestras fuerzas con esa fruición de los que saben que apuran la última copa, y si les queda sed no han de tener vino para saciarla.

—Calla, viejo hediondo, caballo muermoso... Tu carne es corteza seca de naranjo comida de

hormigas y tus palabras son escuerzos que chapotean en el lodo. ¿Por que hablas de amor, si tus lisonjas suenan á injurias? ¿Por qué me ofreces deleites, si el contacto de tu carne sucia repugna como la leche viscosa de la higuera en flor?

—Tú no me has mirado Phronesia; mi cuerpo es hermoso y mi carne limpia y cuidada con baños tibios y aceites olorosos, es maestra de goces que no deleitaron aún tu vida de *loba* y *bustuaria*. ¿Por qué no aceptas la orgía de pasión que te ofrezco? Yo sé de placeres que los demás hombres no conocen y los compartiría contigo en un día sin sol, para gozar también la delicia del contraste, amándonos cuando durmiera enervada toda la Naturaleza.

—¡Calla! Sucio acuaduz de las sentinas de la infamia. Mi cuerpo ha sufrido ya todas las prostituciones; pero mi espíritu no se ha manchado aún en orgías tan asquerosas como la que me ofreces

—*Pellejo* perseguida por Juno, ¿quién ha dicho que tú tengas espíritu? Toda eres carne envilecida por todos los envilecimientos. Cuando el Cerbero trifuace desnude tus huesos, nada quedará entre los dioses ni entre los hombres que recuerde tu vida. ¿Creíste que salían de mi corazón las palabras de amor que te he dirigido? No, loba, no; nacieron en mis labios de his-

trión, hechos sólo para la burla y los dichos procaces, estériles para la sinceridad, avezados á la mentira y á la farsa. Tú, más vieja que las estatuas de Dédalo, recordarás los tiempos en que la Roma de buen humor estaba pendiente de mi gesto, cuando en las Atelanas representaba el papel de *Mandduccus*; pues bien, ahora he sido *Maccus* un momento, para medir hasta dónde los vicios han horadado tu sucia persona. He sido *Maccus*, grosero, glotón, libertino, enamoradizo, dispuesto á todas las infamias, vanidoso y cínico. ¿No me viste las dos jorobas? ¿No? ¡Cómo habías de verlas, si las puse sobre mi espíritu y tus ojos, acostumbrados á la inmundicia y á la miseria, no supieron escarbar bajo mi toga lamentable! Concluída mi comedia, te diré que soy un hombre postergado y hundido; pero de esta ruina material y moral, salvaronse mi corazón y mi cerebro; que he vivido una vida entera de afectos incompletos, que tengo para el amor aptitudes extrahumanas, que siento con mayor intensidad que todos los nacidos, porque para ejercer mi oficio, tuve que vivir, además de los afectos propios, los que otros ideaban ó recomponían; que así como el hierro se templea en acero por el paso rápido del fuego al frío, mi alma se ha templado en la grandeza por el paso momentáneo de la fortuna á la indigencia, y en estas condiciones, ya ves tú.

cola de raposo, escama de lagarto, copa banal de orgías de leprosos, hoja podrida de cebolla albarrana, deyectorio de gatos enfermos, ya ves tú si te iba á ofrecer el tesoro de mis afecciones exquisitas, ya ves si mis días estaban bien invertidos en tallar un vaso de esmeralda, en dibujar sobre sus paredes todas las transformaciones de nuestros dioses, en incrustar sobre sus labios todos los diamantes dálmatas, en encerrarlo dentro de una caja del oro más fino de España, para tirarlo luego al Tíber, sin contemplar al través de las lágrimas más dolorosas y amargas, cómo desaparecía para siempre entre las ondas.

.....

Apolonio hablaba iluminado por la luz interior de su despecho; su gesto altivo y triunfador de comediante aplaudido y su palabra fácil y pintoresca de hampón erudito, estrellábanse contra la piel curtida de aquella vieja irreductible. En su paroxismo hubiera llegado sin duda á levantar sus puños sobre Phronesia; pero lo impidió en el momento más oportuno la entrada de Syncerasto que, cogido del brazo de Sagaristion, apareció bajo el dintel de la estancia.

—Haz venir á Jovía—dijo á Phronesia el amo, con señoril entonación.

—Ya la he visto—repuso el Parásito—, y por nuestros dioses te digo que su belleza es opulenta como el reinado de Saturno; de su mirada

radiante nace el día, y así te daré por ella quince minas bien contadas; un caballero romano me ha encargado de su compra, pero á mayor cantidad no puedo extender mi oferta.

En los ojillos grises de Sagaristion brilló una mirada de codicia, y acariciando su cabeza calva dijo á Syncerasto:

—Por quince minas no ha de llevarse tu amo, aun cuando fuera el mismo emperador, ese delicado rayito de sol de primavera. Me darás veinte y si no mañana en las fiestas Afrodisíacas la venderé por mejor precio.

—¿Sabes tú lo que son quince minas?

—Cinco menos que veinte.

—Indudable; pero te aseguro que por quince me darás la esclava.

—Eso no, Syncerasto.

—Sea; en tal caso mi amo te hará dar mil azotes por haber faltado á una promesa de venta.

—Soy ciudadano.

—Entonces te los dará él que es caballero.

—Pero... ¿á qué promesa de venta he faltado?

—A la que yo, escuerzo inmundo de los cenagales romanos, que por mi condición puedo mentir y calumniar, diré que me has hecho.

—Hablemos como buenos amigos—dijo Sagaristion aturdido por aquella amenaza, que vió como un puñal junto á su pecho—. Acaso tú no sepas que Jovía es virgen.

—¡La virginidad es una imperfección de la Naturaleza!—exclamó brutalmente Apolonio, callado hasta entonces.

Después de esta frase, como si en ella hubiera dado la verdadera solución para el asunto que discutían, hizo un guiño expresivo á Sincerasto y salió en pos de la vieja alcahueta.

Sagaristion, convencido de que no añadiría el Parásito un sestercio más á la suma ofrecida, ordenó á á Phronesia que hiciera venir á la cortesana.

Quedaron solos el mandatario del César y el leno; aquél comenzó á deslumbrar á éste contando torpemente quince minas de las cincuenta que había obtenido á cambio de la perla. Cuando ya la cantidad estuvo hecha y ardía el leno en deseos de trasladar á su bolsa aquel dinero, como la joven no comparecía, llamó á la vieja con destemplada voz heril.

Sagaristion ignoraba por completo la escena interesante que había tenido lugar en el interior de la mancebía. Cuando Jovia, instada por Phronesia, transpuso el umbral de su cubícula, dejó el actor que de su bolsillo cayeran al suelo unas monedas, y mientras la alcahueta las recogía con fiebre miserable, desapareció el actor, comportando en sus brazos á la escita por la puerta falsa del lupanr.

—¡Phronesia! ¡Phronesia!—repetía el leno

desesperadamente, como quien tiene costumbre de ver que sus mandatos no encuentran resistencia—. ¡Phronesiaaaa!

—¡Señor!—repuso ésta vacilante—. ¿Qué me querías?

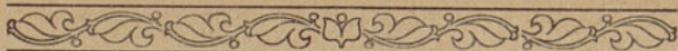
—Te ordené que hicieras venir á Jovía.

—¿No ha venido con el actor? Cuando salió de su cubícula, el galante Apolonio encargóse de acompañarla á tu presencia.

—¡El galante Apolonio! ¡El can Apolonio! ¡El puerco Apolonio, hijo de Mercurio y más ladrón que su propio padre! ¡Me ha robado á Jovía! Me la ha robado y vosotros sois sus cómplices. ¡Tú, Syncerasto, y tú, Phronesia, le ayudasteis á robármela—gritaba el leno en el paroxismo de la ira, llevándose á la cabeza sus manos sarmen-tosas.

Syncerasto envolvió á Sagaristion en una mirada de desprecio, y con calma estoica recogió una por una sus monedas para reintegrarlas á su bolsa.

Después salió por la puerta que daba acceso á la colina Viminal, mientras el leno y la alcahueta corrían á la puerta falsa llenos de rabia y ávidos de vislumbrar desde allí la pista de Apolonio.



VIII

A cada paso que avanzaba Syncerasto en su descenso por la calzada, recogían sus oídos con más precisión los fragmentos del himno lúbrico que la multitud seguía entonando en honor del joven epicúreo. Rebotaban sus cadencias en los muros de la ciudad, y difundíanse luego por los campos, confundidos con los alaridos de los *lobos* y los aullidos de los perros vagabundos.

Hundiéronse al fin en el silencio las últimas carcajadas de la turba; callaron los sistros; cesó el bronco vibrar de los tambores; apagaron de pronto sus alaridos las *lobas* y los canes y súbitamente de todos los ámbitos de Roma comenzaron á elevarse al espacio ayes de dolor y quejidos espantosos; de tiempo en tiempo se alzaban sobre aquella confusión voces que hacían entender estas palabras: ¡Pan ha muerto! ¡Ya murió el viejo Pan!

Syncerasto detúvose aturdido; alzó al cielo sus ojos noctílopes de vagabundo y vió que llamaradas de fuego lo cruzaban en muchas direcciones; rehízose un momento y siguió su camino á la Puerta de los Tres Horacios, punto de todas sus citas con Apolonio, por suponer que allí habrían de esperarle la robada y el ladrón. Esta esperanza le hacía imponerse á los temblores de piernas y al aturdimiento de los sentidos que le sugería la desgracia pregonada por aquellas voces plañideras.

—¡Romano!—le dijo un soldado con llanto en los ojos—. ¡Corre á ofrecer sacrificios á los dioses! ¡Pan ha muerto! ¡Ha muerto el hijo más preclaro de Mercurio y de Penélope! ¡El nieto glorioso de Icaro y de Júpiter! ¡El dios de los campos! ¡El dios de los pastores! ¡El que persiguió á Syrinx hasta el Ladon para convertirla en caña, de la que hizo su flauta celestial! ¿Oíste, romano, los acentos de su divina flauta? ¡Con ella cantaba las flores que coronan la Primavera, las noches dulcísimas del Estío, que templan la sangre ardiente de los enamorados y con el rocío apagan la sed de la madre Tierra! ¡Con ella congregaba en torno suyo los insectos y las aves! ¡Con ella dulcificaba la fiereza de las bestias! ¡Sus notas, al caer sobre la naturaleza, sembraban la fecundidad y la vida! ¡Llora, romano, que ha muerto Pan, el que acom-

pañó á Baco á las Indias, el que fué padre de los alegres Sátiros!... ¡Llora, romano, que ha muerto el dios del rostro encendido, emblema del fuego, del vientre cubierto de estrellas, símbolo del Cielo, de las piernas velludas y retorcidas, alegoría de los animales, los árboles y las plantas! Tenía pies de cabra, para representar la solidez de la Tierra; su flauta simbolizaba la armonía del Universo; su bastón espiral, la evolución de los años; sus cuernos, los rayos del sol, á la vez que su poderío y su majestad... ¡Llora, romano, que ha muerto el que por la noche vagaba en las montañas para ahuyentar á los malhechores!... ¡Corre, corre á ofrecer sacrificios á los dioses, que sólo con los sacrificios podremos reconquistar su piedad!...

Una lágrima pudo violar el escepticismo de Syncerasto y se deslizó pausada por sus mejillas morenas y rudas. Conmovero, preguntó al militar:

—¿Y cómo ha llegado á Roma esa triste noticia?

—A Thamous, el famoso marino egipcio, lo llamó una voz de trueno cuando pasaba junto á las islas Eschinades y le ordenó que publicara en el mundo la muerte de Pan. Requerido por algunos filósofos acaba de presentarse á Tiberio, y al cumplir el encargo que le hiciera la voz misteriosa, el relámpago y el trueno han confirmado

sus palabras, y Roma entera en este momento llora la muerte del dios de los campos... ¡Llora también tú, romano, corre á sacrificar á los dioses!...

Syncerasto recobró su calma, sonrió al ver que el soldado se alejaba deshecho en lágrimas, y se dijo para borrar del todo su emoción:

«Si es cierto que los dioses mueren, ¿qué ventajas tiene su condición sobre la de los hombres?...»

Surgió la luna de entre oscuros nubarrones, y á sus rayos pálidos parecieron adquirir una vitalidad monstruosa el Teatro gigante, construído por César al pie del monte Tarpeyo y el orgulloso caballo de cascos hendidos sobre el que recorriera en triunfo toda la Europa el primer emperador romano, al que acertado bronce reproducía junto al pórtico del templo de la Madre Venus.

Cesaron los sollozos, las lamentaciones y los gritos. Dijérase que Roma, la Roma gigantesca, en un esfuerzo de todos su músculos, hubiera pulverizado el recuerdo amargo del dios muerto, para diluirlo en las negruras de la noche. Aquel silencio repentino trajo á la mente del Parásito la noción de la realidad, y con ella la consideración de que inútilmente caminaba en busca de Jovía. Un instante se detuvo á pensar en dónde se habría refugiado su amigo el actor y á qué

sitio debería ir á reclamarle la prenda que en aquel momento no hubiera podido declarar con verdad completa si era prenda de su corazón ó de su negocio.

—Jovía es hermosa—pensó—. En sus labios he bebido una vida que llena mi cuerpo de juventud y llena de luz mi espíritu. Su aliento dulce y cariñoso, como perfume de nardos frescos, encendió en mi corazón la llama de los amores, sofocada de largos años por las cenizas del escepticismo... ¿Estoy enamorado de Jovía?... ¡Enamorado! Palabra compleja, intrincado adjetivo que nadie sabe si diagnostica un estado de ánimo ó una enfermedad mental. Esta emoción, á la vez vulgar y rara, que Jovía me produce, la siento en el corazón, en el cerebro y en los sentidos. ¿La produce el corazón? ¿La produce el cerebro? ¿La producen los sentidos? ¿Emana de Jovía?... Me besó, y un hálito divino encendió mi sangre á la vez que iluminó mi espíritu con rayos de aurora... Luego emana de Jovía y cae con vehemencia sobre mis sentidos... ¿Será posible que el corazón y el cerebro sean dos esclavos que en las grandes bacanales de la sensibilidad y de la vida afectiva tienen licencia para disfrazarse de césares?... ¡Mentís, romanos! Lo sobre natural no emana del cerebro. ¡Griegos! ¡Mentís! Lo sobrenatural no emana del corazón. Lo sobrenatural está en la vida, como el perfu-

me en las flores, y por los sentidos se infiltra en el hombre... Yo he recibido lo sobrenatural en los labios de una mujer hermosa, y al través de mi carne ha llegado hasta las reconditeces de mi espíritu. ¡Estoy enamorado! ¡Qué dolor!... Ya soy esclavo de un sentimiento... Ya perdí para siempre mi libertad... ¡Estoy enamorado! ¡Qué alegría! ¡Soy joven aún! El amor es perfume de juventud y esencia de vida...

Y aturrido por el relampaguear de estos pensamientos, el Parásito dejó á un lado la ciudad para internarse en los arrabales de Velletri.

Vagó larga y perezosamente por aquellas calles despobladas, silenciosas y oscuras. Roma en tanto dormía, preparándose con el reposo para concurrir en la hora prima, coronada de flores, á embriagarse de vino y de sensualidad en las fiestas Afrodisíacas. Las tabernas vinarias y las tiendas estaban cerradas; el *Guardián de la Ciudad*, preocupado por la seguridad de los poderosos, no llegaba con su ronda hasta aquellos suburbios; en lo alto rasgábanse las nubes de trecho en trecho, para dejar paso á los resplandores astrales, que brillaban mortecidamente, como piras exequiarias encendidas en honor del dios muerto; de los campos vecinos llegaban todavía los aullidos de las *lobas* y las *bustuarias* como gritos de rabiosa lujuria contenida, único testimonio de vitalidad que ofrecía en aquel momento

la Roma del Foro, de la orgía y de la guerra.

Paseó Syncerasto por aquellas vías, que le parecieron formadas de tumbas, y el silencio inundó su espíritu de una amargura, entre cuyo flujo y reflujo su imaginación se detenía siempre á los pies de la escita, hermosa, incitante y virgen.

La tristeza y la nostalgia lo embarcaron de pronto en los abismos de lo trágico, y pensó que Apolonio, su amigo querido, el que había sido partícipe de sus alegrías y sus miserias, le había engañado seduciendo á la cortesana para gozar las primicias de sus encantos y venderla después al Soldado Fanfarrón.

Tuvo celos de Apolonio, es decir, tuvo más que celos, porque el análisis de las circunstancias que aparecían envolviendo la determinación del actor, presentó á los ojos del Parásito las sospechas con caracteres de realidades.

Como quien adereza el veneno que ha de liberarle de las opresiones y amarguras de la vida, en el laboratorio intrincado de su cerebro fué Syncerasto aderezando el veneno de aquella dolorosa certidumbre y la imaginación, que cruel aguza siempre el puñal de los celos, diligente armó su mano contra el amigo traidor, que en aquel momento aciago, á la luz de las estrellas, confidente de los crímenes más odiosos, deshojaría brutal todas las flores de aquella virginidad, que con su perfume aureolaba de una pri-

mavera ideal el cuerpo y el espíritu del Claudiano miserable.

Dispuesto así á la venganza, resolvió subir al monte Palatino, y tan pronto como se abrieran las puertas de la casa de Tiberio, ponerle en antecedentes y detalles de lo que ocurría y exigirle que á su falso amigo impusiera la más dura de las penas.

Salió de Velletri; pero en lugar de subir decididamente la calzada que á la casa imperial conducía, para ofrecer sin duda á su espíritu amargado por aquellas emociones un banquete de placidez y de belleza, para henchir sus pulmones con el aire puro y aromado de la campiña, encaminóse á un vallecito profundo y estrecho, situado entre los montes Palatino y Aventino.

Al pasar junto al templo de Hércules se detuvo instintivamente; pero no era el amor al arte quien en aquel momento imperaba sobre sus músculos flácidos; no le atraía el hermoso grupo de Fidias, ni sus ojos pretendieron desentrañar á la luz pálida de aquella luna macilenta y perezosa las tribunas cubiertas de tapices asiáticos. Fué un recuerdo lo que allí le detuvo: en una de sus noches vagarosas, reconoció en aquel lugar á Julia, mujer á la sazón de su primo Tiberio; con la faz oculta bajo una máscara que sólo dejaba paso á los resplandores lujuriantes de sus ojos, presentábase allí, en el templo de Hércu-

les, lugar vedado á las mujeres por la ley, para tenderse sobre cojines de púrpura y contemplar al través de las celosías doradas los ejercicios y las actitudes que ensayaban los gladiadores, bañando en rayos de luna su hermosa desnudez, que contemplaba ella con fiebre de meretriz y con admiración de artista.

¡Pobre Julia! Una noche, de vuelta ya de estos banquetes, en que tantos deleites encontraban su imaginación y su vista, oye que sobre su yacija banal caen turbulentas las carcajadas de los pretorianos borrachos; en una litera, triste como un féretro, la encierran y la conducen á un destierro amargo y perdurable como la muerte.

Sus parientes la abandonan; su esclava favorita, Penthea, la que en el santuario de su tocador ceñía su cuerpo de Bacante con la estola de color de aurora, se ahorca de pesadumbre; Antonio, su último amante, quirite gallardo cantado por Horacio, se parte el corazón al saber la nueva de su destierro...

Syncerasto había visto los dos cadáveres, y los dos, con los labios cárdenos y los párpados amarillos caídos flácidamente sobre los ojos muertos, fueron allí evocados por su imaginación. —¡Pobre Julia!—exclamó nuevamente—. ¡Cruel Augusto! Robaste á Roma una mujer hermosa y un poeta divino. ¡Maldita tu memoria!

Tú la querías honrada, y tú mismo la corrompiste. Tú cobraste el precio de su envilecimiento por trasladarla sin escrúpulos del lecho de Antylo al de Marcelo; de éste al de Agripa y de éste al de Tiberio. Así desgarraste su pudor para venderlo en pedazos y poner su precio al servicio de tus ambiciones insaciables.

Ahogó un sollozo, y para desasirse de su terrorífica remembranza, avanzó unos pasos y volvió á detenerse junto á los muros del Circo Máximo. En sus pórticos larguísimos y formados de arcos sobrepuestos, en la elipse ocupada por la espaciosa escalinata y ceñida en su remate por suntuosa galería de mármol, sobre el *podium* sólido y amplio como el arranque de una montaña ciclópea, sobre el pavimento de puzolana salpicado de oro y plata, en contraste con el rojo sangriento de la piedra, en torno del colosal obelisco levantado en medio de la espina ó radio entre las dos líneas de estatuas de bronce abri-llantado, iba colocando imaginativamente un pueblo entusiasta, exaltado, frenético, delirante, sediento de gloria, sediento de sangre, sediento de triunfos, sediento de lucha, sediento de amor, sediento de arte, el pueblo que tantas veces había visto en pos de aquellas procesiones magníficas, compuestas de todos los colegios sacerdotales, precedidas por los coros de niños, que entonaban odas, y por los justado-

res y los atletas, grupos de danza, músicos, sátiros vestidos con pieles de macho cabrío, silenos coronados de flores y mancebos con pebetes que exhalaban perfumes tan exquisitos como no es dado soñarlos al mes de Mayo.

Veía salir las legiones de justadores, los grupos de carros, las cuadrigas de marfil y los caballos africanos montados por gallardos jinetes, y los miraba lanzarse en tumulto, pero á la vez con orden maravilloso, entre la algazara de cien mil espectadores borrachos de vino y entusiasmo.

Mas ¡ay! que aquella fiesta que con mágicas representaciones seducía su corazón de verdadero romano gozador y artista, no le arrancaba el recuerdo de la cortesana, ni disipaba de su mente los celos que le había inspirado la conducta de Apolonio.

En algunos momentos su espíritu erguíase fuerte, como templado en los yunques del escepticismo, y exclamaba con arrogancia:

—¿Será posible que la quimera del amor pueda comunicar á mi esencia una transformación tan extraña? ¡Syncerasto el fuerte, el ducho conocedor de la vida y sus ficciones, ha caído en el ridículo de creer en la mujer y dudar del amigo! Un paso más, y haré como ese bendito Hércules que á mi espalda queda; después de haber estrangulado serpientes, de haber segado las mil

cabezas de la hidra, de haber abatido al león de Nimea y al jabalí de Erimanta y al toro de Creta y al gigante Anteo; después de haber conmovido el Atlas, después de haber sostenido el cielo sobre sus hombros, después de haber asesinado á monstruos como Genron, Caco, Albión, Bergion y Tyrreno, por el amor de la insignificante Omfala, vistióse de mujer y entretuvo sus ocios á su lado con una rueca y un huso. Hilaré yo también al lado de Jovía, mientras Apolonio ríe y derrama sobre mi corazón el acíbar de la burla...

Pero estos destellos de razón pasaban sin dejar huella sobre su cerebro; elevábase un momento y dolorido caía de nuevo en el abismo tormentoso de los celos y los deseos de venganza. Cediendo á estos impulsos, en un arranque ascendió por la calzada Palatina hasta la casa de Tiberio; allí saludó los dos laureles plantados junto á la puerta y la corona de encina colgada sobre el dintel; después decidió esperar el nuevo día para dar cuenta de su gestión y pedir el castigo del que, á su juicio, había traicionado la amistad y lesionado los intereses sagrados y los deseos, no menos sagrados, del César.

Desde lo alto de la colina contempló una vez más las siluetas difuminadas del templo de Hércules y el Circo Máximo; paseó su vista por el valle y la detuvo por último sobre los monumen-

tos de la ciudad dormida, pasando en ella, del Foro á la explanada de los Rostros y del Campo de Marte al Capitolio, para evocar en todas partes un recuerdo de su vida llena de emociones, con tantos matices como la flora de aquellos campos, con tantas aventuras como aquel pan-teísmo encantador que con rudeza rechazaba su incredulidad.

Vagaba su fantasía de la muerte de Pan al lupanar de Sagaristion, de su entrevista con Tiberio á su salida matinal á la Puerta de los Tres Horacios en demanda de limosna, de Jovía al Soldado fanfarrón, de Apolonio á la covacha de Ostia, en donde la noche anterior le revelaron el específico contra el hambre, y así repasaba uno por uno los episodios de aquel día tan largo y complicado.

De pronto un rumor, semejante al ruido que produjera una serpiente al arrastrarse sobre un lecho de hojas secas, crepitó á su espalda helando la sangre de sus venas; sereno, después de haber dominado la primera impresión, pudo distinguir claramente dos voces humanas que conversaban en tono quedo, como si temieran turbar con sus acentos la majestad de aquella noche calma y ocelada de estrellas y la severidad de aquel gran silencio, precursor de un desbordamiento de carcajadas y gritos de embriaguez.

Luchó animoso contra las tinieblas y pudo al

fin arrancarles dos sombras, dos siluetas humanas encogidas y sedentes junto á los muros de la casa de Tiberio. Ese piadoso y consolador optimismo que en todo momento tiene de su mano á los seres infelices, le hizo pensar que allí aguardábanle la escita y el actor; pero al acercarse con los brazos extendidos para estercharlos contra su corazón, vió, atormentado por la verdad inexorable, que allí dormitaban Sagaristion el leno y Phronesia la alcahueta.

—¡Aquí os ha vomitado Plutón!—exclamó al reconocerlos.

—Devuélveme á Jovía—replicó Sagasistion levantándose nerviosamente—. Tú estabas de acuerdo con Apolonio.

—Calla, hijo de todos los dioses infernales. ¿Qué buscas aquí? ¿Qué tormenta dejó caer en mi camino estos dos escuezos cenagosos?

—No me insultes, ó con tu carne he de cebar las lampreas que crío en mi casa de campo.

—¡Nazareno! ¡Cazador furtivo! ¡Eunuco!—gruñó Phronesia poniendo sus puños descarnados junto al rostro del Parásito.

—Aparta, cabra montaraz—increpó Sagaristion á la vieja—. Déjame con él, que, ó me devuelve su presa, ó le amanecerá en el Tártaro el nuevo día. ¿Qué hiciste de Jovía? Devuélvemela, ó al menos dame las quince minas en que habíamos convenido su venta.

—Yo nada te debo, y la escita huyó con Apolonio; burlados igualmente quedamos los dos.

—Soy demasiado experto para creer en esa fábula; suelta tu presa, ó mi amigo Tiberio hará justicia para mí.

—¿De qué eres tú amigo de Tiberio?

—De cuando en Rodas bebíamos juntos por la salud de Augusto y por la grandeza de Roma.

Syncerasto vaciló un momento; aquella declaración del leno creaba para él una situación verdaderamente comprometida, pues al conocer Tiberio lo sucedido, lo menos malo que de él podía pensar sería que le faltó destreza para dar realidad á su deseo. De pronto, animoso, como si estuviera en posesión de la fórmula salvadora, dijo á Sagaristion en tono cariñoso:

—Los dos hemos sido burlados por Apolonio, y es preciso que nos unamos para la venganza; por mis lares te juro que yo no fui su cómplice.

—Pues no ha de escapar Apolonio al castigo del César.

—Ten calma; yo estoy interesado en que así suceda, y con más facilidad que tú puedo conseguirlo.

—¡Porque eres pariente de Tiberio! ¿Vale más acaso el parentesco establecido inconscientemente por la naturaleza que la amistad convenida y jurada ante la crátera que sirvió de tabulario

y ante mujeres griegas de mitológica belleza que nos sirvieron de testigos?

—Amistad vale más que parentesco; pero interés vale más que parentesco y amistad.

—¿Y qué interés puede tener este asunto para el emperador?

—De seguro no sabes para quién compraba yo á Jovía.

—Supuse desde luego que no sería para ti.

—Era para mi primo Tiberio, y el haber terminado con éxito mi empresa, me aseguraba su protección para siempre. ¡Ya ves si soy desdichado!

—¡Y siendo para el emperador sólo me ofrecías por ella quince minas!

—El emperador pudo haberte exigido que se la entregaras gratuitamente.

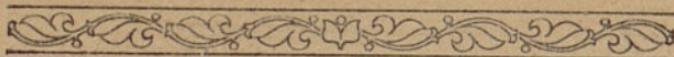
—¿Y cómo encontrar á Jovía? ¿De quién tenía Apolonio el encargo de comprármela?

—De Alcesimarco, el Soldado Fanfarrón.

—Para el actor, más que una mujer hermosa, vale una moneda de oro; seguramente cuando Alcesimarco abra su puerta, comparece para entregársela.

—Estamos de acuerdo, Sagaristion. Acecha tú con esta loba secular la puerta del soldado y yo quedaré aquí para dar cuenta á Tiberio, si tu tardanza me hace presumir que tu gestión no ha sido afortunada.

—Vamos, Phronesia—exclamó el leno sacudiendo con el pie á la alcahueta que, dormida de nuevo junto á los muros de la casa imperial, roncaba de forma que hubieran podido escucharla en el Capitolio.



IX

Y de nuevo el Parásito se vió sumido en aquella soledad, que amontonaba sobre su cerebro, con letal insistencia, ideas mordientes, corrosivas, torturadoras, como verdugos enviados sobre su carne flaca por la desdicha, que á su parecer le apartaba para siempre de Jovía y sobre su espíritu por los celos del que hasta entonces había sido su amigo más constante y el único depositario de todos sus afectos.

Cuando vió totalmente absorbidas por la obscuridad las siluetas odiosas de Sagaristion y Phronesia, un movimiento centrífugo de vanidad plegó sus labios marchitos, en una sonrisa triunfadora.

—Todavía soy bastante hábil—pensó—para manejar á mi capricho los hombres más astutos y suspicaces. Delatado al César, y con la facilidad que los poderosos tienen para creer en trai-

dores y espías, ¿quién me hubiera librado de una venganza implacable, tan implacable por lo menos como la que Ovidio, nuestro divino señor, sufrió de Augusto y sufre de Tiberio sin causa real ni aparente? En el lupanar fué Apolonio quien engañó á Sagaristion, y aquí he sido yo; mi amigo no se desprenderá de su joya mientras una á una, con toda la glotonería de que es capaz su alma perversa, no le haya quitado todas sus excelencias imponderables. Si el leno tiene tanta paciencia como tiene codicia, sentado á la puerta de Alcesimarco verá pasar todo el tiempo que falta para las kalendas griegas...

¿Y si Tiberio no diera crédito á mis palabras? ¿Y si me creyera cómplice de Apolonio y mi denuncia fuera para él la satisfacción adelantada, encubridora de la malicia real? Su venganza se interpone cruel y amenazadora en el camino de mi vida. Y caerá sobre mí, porque para evitarla soy demasiado débil... el mundo ha inventado el perdón para que los débiles tengan un arma poderosa; perdonaré, porque soy débil, y así Apolonio, si ya no se siente obligado por la amistad, lo estará por la gratitud... ¡Y para mí que la amistad fué siempre la religión de los ateos! Verdad es que la realidad es más pródiga en conciliaciones que la imaginación en conflictos...

Amanecía. Tintes rojizos cubrieron el cielo por el lado de Oriente. Dijérase que una nube

de amor y vino era enviada sobre los corazones y los labios de la Roma gozadora, para que con ella embelleciera el día de las fiestas Afrodisiacas.

Tendió Syncerasto su vista en todas direcciones, y al cabo de grandes esfuerzos logró recomponer dos figuras humanas junto á la escalinata del Circo.

Empujado por los celos ó guiado por una secreta intuición, emprendió una carrera vertiginosa en dirección al sitio en donde había divinado las dos sombras, y al cabo de pocos instantes hallóse ya en situación de comprender que no le había engañado la voz secreta de su alma. El actor y la cortesana estaban allí cogidos del brazo, y Syncerasto, como arrojado desde las nubes, presentóse ante ellos súbitamente, con gesto amenazador, que depuso cuando Apolonio le tendió los brazos y lo besó en la frente, diciéndole:

—Te hemos buscado toda la noche; en todos los cuarteles de Roma hicimos pesquisas.

—Y yo, á mi vez, he recorrido todos los lugares que nosotros tenemos costumbre de visitar. ¿Por qué no acudisteis á la Puerta de los Tres Horacios? ¡Cuántas amarguras me hubierais evitado!

Jovía, radiante de voluptuosidad, acarició con sus lindas manecitas el rostro enjuto del Parásito. Sentíase en aquel momento saturada de

felicidad; con la sonrisa más dulce contemplaba á Syncerasto, y en el fondo de sus ojos azules anhelante buscaba el reflejo de su rostro perfilado y hermoso.

Pasados los primeros transportes de amor, dijo Syncerasto á su amigo:

—Perdóname, Apolonio; he tenido celos de ti.

—¡Celos! ¡Abriste tu pecho á la pasión más miserable, á la única pasión que en el Olimpo generoso de Roma no tiene un dios tutelar!...—exclamó el actor con acento declamatorio—. ¿Has dicho celos?... Luego amas, y amas como la gente inferior que de la Naturaleza no ha recibido el espíritu culto y sutil de que nosotros podemos vanagloriarnos...

—Amo, sí, Apolonio. Contempla el rostro de Jovía; mira por sus ojos el fondo de su alma; pide á sus labios una sola de esas caricias reveladoras de las emociones sensuales más dulces y nuevas, y dime después si, con arreglo á tu criterio de filósofo viejo, mi amor no es un efecto necesario de mil causas que impetuosas me arrastran como el viento arrastra las nubes.】

—No discuto tu amor, que ciertamente puede ser amor verdadero; pero no menos puede ser, ya que por los ojos te ha entrado, un espejismo ó un deslumbramiento. Hablemos de tus celos; la imaginación de los celos es impúdica y agresiva; con ellos te ofendes á ti mismo al negarte cate-

goría y capacidad para ser dueño absoluto; has ofendido á Jovía, porque la creíste fácil para ceder á los deseos de todos, y me has ofendido á mí al suponerme traidor á una amistad de la que hice sacerdocio y es el más caro y el más intenso de todos mis afectos. Cuando yo era poderoso, cuando tenía un hogar espléndido y alhajado con arreglo á la categoría que me adjudicaban mi nombre y mi riqueza, recuérdalo, Syncerasto, en el *larario*, presidiendo á todos mis dioses domésticos y familiares, ¿no viste siempre la figura de un joven gallardo y hermoso, que sobre la franja de su túnica ostentaba escritas con oro estas palabras: *En la muerte y en la vida*; en su frente de plata los topacios más finos del imperio extendíanse en líneas rectas y curvas para decir á todos los ojos: *En invierno y en estío*, y en su corazón, que abierto el pecho mostraba con orgullo, en letras de diamantes orientales, se leía *De cerca y de lejos*? ¿No es así como nuestros maestros los griegos nos han enseñado á representar la amistad? ¿Crees acaso que, cuando á impulsos del hambre vendí la estatua, vendí también la devoción? No, Syncerasto amigo; los bienes se van; la vida los absorbe ó los destruye; los afectos quedan; la vida los depura y los sutiliza. ¡Tú, miserable como yo, pobre de plata y rico de ingenio, has tenido celos! ¡Un filósofo ha tenido celos!... No puedo burlarme, porque

me has herido con ellos y el dolor me mortifica... Los celos son una condición adjetiva del amor, no una condición substantiva, y cuando nosotros amemos debemos amar en la forma más ideal, más limpia de impurezas y más distante de las influencias de la vida y del mundo.

—Te confesé mis celos para suplicarte que me perdonaras—repuso Syncerasto confundido por el discurso del actor.

—Te perdono; pero como segunda vez no sabría hacerlo, quiero arrancar de tu corazón las raíces de esa hiedra letal y guiar tu inexperiencia en este terreno, que, á lo que veo, es para ti desconocido. Debemos amar mientras tengamos la seguridad de ser amados; los celos implican una duda, y las dudas hieren al amor de muerte. Nuestro cariño, el cariño de los artistas, de los filósofos y de los vagabundos, el cariño de los hombres condenados á una vida interior, porque no podemos proyectarla sobre familia, ni sobre propiedad, ni sobre súbditos, es un oro muy puro que no debemos derramar en abismos sin fondo ni nos es lícito disiparlo en decorar con él altares vacíos.

—¡Cómo yerras ahora, filósofo! Consideras al corazón esclavo y es, en realidad, un señor, y, por cierto, de los más déspotas.

—El corazón es el rey de la economía humana,

y como todos los reyes, es, á la vez, esclavo y señor; pero, aparte filosofías, dime con la franqueza que por nuestra amistad nos debemos: ¿amas á Jovía?

—Sí, Apolonio. Me lo ha dicho esta noche llena de amarguras, en la que supuse haberla perdido para siempre. Amo á Jovía con todas las fuerzas de mi carne y de mi espíritu.

—Recuerda, para tu bien, que el amor nos está vedado á los mendigos.

—No importa.

—Recuerda que debes entregarla al César.

—No importa.

—Recuerda que si así no lo haces, Sagaristion la arrancará de tus brazos con arreglo á su derecho de propiedad.

—No importa.

—Recuerda que es cortesana, si virgen de cuerpo, meretriz de alma, y no son las flores deshojadas por el viento atorbellinado de las tempestades sensuales el mejor tocado para nuestros espíritus superiores.

—No importa. En la mujer sería la virginidad espiritual, embriagador y subyugante aroma; pero aquí, en nuestra ciudad querida, en donde no existe el pudor de la vista, en donde los altares de himeneo y las alcobas nupciales están adornados con pinturas de la más horrible obscenidad, en donde Lycina abre los ojos con un

Falo á los recién nacidos, en donde este dios y Príapo, el hijo natural de Venus y Baco, y Mutino y Mutuna tienen un culto exquisitamente observado por todos, en donde las efigies de estos dioses son grabadas, esculpidas ó dibujadas por todas partes en oro, en mármol, en marfil ó en arcilla, sobre copas, vasos, tazas y demás utensilios domésticos, en donde los niños los llevan colgados al cuello como amuletos contra enfermedades y filtros, en donde los colocamos en los jardines para espantar á los pájaros y ahuyentar á los malhechores, en donde las núbiles acuden á ofrecerles el sacrificio de su cuerpo antes de llegar á los brazos que amantes les tienden sus esposos, en donde llenan de continuo las calles las *felatrices*, que manchan su boca para ofrecernos los placeres más innobles, las *naniæ*, esos odiosos instrumentos del vicio encarnados en el cuerpo de niñas que apenas cuentan la edad de seis años; los *castrati*, de sexo difuso ó extinguido; los *spadones*, á quienes sólo queda un signo, que más bien es un estigma, y los *thilibiæ*, de caras amargadas por la compresión dolorosa que á la vez que su virilidad, retorció el camino de su vida; en donde todo esto se ve, se oye, se goza y se lamenta, ¿puede ser la virginidad del espíritu algo más que una quimera insensata?

Jovía escuchó con los ojos bajos las pa-

labras del Parásito; cuando éste hizo una pausa, tras de la que se proponía sin duda seguir describiendo la degradación romana, como aquel relato le causara disgusto, preguntó, para cambiar el norte de las pensamientos de su amado:

—Y ahora, Syncerasto, ¿qué vas á hacer conmigo? ¿A dónde vas á llevarme?

Syncerasto meditó. Aquella pregunta le arrancaba violentamente del palacio de marfil, oro, sedas y perfumes de su ensueño. En su fiebre de amante, creyó hasta entonces que el amor sólo puede pensar en el amor, y al sentirse de nuevo encadenado á la realidad por la pregunta de la cortesana, quedó perplejo entre mil determinaciones, que hacían voltear su voluntad como una cometa lanzada al espacio en hora de aquilón.

Apolonio, que era gran observador, notó la perplejidad de su amigo y quiso aprovechar el momento para disuadirlo de su obsesión amorosa; lo apartó un poco de la joven y le dijo al oído:

—Entre ser amo de un tesoro, con todas las zozobras, las inquietudes, las obligaciones y los quebrantos que trae consigo la propiedad quiritaria, y disfrutar ese tesoro dejando á otro sólo las contingencias y las pesadumbres, ¿qué preferirías?

—Lo segundo.

—Pues bien; da á Tiberio la escita y acepta la intendencia de sus placeres en Capri. Así os amáis, y el emperador subviene á las necesidades de vuestra vida.

Syncerasto no contestó. Cogido del brazo de la esclava guió á todos á la subida del Monte Palatino.

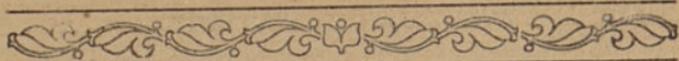
Pocos pasos habían hecho cuando, después de haber vencido la última resistencia, dijo á Jovía, procurando vestir sus palabras con el acento más dulce y amatorio:

—Mi primo el emperador desea recibir de tus ojos la bendición de luz; vamos á verle y á pedirle que nos envíe al edén de Capri; allí nos amaremos toda la vida.

La joven suspiró emocionada por la perspectiva que el parásito había descubierto ante sus ojos ávidos de amor y dicha. Sonrió el actor satisfecho de su triunfo, y dando á Syncerasto una palmadita en el hombro, dijo á los amantes:

—Es muy temprano para visitar al emperador; además, en este momento somos ricos; admiremos el espectáculo de Roma, que se divierte en las fiestas Afrodisiacas, y después realizaremos nuestros planes, pero caminemos con cuidado, que Sagaristion puede llenar de sombras nuestra orgía feliz.

Syncerasto aprobó, y Jovía se dejó conducir dulcemente por aquel hombre, de quien prometíase aprender los seductores misterios de la sensualidad, familiares á su espíritu y enigmas absolutos para su cuerpo.



X

Aquella noche, la precedente al día de las fiestas afrodisíacas, Tiberio veló el sueño de Roma.

Poco después de la hora sexta, en la misma habitación en que de mañana recibiera la visita inesperada de su primo Syncerasto, acogió con afabilidad extraña en él, á Scribonio el matemático y á Thrasilo el astrólogo. Macrón, prefecto del Pretorio, los había citado por orden suya.

—Perdonad, amigos míos—les dijo—, si os hice abandonar el triclinio de algún senador opulento. En la república, los sabios deben ser esclavos de quienes les son inferiores en inteligencia, y hallarse prestos siempre á dispensarles su auxilio y su consuelo.

—Felices seremos si realmente necesita el César de nosotros—replicó Thrasilo.

—También tú eres sabio...

El emperador, con un gesto, cortó la lisonja de Scribonio, porque jamás la adulación le produjo deleite.

—Pocas horas hace que tengo á mi cargo el imperio—continuó el César en tono doliente y amargado—. Llegué al pináculo que desde mi adolescencia he visto en sueños muchas veces, y, al contemplar desde él la extensión de mi poderío, ¿sabéis lo que primeramente se ha ofrecido á mi vista?

—¡A quién le será dado adivinar los caprichos de una imaginación poderosa como la tuya!

—Scribonio, tú lo adivinas, y la piedad te hace hablar de esa manera... Desde mi pináculo he visto... ¡la muerte!... y su contemplación no me ha producido espanto. Sabéis que soy más fatalista que religioso. Mi camino trazado está, y el severo tribunal de Minos, Eaco, y Radamanto, desde mi hora primera sabe el momento en que ha de pronunciar mi sentencia. Hoy no me interesa mi destino ulterior. No os he llamado para que me digáis si mi morada futura está en el Tártaro, en el Cócito, en el Aqueronte, en el Leteo, en el Flegetonte, en la Estigia ó en los Campos Elíseos. Quiero saber de vosotros si mis días serán suficientes para edificar un dique tan sólido que pueda contener la decadencia de Roma, si el pueblo no ha de ser in-

grato para con mis sacrificios y si mi muerte será tranquila y dulce como siempre la he deseado. Tú, Thrasilo, sin duda consultaste ya los astros sobre la suerte de tu emperador. No guardes para mí el secreto de sus confidencias.

—Tus días, César—replicó Thrasilo—, serán largos y felices. Apolo desde el Olimpo vela por tu vida, puesto que oyó los versos que compusiste sobre la muerte del emperador Julio. Minerva y Júpiter, en sus gustos más griegos que romanos, te profesan cariño singular, por las muchas poesías griegas que has escrito á imitación de Partenio y Euforio, cuyos retratos y cuyos libros llevaste á todas las bibliotecas públicas. Vivirás, porque así place á los dioses, y tu memoria será venerada en las reformas que lograrás imponer en las costumbres de nuestra ciudad queridísima.

—Y tus números, Scribonio, ¿confirman lo que dice Thrasilo?

—Yo, César, nunca fuí profeta; con mis números, á veces recompongo el pasado, que me habla con sabiduría y prudencia. El futuro es siempre incierto y la profecía es siempre falaz. La profecía puede consolar á los necios, porque recuerdan cuidadosamente las que se cumplieron y olvidan las que incumplidas quedaron.

—Scribonio, si no fueras un sabio, el emperador no consentiría que le hablaras de ese modo.

Yo creo en los pronósticos, porque en mí he visto realizarse muchos.

—Arguyes á mi favor, Tiberio. Con la dignidad imperial hemos soñado todos alguna vez; tú, Thrasilo, y yo acaso hemos soñado al mismo tiempo; para nosotros sigue el ensueño y para ti llegó la realidad. A todos los hombres, nuestras madres nos auguran el Imperio, y ya ves que si en uno el augurio se confirma, en muchos miles queda reducido á un deseo y á un ensueño; ¿cabe mayor falacia?

—No te desvíes de los puntos que he sometido á tu juicio, y como Thrasilo, dime con arreglo á tu ciencia, si está cerca de mí la muerte que acaba de ofrecerse á mi vista.

—No ignoras que soy discípulo de Esculapio y así, después de haber examinado la conformación de tu cuerpo y la expresión de tu rostro, te diré como Thrasilo que tus días serán largos, si lo consiente así el acero de un asesino, que puede violar lo mismo los designios de los dioses que la energía de tus músculos.

—¿Pronosticas, Scribonio?—interrumpió Tiberio exaltado.

—Jamás pronostico, César; leo en el pasado y nada más; el misterio del futuro es uno de los encantos que tiene la vida, y aun cuando me fuera dado, no querría deshacerlo. El puñal del regicida lo afila la Historia y lo guarda con

veneración en sus museos. Ya sabes, además, que hoy en nuestra ciudad á Bruto y á Casio, se les llama *los últimos romanos*.

—Mis gemnonias están abiertas para los que así piensen.

—Para los que así digan, César; el pensamiento es incoercible y cada hombre, en su vida interior, es todopoderoso.

—¿Y tú eres de los que justifican la conducta de aquellos criminales?

—Ni censuro ni disculpo. El estudio de los hechos más monstruosos suministra siempre una última razón. A veces la oportunidad en la muerte basta para divinizar una vida. Julio César hubiera vuelto sin duda por propia determinación sobre sus pasos, aun cuando Bruto y Casio no le hubieran tomado el campo en donde luchaba contra nuestras santas libertades. Ten presente, Tiberio, que hay dos justicias: la de la ley, que es la vuestra, y la del derecho, que es la del pueblo. Hermanar estas dos justicias es la misión de la buena política.

—Si escrito está que un asesino ha de privar á Roma de mi energía, ni los dioses ni los sabios podréis impedirlo.

—Nos dirigiste otras dos preguntas que acaso podamos contestar más concretamente—dijo Thrasilo.

—Sí; sabéis que me propongo reformar nues-

tras costumbres y dispensar á Roma una tutela diligentísima; la segunda de mis consultas se refiere á si el pueblo recibirá con gratitud estos sacrificios.

—¿Sacrificios dijiste?—preguntó Scribonio.

—¡Sacrificios! ¿Olvidas mi edén de Capri? ¿No ves que lo abandono y permanezco aquí al servicio del pueblo?

Thrasilo, para dominar la cólera que á Tiberio había producido el reproche del matemático, fuese á una ventana, pidió silencio con un gesto, levantó sus manos extendidas en actitud profética, murmuró algunas palabras ininteligibles y dijo después solemnemente:

—Tus coevos serán indiferentes. La posteridad será justa. Entre los dioses tendrá Tiberio estatuas de oro...

—¡Eso no!—exclamó airado el César—. He de prohibirlo. Habla tú, Scribonio, que Thrasilo es un cortesano adulator y miserable.

—Y yo por no serlo excité tu cólera.

—Declaro que te oí con tranquilidad y que estimo en mucho tu consejo.

—No, César; tú me odias; lo he leído en las manchas rojas que como destellos de un fuego interior, cuando la verdad brotó de mis labios, vi aparecer en tu semblante.

—Decías, Scribonio—interrumpió Thrasilo—,

que hay dos justicias, ¿no habrá también dos verdades?

—Verdades hay tantas como hombres, porque cada hombre tiene un concepto de la verdad. Que medite el César cuál verdad debe merecerle mayor estimación, si la tuya ó la mía.

—No escuché la tuya sobre mi segunda consulta, Scribonio.

—Has de decirme antes qué reformas vas á introducir en nuestras costumbres. Te repetiré que yo deduzco y no profetizo.

—Ante todo pienso reformar la vida del César; á diferencia de mis predecesores, viviré con moderación extrema; no aceptaré honores ni agasajos de mucho valor; no consentiré que se me dediquen templos, sacerdotes, imágenes ni estatuas; si algún artista quiere labrar en piedra, en marfil, en oro, en plata ó en madera mi rostro, séales permitido; pero su obra será un ornamento y no un ídolo. Los meses de Septiembre y Octubre conservarán sus nombres y no los cambiarán, como algún tribuno pretende, por los de Tiberio y Livio. No consentiré que me llaméis emperador, ni padre de la patria, y usaré solamente de mi magistratura para hacer el bien á todos los romanos.

—Si así te conduces, Tiberio, serás dios aun cuando ni lo permitas, ni lo consientas; cada ciudadano te dedicará un altar en su pecho.

—Tengo más proyectos, Scribonio: nuestro Senado glorioso ejercerá el poder supremo y á nada me determinaré sin escuchar su opinión y seguir su consejo. Le obedeceré como un esclavo á su amo y ante él compareceré siempre solo, sin séquito ni escolta.

—¡Qué necesitada se encuentra nuestra ciudad de un príncipe como tú, Tiberio!—exclamó Thrasilo.

—Ahora nuestras verdades son una y la misma—repuso el matemático.

—Dejadme que siga; mucho más proyecto y mucho más haré, si mis días son suficientes para ello. Cercenaré los gastos de los juegos y de los espectáculos; es vergonzoso que en Roma el salario de un gladiador ó el de un histrión sea mayor que el de un general. Pondré limitaciones al lujo de las casas, de las ropas y de las mesas. ¿No os parece que la mitad de un jabalí es cosa tan buena como un jabalí entero?

—Grecia te inspira, César, y yo te exhorto á que de ella no apartes tu vista.

—Dices bien, Scribonio. Mis ediles cerrarán las tabernas y los lugares de crápula; los jóvenes libertinos, las adúlteras y las meretrices, recibirán un trato que les haga imposible la vida en Roma...

—Considera, Tiberio—interrumpió el matemático—, que no todos tenemos, como tú, una

isla de Capri en donde velar nuestros placeres á la curiosidad pública, y si el hombre no ha nacido para el deleite, como pretendía Epicuro, tampoco ha nacido para la sobriedad y la continencia absolutas, como pretendía Pitágoras. Ten presente que son muchos los romanos á quienes no les es dado amar ni beber en sus casas.

—Parece imposible, sabio Scribonio, que tú no coloques el interés general y público sobre el interés particular y privado.

—Prudente César, el interés general no es sino la suma de los intereses particulares.

—Yo también creo que no debes limitar nuestros goces—añadió Thrasilo.

—A ti, astrólogo, esto no te interesa. Los juicios cristianos, esas gentes que viven entregadas á supersticiones y fanatismos, los devotos del rito egipcio, igualmente insensatos, y vosotros los antiguos astrólogos, saldréis de Roma en legión y poblaréis algunas provincias cuyos habitantes emigraron con el pretexto de que era malsano su aire. En ellas permaneceréis bajo juramento militar.

—Los astrólogos, César, guardan alguna razón entre sus quimeras—repuso Scribonio piadosamente.

—Perdonaré entonces el destierro á los que prometan con solemnidad abandonar su ciencia

y servir otros menesteres del Estado... ¿Me agradecerá el pueblo romano estas reformas?...

El matemático y el astrólogo cambiaron una mirada y guardaron silencio. Tiberio repitió exigente su consulta y entonces Scribonio repuso con amargura:

—Demasiado sabes que Roma no es Grecia. Las gentes de este pueblo complejo y abigarrado parece como si hubieran venido desde todos los países de la tierra con el objeto exclusivo de divertirse. Para su deleite inventan dioses, ovacionan generales y asesinan emperadores, y en teniendo pan y circo, consideran satisfechas todas sus necesidades. ¿Quién podrá fijar la línea de conducta que seguirá mañana un pueblo así formado y así constituido?

—Yo castigaré sus ingratitudes si con ellas amarga mis días. Puedo elegir libremente su amo para después de mi muerte, de esa muerte horrible que he vislumbrado, no sé si en una revelación ó en un ensueño. Si Roma corresponde bien á mi cariño, después de mí regirá sus destinos Druso, cuyo carácter bondadoso y apacible conocéis demasiado; es hombre que puede hacer la felicidad del Imperio. Si Roma me ultraja con su ingratitud, expiará su culpa bajo la mano dura y el carácter intemperante de Cayo.

—¡Calígula!—exclamaron á la vez los dos sabios.

—Cayo Calígula; ese mote le impusieron en el ejército, de un calzado extraño y original que se obstinó en usar cuando acompañó á su padre en la expedición á Siria. Entre los soldados, Cayo es bienquisto.

—Pero en Roma, César, nadie ignora sus inclinaciones bajas y crueles, reveladas en él desde su infancia. Lo hemos visto presenciar con deleite todos los suplicios. Ni la danza teatral, ni la música, de las que es muy apasionado, pudieron corregir la ferocidad de su carácter.

—Bien lo conoces, Scribonio. Lo he dejado vivir para su mal y para que sea instrumento de mi venganza. Educo una serpiente para el pueblo romano y un Phaeton para el universo.

—¡Calígula!—murmuró Thrasilo—. Por fortuna, Tiberio, vivirás más tiempo que nosotros y así no regiré nuestros destinos ese monstruo abominable.

—Tened presente que Calígula gobernará en Roma, si Roma excita mi venganza con sus agravios y sus ingratitudes. Si así no sucede Druso, el hijo de Germánico, que ha heredado todas las virtudes y todas las excelencias de su padre, heredará de mí la suprema investidura. Más grato me sería daros á Druso que á Calígula. En la visión de mi muerte, Calígula era el actor principal de una tragedia espantosa.

—¿Y cómo has vislumbrado tu muerte, Cé-

sar? Aun cuando mi ciencia astrológica te repugne, con su auxilio puedo explicarte lo que tu ensueño significa.

—Me vi acostado en mi lecho y no dormido, sino entregado á una laboriosa meditación sobre los cuidados del Imperio; Calígula entraba sigilosamente blandiendo un puñal; acercóse á mí y al encontrar luz en mis ojos, el hierro cayó de su mano y el asesino quedó á mis pies pálido como un cadáver. Yo lo perdoné, no por piedad, porque este acto no puede inspirarla, sino porque, como os he dicho, reservo á Calígula para instrumento de mis venganzas. ¿Creéis vosotros que esto puede suceder algún día?

—Puede, por desgracia—repuso Thrasilo.

—Y lo real es hermano de lo posible—añadió Scribonio.

—Después siguió mi alucinación terrorífica. Quebradas mis fuerzas y flácido mi espíritu, para reanimarme organicé una fiesta; en ella bebí con tan poca continencia como en mi primera juventud, cuando en el ejército me llamaban mis compañeros *Biberio* y *Nero-Mero*, por llamarme borracho de un modo poco vulgar. Cantaron los coros y danzaron las bailarinas gaditanas; jugaron los acróbatas, los farfantes y los histriones en torno mío y el perfume de las esencias y la dulce armonía del canto, y el raudó vibrar de los crótalos y las con-

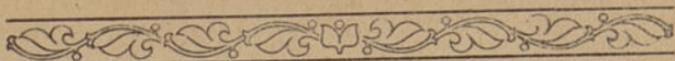
torsiones epilépticas del baile, me aturdieron al fin, hasta hacer que un síncope tenaz y prolongado me hiciera parecer muerto á los ojos de todos; pero no por ello cesó la fiesta; muy al contrario, redobláronse la algazara y los cantos báquicos de aquellos miserables; Calígula fué aclamado emperador de Roma y entre genuflexiones, besos y saludos orientales, irguió su cabeza sonriente, como la de un dios feliz, acercóse á mi sitial, tomó mi mano crispada y me quitó el anillo para ponerlo en la suya. Yo, como realmente no había muerto, retuve el símbolo de majestad; pero el pérfido Macrón envolvió mi cabeza entre ropas con el fin de asfixiarme y entonces, al verme indefenso, Calígula me estranguló con sus propias manos. La fiesta siguió mucho tiempo aún y sólo en la obscuridad derramó lágrimas una virgen escita, que aún no mora bajo mis lares, pero que á mi lado la tendré muy pronto y con largueza pagaré su ternura. Mi pariente Syncerasto se ha encargado de comprarla para mí. Ella fué la única nota de consuelo que dulcificó la visión de mi desgracia horrible. Decidme ahora lo que pensáis. ¿Fué, en efecto, una visión, un ensueño ó una profecía?...

—Tiberio... quien como tú cree que el destino está escrito desde el nacimiento de los hombres, no debe conceder importancia á esos tra-

bajos vanos de la imaginación. Los dioses tienen muy buen cuidado de velarnos el porvenir, porque con la facultad de vislumbrarlo, también nosotros seríamos dioses. Además, una negación terminante no podría borrar todas las mortificaciones que á tu espíritu ha impuesto esa pesadilla; una afirmación dejaría vivir en ti dudas y esperanzas. ¿Cuál es, pues, el consuelo que puede darte nuestra palabra?

Una aureola de silencio circuyó las palabras de Scribonio. Tiberio, dolorido por aquel relato que de nuevo le había llevado á la visión de su agonía, dejó caer su cabeza sobre el hombro izquierdo, cerró los ojos y algunos instantes después los abrió para despedir con un gesto á los sabios.

Al través de las telas de Palata filtrábanse por los amplios ventanales las primeras claridades del alba; de las calles de Roma subía un rumor confuso de cánticos, mezclado con la dulce voz de los sistros y el ronco vibrar de los tambores. Anunciábase á todos los vientos el día radiante de las fiestas Afrodisiacas.



XI

Alboreaba, y de todas las calles de la ciudad salían grupos de hombres y mujeres vestidos con trajes flamantes, para dirigirse á un bosque cercano, en donde iban á celebrarse las fiestas Afrodisiacas, por estar edificado allí uno de los innumerables templos de Venus.

Marchaban los hombres coronados de rosas; disfrazados algunos de faunos caminaban sobre asnos adornados de laurel y cintas de seda; grupos de esclavos corrían en todas direcciones con la cabeza cubierta por el gorro de libertos, como en las fiestas bacanales, insultando á todos con los epítetos más repugnantes y las groserías más inauditas, entre alaridos espantosos, como de fieras que acabaran de quebrar los hierros de su jaula.

Las matronas púdicas cubrían su rostro con un velo, y así acorazadas contra el pudor, mez-

clábense entre las prostitutas desnudas ó envueltas en túnicas transparentes.

Al son de címbalos y tambores enarbolaban Falos gigantescos y tirsos en cuyo extremo se hallaban representadas las dos naturalezas.

A veces la turba se atropellaba empujándose y rodaba por el suelo apelotonada, formando un montón repulsivo de carne de orgía; levantábase nuevamente, pasaban de mano en mano los vasos falópicos y se reanudaban los gritos, las canciones obscenas y los gestos, ademanes y danzas de licencioso carácter.

Los ediles cruzaban en cuadrigas y carros, derramando sobre la multitud verdadera lluvia de panes en forma de órganos sexuales, golosinas y monedas de poco valor.

De cuando en cuando aparecía una cortesana famosa ó rica, tendida en su litera, saturada de perfumes incitantes, cargada de joyas, en vuelta en finísimos tules, precedida de trompetas, rodeada de parásitos y seguida de eunucos. A los saludos y á los vítores de la turba, contestaba despojándose de sus velos para mostrarse en desnudez completa y acompañaba su exhibición de movimientos y contorsiones de suprema lascivia.

Y así, entre los efluvios del vino y del amor físico, pasional, robusto, vibrante, propio de un pueblo en plena juventud, dirigíase al tem-

plo de Venus la Roma gozadora; la turba compleja de quirites, ediles, esclavos, libertos, legionarios, centuriones, gladiadores, acróbatas, jurisconsultos, bufones, gimnastas, pretorianos, atletas, senadores, histriones, retóricos, poetas, filósofos, patricios, campesinos, mendigos, efebos, eunucos, matronas, cortesanas, prostitutas y meretrices, arrastrábase por aquellos campos confundida en un solo cuerpo. A los ojos de Syncerasto, Jovía y Apolonio que la contemplaban desde una altura, ofreciase como una serpiente cambiante y policroma y esto era en realidad: una serpiente que había de ceñir la tierra con su abrazo enérgico, hasta que el báculo tosco, sucio, nudoso y brutal del cristianismo contundiera su cabeza.

El Parásito, el actor y la cortesana, sentían un deseo ardiente de confundirse con aquella multitud alegre, beber con ella en los vasos falópicos y blandir como ella los tirsos coronados de flores; pero el temor á Sagaristion los detuvo, y para no excitar con la contemplación de la fiesta las concupiscencias de su alma, determinaron apartarse de aquel lugar en que impiamente sentíanse sometidos al horrible suplicio de Prometeo. Les era preciso además tonificar sus cuerpos enervados por el cansancio y el hambre y determinaron dirigirse á las termas. La concurrencia era muy escasa por efecto

de las fiestas; sólo habíanse reunido allí, además de los viciosos del baño, quienes de madrugada comportaban su cuerpo vacilante á que los vapores tibios y húmedos lo dotaran de una vida sombría, flácida, deshojada entre radiaciones enfermas de una imaginación moribunda, los dos eternos gremios de misántropos: los que huían de la humanidad regocijada por creer que les asistía derecho á lanzar al mundo entero al infierno de sus penas, y los que por haberse declarado dioses en virtud de un decreto de su vanidad soberana, huían la convivencia con los mortales vulgares y monorrítmicos.

El Parásito, el actor y la cortesana se detuvieron en el gimnasio para calmar sus fatigas antes de entregar su carnes á la caricia embriagadora del agua perfumada. El gimnasio estaba desierto; pero unos ojos escrutadores habían descubierto al grupo heterogéneo y pronto la belleza de Jovía quebró la cadena de la misantropía que atenazaba el corazón y los sentidos de aquellos hombres indignos de Roma, el pueblo afectivo por excelencia. Fueron llegando por grupos, y como todos eran conocidos y hasta se decían admiradores de Apolonio, halagáronle con saludos enfáticos para facilitarse el acceso á la joven escita.

—¡También el hombre festivo huye de la fiesta!—exclamó Quintilio el retórico.

—Llevo la fiesta en mi alma—repuso el actor.

—Ojos de fiesta son los de esa esclava tuya codiciable—agregó el centurión Flavio, á la vez que osado clavaba en Jovía su mirada de miope.

—No es mi esclava; es el corazón de mi camarada Syncerasto que acaba de adquirir forma humana, tan hermosa como veis.

—Syncerasto el Parásito: espléndida compensación ofrece la vida á tus amarguras—dijo envidioso el quirite Auxonio.

—¿Y sabes tú si no me la envía para aumentarlas?—contestó dolorido Syncerasto.

Jovía ruborosa no levantaba los ojos del pavimento enarenado, sino para cambiar de tiempo en tiempo con Syncerasto un beso de luz.

Por iniciativa de Flavio dispusiéronse á pasar á la biblioteca como lugar más cómodo; pero Quintilio determinó que fuesen al *exedro* para que allí Apolonio recitara pasajes de sus comedias favoritas

Era el exedro una gran rotonda abovedada con bancos dispuestos á modo de aula, en cuya sencilla ornamentación brillaban todas las severidades del arte griego, y así estaba dispuesta sin duda para que la imaginación del alumno pudiera emanciparse de todas las seducciones y revoloteara sólo en torno de la luz intensa de la oratoria didáctica.

El actor alegó su fatiga, consiguiendo á la

noche de insomnio para eludir el compromiso de recitar versos; pero el retórico astuto encontró al punto este rejo que clavar en sus carnes arteralmente:

—No en balde dice Roma que la miseria y la vejez han enmohecido tus aptitudes; por eso sin duda te resistes y el veto de Augusto es hoy lo que te salva del dolor de presenciar tu decadencia. Ya formas parte de tu posteridad...

—¡Calla, viejo alacrán!—rugió Apolonio irguiéndose como un Emperador—, calla y escucha y dime después si Roma y su teatro glorioso no deben maldecir la memoria de Augusto.

Mandó á todos que tomaran asiento en uno de los bancos semicirculares, alisó los pliegues de su toga y con el rostro iluminado por el entusiasmo que ardía inextinguible en su corazón de artista, meditó un momento como para organizar recuerdos dispersos; luego preguntó:

—¿Me habéis visto representar el Parásito en la obra de Plauto, *La joven violada dos veces?*

Todos hicieron un gesto afirmativo.

—Pues escuchad este trozo, que en él me aplaudirían dentro de veinte siglos si me fuera dado resucitar para recitarlo.

Y sin afectación, poniendo en ello toda su alma, dijo con voz clara, vibrante, apasionada, llena de matices, rica en tonalidades gratas:

—«... Que los dioses exterminen al primero

que inventó las horas, al primero que colocó un cuadrante solar en esta villa, al traidor que para mi desgracia ha cortado mis días en pedazos.

«En mi infancia no había otro reloj que el estómago y este es el mejor y el más exacto para advertir con oportunidad, á no ser que no haya nada para comer. Ahora, aun cuando la despensa esté repleta, no hay más que lo que quiera el sol. Así, desde que la villa está llena de cuadrantes solares se ve que todo el mundo se arrastra delgado y hambriento.»

Terminó y una expectación admirativa quedó estampada en todos aquellos rostros; Jovía lloraba de placer y Syncerasto conmovido asimismo callaba recogido en sus añoranzas.

—*Valete et plandite!*—exclamó Apolonio para deshacer aquel cuadro triste.

—Recita más—ordenó Auxonio—. En tu festín sólo nos han servido un plato...

—Algo de Terencio—determinó Quintilio.

—No, dejadme; sufro mucho—replicó el actor conmovido—. En el *Eunuco* representé muchas veces á Parmeno el siervo y en *Las Adelfas* al viejo Mición y tal es mi entusiasmo por estas dos comedias, que las retengo enteras en mi memoria... pero no hagáis presenciar el incendio á quien las llamas robaron su amor único.

Insistieron todos y al fin Apolonio vióse obligado á recitar este parlamento de Mición:

«... ¡Storax!... Nadie contesta... Sin duda Esquines no ha regresado de su banquete de anoche y en él retiene á los esclavos que envié á buscarlo. Con cuanta razón se dice: Si os ausentáis ó tardáis mucho en volver, que no os suceda lo que de vosotros dicen una mujer celosa ó unos padres débiles. Una mujer, por poco que tardéis imagina que estáis bebiendo, entregado al amor, en una palabra, que os encontráis muy bien y todo el placer es para vosotros mientras es para ella toda la pena.

»Y yo, porque mi hijo no haya venido, ¿he de quebrarme también la cabeza?

»¡Qué de inquietudes y tormentos! ¿Habrá cogido frío? ¿Se habrá caído? ¿Se habrá roto algún miembro? ¡Qué locura es la de entregar el corazón á un nuevo afecto y crearse vínculos á los que se otorga más valor que á la propia existencia!...

»Sin embargo, Esquines no es mi hijo; es hijo de mi hermano, opuesto á mí en gustos y carácter desde nuestra adolescencia; yo he preferido la dulce y apacible vida urbana, he adorado el ocio y, lo que se mira como una gran felicidad: no me he casado. Mi hermano, por el contrario, vivió siempre en el campo, se casó y tiene dos hijos. Adopté al mayor y muy niño lo traje á mi lado; lo he mirado y lo he querido como hijo mío; constituyé toda mi alegría y es el objeto único

de mi ternura; nada le he escatimado para que de la misma manera me pague. Todo se lo perdono, porque no creo necesario usar constantemente de mi autoridad. Desde el principio lo acostumbré á que hiciera delante de mí todas esas locuras que los demás hacen á hurtadillas de sus padres. Quien se atreve á mentir ante su padre y adquiere el hábito de engañarlo, no siente escrúpulos para engañar á los demás. Creo que vale más retener á los jóvenes por el honor y los sentimientos que por el temor. Mi hermano y yo no estamos de acuerdo; este sistema le desagrada y muchas veces viene á gritarme en los oídos:

—¿Qué haces, Mición? Me estás perdiendo á este chico; bebe, tiene queridas y tú le pagas esos gastos y además me lo perviertes con galas ostentosas. Eres muy poco razonable...

»Él sí que es demasiado duro y pasa todos los límites de la justicia y de la razón. Está equivocado al creer que la autoridad de la fuerza es más respetada y más sólida que la de la amistad. En cuanto á mí, he aquí cómo razono; he aquí el sistema que sigo: Cuando sólo se cumple el deber por temor al castigo, se cumple durante el tiempo en que se teme ser descubierto, y una vez que cuentan los jóvenes con la impunidad vuelven á su antigua conducta; pero al que ligáis con beneficios, cumple todos sus deberes de buen

grado, estudia el medio de complaceros y ante vosotros ó en vuestra ausencia obra siempre lo mismo.

Debe el padre acostumbrar á su hijo á hacer el bien por propio impulso y no por sentimiento de temor. Esto es lo que constituye la diferencia entre el padre y el amo. Quien no sepa obrar así, debe reconocerse incapaz de educar hijos...»

Repitiéronse los elogios y parabienes y aún insistieron todos en que Apolonio siguiera recitando; pero Syncerasto, disgustado porque al terminar la declamación coincidían sobre Jovía todas las miradas, se levantó violentamente alegando que habían ido allí para bañarse, como les era muy necesario después de una noche de insomnio y de correrías disgustantes.

Guió Apolonio y salieron del exedro para el estanque de agua tibia, en el que se bañaron los dos hombres, mientras á Jovía dos fornidos *balneatores* la condujeron al departamento reservado para las mujeres. Al salir, los *alíptes* los ungieron con aceites olorosos; encamináronse después de haber recogido á Jovía al refectorio, y en su vestíbulo, el galante Auxonio colocó sobre las sienes de la escita una corona de mirto.

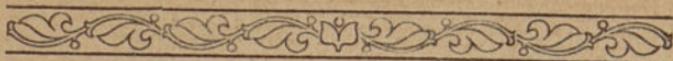
Tonificados y confortados por el baño y los

alimentos charlaban todos en gratísima camaradería, pues los efluvios del vino griego disiparon los celos y las desconfianzas. A lo lejos los sistros y los tambores vibraban para sostener la intensidad de la fiesta, y cuando entre los comensales hizo su aparición la copa banal, Quintilio el Retórico la tomó en su mano y dijo en tono de oración tribunicia:

—Brindemos, amigos, por la Vida; ofrezcamos en el ara de la vida nuestras mejores obras y nuestros mejores momentos, mientras nuestros tiranos ofrecen á la muerte todos sus tributos. Entre los emperadores y nosotros hay una diferencia computable á favor nuestro: á ellos la Fortuna los precipita desde lo alto de su rueda y nuestros huesos no los contunden las caídas porque caminamos arrastrándonos. ¡Loor ó la Vida! Loor á la Vida que se cultiva y se honra como acabamos de hacer nosotros: con banquetes de arte, con baños perfumados, con radiaciones celestiales de ojos venustos y con festines silenciosos en los que Baco no turba la paz del triclinio. No es la Vida una orgía crepitante ni un torbellino de placeres frenéticos; los peces no podrían vivir si el mar estuviese en tempestad permanente, ni las aves si siempre soplara el huracán. En la calma nacen las flores, maduran las frutas y se visten de oro las espigas. A favor de la calma, pueden llegar á nosotros los

dátiles exquisitos que nutrió con su savia el padre Nilo, las ostras de Tarento, la merluza de Pesimunto, que adquirió sus reflejos de plata á la sombra secular del templo de Cibeles, los pollos dorados de Numidia, las liebres de España, las rosas de Poesthum, los conejos de las Galias, los caracoles de Iliria... Sólo á favor de la calma nos pudieron traer los divinos griegos, hijos predilectos del Sol y hermanos de Minerva, los policromos racimos de uvas, exaltados al Olimpo por los versos de Sófocles, las almendras benditas por Catón y las castañas y las bellotas divinizadas en las poesías marmóreas de Virgilio... Brindemos por la Vida, brindemos por la calma que es esencia de vida, mientras el pueblo que no vive sacrifica todas sus armonías en el ara en donde sólo debiera deponer sus inquietudes. Grato es el sonido de los sistros, grato es el sabor delicado del vino de Chipre; grata es la caricia de una virgen griega; pero sólo un espíritu sereno puede gozar en toda su extensión estas gracias codiciables; á quien ha bailado, una crátera de vino apaga la sed y templá el fuego de sus fauces; á quien ha meditado, una crátera de vino exalta hasta la divinidad y le depara encantadores matices para sus pensamientos. El amor siempre fué más dulce en las entrañas de una gruta que en lo alto de una sierra y la música en el campo de batalla puede

ornar con estrellas el manto de la muerte; pero en el triclinio es el mejor condimento de manjares y el mejor incentivo de amistad... Brindemos, compañeros, por la Vida; brindemos por la calma, que es esencia de vida...



XII

Cuando el Retórico, terminado su brindis, llevó á sus labios la copa banal, Syncerasto y Apolonio que lo habían escuchado por mera cortesía, salieron de las termas con dirección á la casa de Tiberio para entregarle la escita, recoger la ofrecida recompensa y alcanzar del emperador la seguridad de que no serían perseguidos por el leno Sagaristion.

Apolonio quedó paseando entre los laureles que adornaban la entrada de la casa imperial, entregado á un monólogo sobre el amor, los celos y la vida penosa de los artistas caídos.

Syncerasto y Jovía se adelantaron, y cuando los hubo anunciado el Nomenclátor, Tiberio despidió á los aduladores que de madrugada, sin detenerse á enlazar las ataduras de sus zapatos, como observó el poeta, habían acudido á desearle los buenos días.

Entró primero el Parásito y con voz de triunfo dijo á su primo:

—Si por colocar á tus pies, César, las maravillas de la tierra para que tú solo las poseas y las goces he de merecer tu protección, abre, César, los brazos á tu pariente, que Jovía sólo espera tu venia para llegar con sus besos á tus labios.

—Tienes alma fenicia, primo mío. Me pintaste difícil tu empresa y para triunfar has necesitado poco tiempo.

—El tiempo da el triunfo á todos; pero los hábiles necesitamos menos su ayuda que los lerdos.

—¿Y cómo has conseguido apoderarte de ella?

—La compré á Sagaristion; soy acreedor al tesoro imperial por veinte minas y deudor de la misma cantidad á un amigo que me las ha prestado.

—Cara la pagaste

—A mí no me discutas su precio; pudiste discutirlo con el leno haciendo por ti mismo la gestión... la cabeza de Sagaristion es tuya...

—Cierto; pero debo respetarla en su lugar, ya que sabe traer á Roma esclavas de belleza extraordinaria. En este momento te será satisfecha mi deuda.

—Pero á su importe has de añadir algo, como pago de mi tercería.

—Mi mesa está puesta para ti.

—Lo que quiero pedirte no es cosa que haya de aprovechar á mi cuerpo, sino á mi espíritu

—¿Quieres alguna gracia?

—Dos, y las dos son para un amigo, que por serlo y hallarse tan desgraciado como yo, las merece.

—Habla.

—Mi amigo es un actor muy notable á quien Augusto por un leve motivo, impuso una interdicción que sufre todavía; deseo que vuelva al Teatro.

—Haré extender un rescripto en el que conste que accedo á tu voluntad. ¿Cuál es la otra gracia que deseas?

—Este mismo amigo enamoróse de una esclava de Sagaristion y tuvo destreza para robársela.

—Es más hábil que tú.

—No iba con poderes del César. Como ahora se ve perseguido por el leno, quiero que tú lo hagas libre perdonándole su delito.

—Si Sagaristion me pide justicia fallaré á favor de tu amigo. Haz que pase Jovía.

—Mi acreedor por las quince minas es tan exigente, que me obliga también á serlo. Haz que me paguen.

Syncerasto, desafiando la cólera del César con esa despreocupación del que no teme ningún mal porque los ha sufrido todos, obtuvo la can-

tidad y el rescripto que contenía la rehabilitación de Apolonio, y salió mientras el Nomenclátor disponíase á franquear á la escita el paso á la cámara de Tiberio.

Con la alegría más ingenua comunicó á su amigo aquellas nuevas felices. El actor al saber su rehabilitación, sintióse abrumado de añoranzas, pero su espíritu fuerte se impuso pronto á las emociones y comenzó á recrearse con el triunfo que esperaba de su reaparición en la escena. Cuando alzó la vista para mirar en torno suyo, con el orgullo que ya irradiaba sobre él su inesperada fortuna, encontró á Syncerasto, que con la frente plegada luchaba por encerrar las lágrimas en la prisión de sus párpados.

—¿Qué es eso, amigo mío?—le preguntó—. ¿No quieres compartir conmigo la dicha? ¿No has conseguido para ti la intendencia de los placeres de Capri?

—En esa casa—dijo Syncerasto sollozando— queda encerrada mi felicidad. Jovía es toda mi vida y ya que no puedo poseerla yo solo, renuncio á ella para siempre.

—Despierta, querido, despierta y vuelve atrás los ojos un momento; ayer salimos á pedir limosna en la Puerta de los Tres Horacios y desde que adoptamos este oficio, tú y yo sabemos que la ciencia del mendigo consiste en abrir la bolsa y cerrar el corazón. Piensa y consuélate con el

éxito feliz de nuestras aventuras y ven á mi lado á comer para siempre del pan que yo gane asustando á los inocentes en las *Atelanas* con mis baladronadas y mis colmillos retorcidos.

—Tienes razón; disfruten los poderosos del asfodelo y la miel hiblea mientras los desdichados bebemos el agua sucia de los charcos... Pero... no, no te sigo; soy piedra y no soy liquen. Partamos este dinero que á los dos pertenece y después, tú irás á vivir entre aplausos, oro y todas las delicias de la tierra, y yo á vagar en pos de un mendrugo, de un desaire ó de una injuria; pero á despecho de todo, conservaré esta libertad que el César anhelaría si tuviera ingenio para gozarla.

El actor rechazaba su parte en el tesoro que las malandanzas y las fatigas de los dos habían formado; Syncerasto con dignidad se impuso, y cuando ya se había sentado en la tierra y volcado en el halda de su túnica aquella considerable cantidad de monedas, apareció Jovía dando gritos y con los cabellos y las ropas en desorden.

El Parásito se levantó de un salto y dejó caer al suelo su dinero; Apolonio acudió también solícito á saber la causa de aquel suceso extraordinario.

—¡Traidor!—exclamó la escita—. Me dejaste sola con él y me ha querido besar ese viejo de

boca obscena, peludo y hediondo como un cabrón.

Syncerasto la miraba embobado, y ya iba á caer á sus plantas, cuando Apolonio, con gesto teatral, tomó á la joven del brazo y venciendo su enérgica resistencia, la entregó á los soldados que custodiaban la puerta del Emperador y advirtiéndoles que acababa de fugarse de los brazos de su dueño.

Cuando el actor volvió al lado de su amigo, éste lloraba lágrimas copiosas y amargas que parecían quemar la piel de su rostro curtido por la intemperie y el dolor. Se abrazaron estrechamente con las almas angustiadas y miraron con desdén su plata, mientras la multitud, abajo en el valle, enronquecida por la crápula, pisoteaba las flores deshechas, rasgaba las sedas, rompía los tirsos, tiraba contra las piedras los vasos de cristal, se abrazaba entre contorsiones lúbricas, se besaba con las fauces llenas de espuma y atronaba el espacio gritando sin compás ni armonía:

Que se alcen como cumbres de seda y luz los senos
que se ofrezcan los labios de las bacantes llenos
de lúbricos deseos, de angustias lujuriosas
y que desfallezcamos en un goce inmortal.

¡Y que funda los cuerpos, los astros y las rosas
deleite universal!

FIN DE LA NOVELA

COMENTARIO



COMENTARIO

Carta y respuesta, cambiadas por una vía desconocida
de los demás mortales é inmortales.

À MARCO TULIO GIGERÓN

En los Campos Elíseos.

Si tienes salud, me alegro; yo la tengo también. Uso de tu fórmula para darte una prueba de constancia en mi afecto.

Como ya sabes, al cabo de muchos siglos, me fué permitido vivir unos días en la Francia medioeval; hubo revolución y llegué á tiempo: me ahorcaron como en nuestra querida Roma, no obstante la maravillosa defensa que me hiciste. Allí, como aquí, los abogados, en sus hermosas oraciones se defendían á sí mismos en el juicio á que el público tenía sometidas su reputación y su tasa, porque siempre los jueces fallaron sin tener presentes las alegaciones de la defensa.

Esta tercera de mis vidas tiene su evolución en España, pueblo simpático en el que jamás arraigará la propiedad quirritaria, porque sus hombres rinden culto fervoroso á sus mayores los celtas, quienes, como sabes, vivieron del pillaje y del robo.

Por acá trajeron los cristianos esa dulce arpa eólica de diez cuerdas á la que por esto llaman *decálogo*; pero sólo vibra una: la que manda santificar las fiestas; las demás, húmedas de vino y no de lágrimas, enmudecieron, algunas de ellas afortunadamente.

A tu inteligencia poderosa, estas líneas generales pueden dar idea de cómo vivimos; pero al hacer la reconstrucción mental, no olvides que nuestras desnudeces espirituales se pasean muy bien envueltas en redecillas piadosas que se llaman honradez, moralidad, hidalguía... Quiero hablarte un poco de nuestra moral, que no es una, como en los demás pueblos; aquí tenemos dos: una moral proletaria, que hace útiles para el amor á las viejas que perdieron el sexo y decreta el que los hombres se mueran de miseria y de hambre, y otra moral burguesa que tiene á su servicio legiones, códigos y cadalsos.

El pueblo sigue pidiendo pan y circo; pero es menos afortunado que en Roma; en esta tierra ninguna de las dos cosas suelen darle; los

espectáculos aquí, son para los ricos exclusivamente, y el pan... ¿quién sabe del pan en nuestros días?...

Se han perdido todas las tradiciones de grandeza; ni por casualidad produce esta vida un señor que manumita sus esclavos en un arranque de filantropía, ni un soberano que haga al pueblo heredero de su fortuna personal, ni una cortesana opulenta de gracias como Laïs que se ofrezca á un hampón mugriento y viejo como Diógenes.

Así comprenderás la razón de que haya elevado mis ojos de miope á la vida luminosa y brillante que vivimos en aquella ciudad inolvidable, para la que será siempre todo el tesoro de nuestros afectos.

Por otra parte, estas gentes desconocen la historia, la verdadera historia de Roma, y así he querido pintarles un trozo de aquella vida nuestra, con sus verdaderos tonos y matices; no sé si habré acertado: en el caso negativo sírvame de disculpa mi buena voluntad.

Aquí la Historia, querido Marco Tulio, llena su cesta en los baratillos ó arrastra por los muladares su gancho de trapero; al execrable Julio César suele llamarlo divino, y en cambio á Casio y á Bruto los maldice y les niega la categoría de dioses.

Lo que sucede con tus obras te dará idea del

gusto y el criterio selectivo de nuestra Historia, encubridora y alcahueta de bellaquerías reales. Tus cartas, en las que á lo sumo pusiste un poquito de corazón, y de las que siempre estuvo ausente tu cerebro, circulan prolijamente entre los culti-latini-parlos, para quienes fuiste sin duda algo así como nuestros memorialistas, pues rarísimo es el que tiene una vaga idea de que además de las cartas y de tus oraciones divinas se te deben esas obras gigantes que se llaman *De Officiis*, *De Senectute et de Amicitia dialogi*, *Paradoxa ad M. Brutum*, *Somnium Scipionis* y *Tusculanarum Questionum*.

Aquí puede ser modelo y parangón de historiadores Joanes Talpa, el ya famoso confidente del incomparable Anatole France.

Los novelistas que hicieron labor reconstructiva se dejaron engañar por los historiadores, mejor dicho, por los grafómanos sedicentes historiadores, porque á Suetonio lo he vulgarizado yo con ayuda de un editor que me pagó veinticinco duros por traducirle del latín la *Vida de los doce césares*. Así, en la novela arqueológica se describieron hasta hoy banquetes de reyes libertinos y cortesanas cínicas, juegos malabares de sacerdotes, escamoteos de vestales, fantasías sobre motivos del circo y venganzas de esclavos irascibles. Nadie

acometió la pintura de caracteres ni de costumbres; nadie reconstruyó pasiones y afectos, y esta observación engendró mi propósito.

Fuí á buscar los materiales para esta labor á las obras de Plauto y de Terencio; á ti te parecerá bien que los cite por este orden; la crítica nuestra, en cambio, me llamará sacrílego, porque ha caído en la herejía de colocar á Terencio sobre Plauto. Suetonio me dió el verdadero retrato de Tiberio Claudiano único personaje histórico y real de mi novela, que se desarrolla en su época, porque como es la de menos guerras y menos conmociones políticas, en ella se ve más clara la luz de la vida. Como notarás, tampoco he despreciado las noticias que de Tiberio nos trajeron á los Campos Elíseos, en donde paseábamos del brazo, mientras el enemigo de los taberneros romanos hacía la felicidad del Imperio.

Encontrarás en la página de honor de mi libro el nombre de un poeta griego, redivivo también para gloria y esplendor de las letras españolas. Tú, sin duda, desde ahí habrás contemplado con deleite las flores de luz y de música que pródigamente crea y vivifica su estro divino. Tratan hoy de llevarlo á un apotheosis civil, cosa equivalente á darle la cicuta, pues aquí nadie vive después de tales exaltaciones; pero para que el homenaje no sea civil

meramente, pago complacido mi contribución literaria y doy ejemplo saludable á los que como yo le adoran en sus obras monumentales é imperecederas.

No he incurrido en la cursilería de decir:

«Quisiera que este libro fuese, por lo menos, el friso del Parthenon» etc. Es el mejor de todos los que he escrito y puede codearse con los mejores que he leído, salvo siempre tu opinión definidora y definitiva. Por esto se lo dedico al primer poeta de nuestro siglo, en la convicción de que ha de vivir más mi obra que su corona, porque las flores se marchitarán al calor de su frente, guardadora de un fuego, que, como el de todas las cosmogonías, crea mundos y cielos.

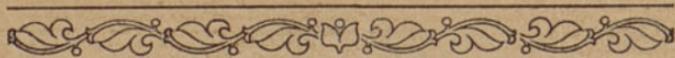
Y... á propósito de cosmogonía. ¿No te parece que ha llegado la hora de que rectifiquemos el descubrimiento de Aristóteles? «á las cuatro esencias: tierra, fuego, aire y agua—dijo—es preciso agregar una quinta esencia que no conocemos; pero es indudablemente la que ha formado los cielos y los astros». Ya conocemos esta quinta esencia del universo: es el Arte; los artistas son dioses creadores, y los poetas como Salvador Rueda tienen derecho á que Apolo les ceda un asiento de honor en su automóvil ígneo.

Aquí termino, maestro venerado. No me

niegues tu juicio sincero sobre mi novela. Escribeme prolijo, que encuentre verdadero deleite en traducir al castellano tu obra. Si fuera tan fácil y tan grato traducir al castellano el lenguaje en que se suelen escribir nuestros códigos y nuestras leyes, á los abogados aquí nos quedaría tiempo para ser artistas, como lo fuiste tú en todos los momentos de tu vida.

Da un abrazo en mi nombre á todos esos inmortales, y recibe un beso que sobre tu frente envía tu adorador eterno,

E. B. H.



Á EDUARDO BARRIOBERO Y HERRÁN

En Madrid.

I. Marco Tulio, de sus dioses impetra salud preciosa y abundante para ti que á su nombre dedicaste un altar en el templo de tu memoria.

II. Desde antiguo deseo tu carta; fuí parco en conceder los tesoros de mi amistad y tú los disfrutaste; aun desde aquí es dulce comunicarse con un buen amigo. De lo que hagas y de lo que te propongas hacer, infórmame diligentemente. Cuando me consultes no cantarás para los oídos de un sordo, como dirían aquellos miserables que nos saludaban en el atrio de los Comicios. Te escribiré muchas palabras ya que el ocio en esta mansión ocupa toda mi vida.

III. Antes de hablar de tu libro, quiero rectificar un concepto de los que consignate acerca de mi obra. ¿Por qué al citar mis tra-

bajos, omitiste la oración que hube de pronunciar en defensa del poeta Licinio Archías? ¿Creíste incurrir si la mencionabas en el defecto de los que analizan la lana de las cabras y la sombra de los asnos?

En esta oración, querido amigo, puse más espíritu que en ninguno de mis trabajos. Bien sé que adolece de asperezas en el estilo y de innovaciones en el método; pero, Apolo, ¿hubiera dicho más de cuanto yo dije en elogio de las letras? ¿Hubiera Sócrates argüido con mayor firmeza? La crítica romana, influida tal vez por Zoilo, el quisquilloso, tildó esta oración judicial de demasiado poética; pero en ella misma adelanté la disculpa. ¿Recuerdas mis palabras? «Vedme aquí, jueces, que para favorecer á cualquiera en sus peligros, jamás me han retraído mi sosiego ó mi descanso, ni me han apartado las diversiones, ni retardado el sueño; ¿no ha de serme lícito buscar en las letras, cuyo estudio ocupa una parte de todos mis días, materia con que se desahogue mi ánimo cansado del estrépito forense y tengan descanso mis oídos aturridos por estas voces? ¿Pensáis que, por ventura, puedo yo tener materiales suficientes para hablar todos los días de tanta variedad de asuntos, si dejo de cultivar mi espíritu con prolija erudición ó no acudo en su socorro con el descanso?....»

IV. ¡Pobre Licinio! Fué mi maestro y al defenderle pagué una deuda de gratitud. Roma, que prodigó en todo el mundo los títulos de ciudadanía, quiso revisar y anular el de Licinio, sin considerar que lo había disfrutado veintiocho años, para gloria de nuestra literatura y de nuestra oratoria. Ciertó que nació en Antioquía y que alcanzó como poeta griego lauros codiciables, pero en Roma se consagró á educar la juventud. Yo fuí su discípulo; quienes me debieren gratitud á él se la paguen en conciencia. Nuestra ciudad querida lo sometió á proceso; pero nunca lo hubiera hecho sin la delación de un hombre obscuro llamado Graco, que en la humanidad se da la perfidia como en la flora el veneno. Mas cuando el mal se produce sin causa y sin justificación, de sus entrañas suele salir el bien, para escarmiento de los perversos. Licinio Archías ganó la inmortalidad y desde la tribuna forense pudieron llegar á los oídos de las letras y de sus cultivadores los elogios que merecen por los días de luz, de triunfo y de fama que dispensaron y dispensan á las repúblicas.

V. He traído á colación mi defensa de Archías, para demostrarte la sinceridad de mi aplauso por haber puesto al frente de tu libro el nombre de un poeta glorioso, para el que aquí guardamos delicada hornacina y ple-

gue á los dioses que vacía esté muchos lustros. Salvador Rueda, cuyos pasos sigue complacido mi espíritu, no es un poeta nacional ni europeo, sino mundial, y si la crítica comparativa se propusiera definirlo, necesitaría violar tumbas griegas para encontrar el arquetipo. Merece un homenaje y se lo debéis principalmente los literatos. Evitad para los hombres grandes, para los genios verdaderos, los homenajes edilesco. Cuando al genio tratan de hacer la corte, resultan más ridículos todavía los maceros albarrazados, las levitas ancestrales, las flores de trapo, la música civil y administrativa, las damiselas opalescentes y los discursos circumbilivagantes.

VI. Recordarás que en Roma premiábamos á los generales distinguidos, con lo que se llamó el *Triunfo* y fué concedido también á hombres civiles eminentes sin duda. Señalaba el día el Senado, y el general, por las calles principales tapizadas de flores, dirigíase al Capitolio coronado de laurel, en una carroza tirada por cuatro caballos blancos. Delante iban los senadores con sus túnicas blancas cruzadas por anchas bandas de púrpura y sus botas negras hasta la mitad de la pierna, sobre las que destacaba la C de plata bruñida. Después, en carrozas ornamentales, los despojos y botines ganados en las batallas, las esta-

tuas y banderas de las naciones sometidas y los reyes y capitanes prisioneros, con cadenas de oro y plata. Junto al general iban sus parientes y amigos; detrás un coro de música, y, por último, los soldados que le acompañaron en sus empresas. El pueblo aplaudía frenético y arrojaba pétalos de flores y aguas olorosas al paso de la comitiva. Cuando yo fui gobernador de Cilicia, y mi provincia estuvo á punto de ser sorprendida por los Parthos, que iban á guerrear con Antíoco, me puse al frente de las legiones, y tales victorias obtuve, que mis soldados me concedieron el título gratisimo de *Imperator*, y aun estoy seguro de haber merecido el *Triunfo*, que no se me concedió por las vicisitudes que sufría entonces la República. Un homenaje así, es el que debéis de organizar para Salvador Rueda; presentádselo al pueblo en esta forma para que lo adore, que á tal tiene derecho indiscutible.

VII. La corona, sólo la corona, es homenaje menguado. Tú sabes que en Roma las concedíamos pródigamente á hombres oscuros. Como tú has observado con tino, su frente ardorosa, febril, idealizadora de vidas, transformadora de esencias, al vigor de las flores que formen la corona, sólo podía, conceder, no *el espacio de una mañana*, sino el espacio de una pulsación, el espacio de un suspiro, y

después su deferencia para con vosotros obligárale á conservar, durante toda una vida inmortal, un ramillete marchito y ridículo y sólo con insignia de orate podría volver á ponerlo sobre su cabeza. Las coronas sólo sirven para el adorno de frentes que, por estar heladas y sin vida interior, no pueden marchitarse, ó para lo que Julio César tejió la suya: para tapar con ella su calvicie. Coronad á los calvos de entendimiento ó de occipucio; pero no á Salvador Rueda, quien en el Imperio de las Letras jamás será tenido por hombre de poco pelo.

VIII. Tenéis otro medio de pagar esta deuda. ¡Si en Roma hubiéramos dispuesto de la imprenta! Transmite mi saludo á la imprenta, que es obra de dioses. El homenaje más adecuado para Rueda en vuestro siglo, sería la difusión de las maravillas que casi olvidadas están entre las páginas de sus libros, algunos seguramente polvorientos y roídos de ratones en las covachas editoriales. Es vergonzoso para vosotros el que ese pueblo no conozca á Rueda, el cantor más entusiasta, más acertado, más exquisito y más elocuente de la Natureleza. Distribuíd prolijamente los ejemplares de las obras de Rueda entre los campesinos y entre los obreros urbanos y veréis cómo muy poco tiempo basta para que

sus almas despierten á la vida del arte, con lo cual, sin violencias, habréis resuelto todos esos problemas que, aparentemente, preocupan á vuestros sociólogos de acta ó nómina. Habréis hecho un pueblo de artistas y sólo los pueblos de artistas saben ser grandes, fuertes é inmortales. Dividid en opúsculos esos libros sin ejemplo en vuestra Literatura que se llaman *Lenguas de fuego*, *Piedras preciosas*, *Trompetas de órgano*; haced una edición extensísima de *La Cópula*, poema en prosa al que su autor modestamente llama novela; llevad á vuestros centros de primera enseñanza estos materiales y veréis cómo quienes aprendan á leer en los versos de Rueda son inabordables para las pasiones viles, tienen espíritus gigantes por haber confraternizado con lo gigantesco, y por el amor de la Natureleza, sabrán curarse de hiperestesias entecadoras y de escepticismos enervantes; quienes hayan leído *La Cópula* certificarán en todas partes con palabras autorizadas la grandeza de Rueda, genio entre genios, que sólo por esta obra—el poema del erotismo sano, natural, antípoda de la pornografía y de una picardía grosera, carnal y artificiosa, tan artificiosa como el idiotismo *sicalipsis* con que la habéis rotulado—sólo por *La Cópula* merece que respetéis sobre su frente el nimbo radiante de

luz de alma, sin obscurecerlo con flores de invenero, de *parque* municipal ni de confitería.

IX. Y hablaré ahora de tu novela. Ruda carga pusiste sobre tus hombros; pero como P. O. Nasón nos dijo: «de pronto conviértese en ligera la carga más pesada cuando cae sobre quien la sabe llevar». La vida romana es muy difícil de reconstruir para los hombres de esa edad. Desconocéis nuestro idioma. Perdóname el que así afirme, porque te conceptúo perteneciente á ese siglo y con sólo recuerdos vagos de tus vidas anteriores. Desconocéis nuestro idioma, digo, aun cuando blasonéis de conocerlo. Vuestras gramáticas latinas sólo tienen un valor hipotético; en algunas de ellas se lee:

«Quien bien conjuga y declina
sabe la lengua latina.»

Y esto es sencillamente una barbaridad digna de Pontano, de Pomey, de Cordier, de Van-Torre, de Champsneups ó de Nebrija. En Roma supimos latín una docena de señores, á quienes no nos es dado resucitar para comunicarnos esta enseñanza.

X. El estudio de nuestras costumbres es para vosotros igualmente difícil. Cuando los eruditos del renacimiento comenzaron á exhumar los despojos y las ruinas de nuestra ciu-

dad gloriosa, el gusto de los pueblos inclinábase á lo épico; de este elemento llenaron sus vitrinas y sus archivos, y como en la vida predominan siempre los matices líricos, de ahí que sean falsos los materiales con que contáis para vuestras reconstrucciones, y no podáis hacerlas fieles y verdaderas.

XI. Tú elegiste bien al buscar tu guía entre los trágicos y no entre los historiadores; el autor dramático suele ocupar el punto medio de la línea que separa al historiador del poeta, y así no es cortesano como aquél ni fantástico como éste. Idea hombres que han de vivir, y por esto sus creaciones están, cuando son acertadas, de acuerdo con la vida. La prioridad que concedes á Plauto sobre Terencio es discutible; para poder adjudicarte la razón, me sería preciso conocer el punto de vista que has elegido al mirarlos. La Retórica y la Preceptiva específica del arte dramático discrepan al emitir sobre ellos su juicio. Retóricamente considerados, Terencio es superior á Plauto. En la esfera dramática, Plauto es superior á Terencio, porque aquél es más humano y confecciona sus tipos de carne mortal y espíritu apto para la vida ordinaria.

XII. ¡Cuánto agradece Ovidio el saludo que le envías desde tu libro! Entre nosotros vive, libre de persecuciones y malandanzas, y toda-

vía lamenta el que los tiranos le hicieran morir sin haber vuelto á pisar tierra latina. En los Campos Elíseos disfruta de mayor estimación que Virgilio, porque sus obras nos delejtán más y nos adoctrinan de mejor manera, que también aquí se ama y se goza.

¡Pobre Ovidio! Todavía nos hacen llorar sus tiernas añoranzas. ¡Qué crueldades tiene la vida de los hombres! Escribió en sus días de gloria:

*Os homini sublime dedit; cælumque tueri
Jussit, et erectos ad sidera tollere vultus.*

«Colocó al hombre en actitud derecha y le ordenó que contemplara los cielos y que conservara erguida su frente ante los astros.»

Y en cambio él vivió de rodillas ó arrastrado, y tuvo que inclinar inútilmente su cabeza, no ante los astros, sino ante césares odiosos, de entrañas roídas por los gusanos del odio y de espíritus entenebrecidos por la miseria intelectual, por la vanidad ridícula y por la impiedad perdurable.

XIII. De Tiberio hiciste un retrato magnífico. Aquí viven algunos de sus contemporáneos y me garantizan tu acierto. Así era: ni mejor ni peor que los otros césares. Proyectaba el bien y hacía el mal, acaso inconscientemente, acaso porque el mal es la determinación primera é inconsciente de todo poder su-

premo y omnímodo. Séneca, que vivé en mi calle, dice que «un dios vengador pasea siempre del brazo de los soberbios».

XIV. Syncerasto y Apolonio son dos creaciones geniales; dijérase que los habías conservado en un relicario desde aquella vida nuestra que ambos depusimos en las manos de *carnífice*. (Traduce así este vocablo, pues así es más suave que el empleado por vosotros, ya que conserváis la *magistratura* y tenéis un hombre cuya misión es cubrir su frente con la sangre de sus hermanos.)

Los hampones de Roma sentían como sienten los que has dibujado. Habíalos positivistas y habíalos románticos. El romanticismo de Syncerasto lo vi en muchos de los que fueron mis clientes y mis soldados. Su última abnegación conmueve; yo he llorado con él cuando su pequeñez social le arrebató el amor de Jovía. El actor es un marrullero, conocedor de la vida y su artificio á favor de unos cuantos años de postergación y de miseria. Cuando vuelva al teatro triunfará con mayor estrépito que en los días de su juventud, porque la desgracia ha prestado flexibilidad á su espíritu.

XV. Jovía, la virgen escita, es un tipo verdaderamente simpático. En tu novela es una rosa que aún no desplegó sus pétalos para recibir el beso del sol. Estimarán algunos que su

figura resulta borrosa; pero como ella son las que aman de un modo intenso y las que viven colocadas impiamente por la realidad en una vida que no es la suya. Repentinamente se enamora de Syncerasto, porque yacía bajo los sucios y odiosos lares de Sagaristion, esperando al hombre y en el hombre no ve ni advina al grosero atormentador de sus carnes, delicadas, ni al ladrón de sus caricias, sino que presiente un corazón generoso y libertador. En la formación de Jovía sólo ha intervenido la Naturaleza, y la Naturaleza sólo hace mujeres; la humanidad hace meretrices.

XVI. Yo conocí á Sagaristion y á Phronesia; todos los romanos los hemos conocido y los hemos motejado con dicterios, no tan crueles como por su condición y ejercicio merecían. Los diálogos de Apolonio y la alcahueta parecen escuchados al través de la cortina de alguna cubicula del lupanar. El ingenio de los dos honrados pícaros te ha servido para castigar la codicia de los odiosos lenos. ¡Cuánta belleza brilló siempre en las flores del ingenio!

XVII. ¿Por qué usaste de tanta sobriedad al describir los lugares y las fiestas? Se advina que te guió Suetonio, y el secretario de Adriano fué un cronista, un computador de sucesos, un alistador de detalles; pero no un literato. Nuestras fiestas fueron mucho más espléndi-

das y brillantes. Las imaginaciones de ese siglo, atormentadas por una esfera de pequeñez y por un ambiente de miseria, no pueden adivinarlas. En algunas Saturnales romanas se gastó más dinero del que gasta en un año la más rica y espléndida de las cortes europeas.

XVIII. En la descripción de la isla de Capri ha acertado sin duda. Tal era de bella, y Tiberio, en efecto, la tuvo presente en todos sus ensueños de voluptuosidad. A los que conocimos esta maravilla de la Naturaleza, nos causa pena el que Syncerasto no aceptara la intendencia de los placeres de su primo, como jubilación para su vida de azares. Puesto que sabía los encantos de la isla, su renuncia es un rasgo sublime de entereza y un sacrificio muy hermoso consagrado al amor puro, que es el amor natural, consumado y gozado como lo organizó la vida.

XIX. ¡Y qué consoladora es la energía que usa para combatir el odioso efebismo, que llenó nuestra historia de sombras repugnantes. Yo, en pleno Senado, arrojé sobre la frente de Julio César sus relaciones abominables con Nicomedes, rey de Bithynia, á quien en presencia de libertos y mercaderes sirvió á la mesa vestido de mujer. Durante su vida lo combatí cuanto pude y desde aquí, al recordar sus vicios, maldigo su memoria. Y tan odiosas

son para mí como los extravíos de estas bestias, las religiones observadas por los pueblos de esa época, que sujetan á reglas y á limitaciones el amor natural, ilegislable incoercible, perpetuamente rebelde, que así cohibido sólo puede producir esclavos y pobres de espíritu. Y por lo que á la mujer atañe, todavía son más crueles sus efectos. Si á mi juicio sometieran quién merece con mayor justicia el dictado de prostituta, si la que arrienda sus encantos por una hora ó por una noche, á cambio de un día sin conflictos, ó la que los cede á perpetuidad y acepta una vida esclava para tener en ella pan, techo y vestido, cuando todo esto podía alcanzar con su trabajo corporal ó con la movilización de su intelecto estático, fallaría que la segunda es mucho más despreciable, aun cuando la sociedad en que tú vives dejara por ello de revisar mi correspondencia y de admirar mi enfática oración contra Catilina.

XX. El canto á la vida que pones en labios de Quintilio el retórico, no me gusta. En él admiro cuanto en loor de la vida dice; pero rechazo sus elogios para la calma y niego que la calma sea esencia de vida. Te lo demostraré con dos silogismos de aquéllos que acerté á formular en los Comicios y en la Tribuna de las Arenas. El sueño es la mayor sublimación de la calma; es así que el sueño no es la vida, lue-

go la calma no puede ser esencia de vida. Yo viví, y mi vida fué luminosa y fecunda; en mi vida no hubo un momento de calma, luego puede haber vidas admirables que no hayan tenido la calma por esencia.

XXI. Sin duda olvidaste mi historia complicadísima. En Arpino Toscano, pueblo de mi nacimiento, como sabes, apenas salido de la primera infancia, mis padres, caballeros romanos de ilustre abolengo, me rodearon de maestros. A los extranjeros que por allí pasaban hacíanles admirar los prodigios prematuros de mi genio. No había tomado la ropa viril, cuando defendí á Rascio, asesino de su padre, y logré su absolución; pero en lugar de embriagarme con los aplausos que por este hecho se me tributaban, reflexioné y deduje que mi cultura intelectual era incompleta. Quise ampliar mis estudios en Atenas, y desde el día de mi llegada obligáronme á controvertir con los oradores de mayor prestigio. Grecia tuvo para mí el mayor elogio que á hombres ha tributado. Lo escuché de labios de Apolonio Molan, uno de sus más ilustres oradores. «A Grecia—me dijo—le quedaba sólo la gloria de la elocuencia y has venido tú á robársela para llevarla á Roma.» De regreso en mi país natal, fuí questor, gobernador de Sicilia y de Ciliacia, edil, pretor, cónsul y Padre de la patria,

todo ello á despecho de numerosos enemigos que me rodearon siempre. Recordarás, cuando al prestar los juramentos usuales en el día de la terminación de mi consulado tenían preparada contra mí una conjuración violentísima que debía estallar cuando yo comenzara mi discurso. Lo supe y con entereza me concreté á esta sola frase: *Juro que he salvado la patria*. La asamblea, vencida, no pudo menos de decir ingenuamente: *Juramos que ha dicho la verdad*.

XXII. Y después de todos estos días de gloria tuve que abandonar mis lares condenado á un destierro injusto, al que me acompañó el dolor de todo el pueblo. Pero con esto no quedó satisfecho mi destino. Como prenda de aquella alianza, funestísima para Roma y sus libertades, que tramó la codicia de Octavio, Antonio y Lépido, Antonio pidió á Octavio mi cabeza y éste cayó en la cobardía de regalársela. ¡Si la hubiera podido injertar en su cuello!... Popilio Lena, que me debía su vida, fué el encargado de acabar con la mía, y orgulloso llevó al déspota mi cabeza y mi mano diestra. Fulvia, la mujer de Antonio, atravesó mi lengua con un punzón de oro... Ya me habían dicho en Grecia que en el seno de la mujer duerme siempre una fiera.

XXIII. Suma, querido amigo, estos azares

á la lista de mis trabajos, y busca en mi vida momentos de calma. Ni uno tuve y, sin embargo, mi vida fué gloriosa y brillante. Veinte siglos hace que falto de ese mundo y todavía ocupó la atención de muchos hombres. Son opacas las vidas que tienen la calma por esencia.

XXIV. No concedas gran importancia á mis objeciones. Tu libro es hermoso, y así has de oirlo de muchos labios, pero será poco leído, por dos razones principales:

Primera. Porque al gusto de tu época no puede satisfacer la novela arqueológica. Entre tus contemporáneos de ahora, son muy pocos los que tienen tiempo para leer novelas y á éstos les deleitan más las aventuras ingeniosas ó sangrientas de un malhechor audaz ó el erotismo enfermo de una sacerdotisa de Venus; el interés de esta última clase de libros aumenta ó disminuye con el ridículo del marido ó del amante que paga. Bajo cuerda te confieso que estas novelas reivindicadoras del amor ingenuo y natural tienen todas mis simpatías. Y, vamos con la segunda razón:

No gustará mucho tu obra porque has pintado unos romanos que hablan, que sienten y que razonan. Al público sólo le interesa la Roma borracha de vino, de sangre ó de lujuria. Pero si quieres consolarte piensa en la pos-

teridad... La confianza en la posteridad es un consuelo eficacísimo; á nadie ha muerto la posteridad con sus desdenes.

XXV. Pido una parte en tus blasfemias contra la Historia. Ha entregado á la veneración pública una lista copiosa de hombres sanguinarios, de asesinos coronados y de meretrices intrigantes. Los hombres virtuosos y los sabios no alcanzan una hornacina en sus sinagogas, si no han cometido el delito de ser á la vez factores de un Gobierno. Corre gozosa detrás de los ejércitos, cantando himnos á la destrucción y á la muerte y no se detiene á colocar un hacecillo de humildes flores campesinas en la tumba de los héroes oscuros que en los laberintos de la Ciencia y del Arte dieron su actividad y su vida por sus hermanos. Si mi buen liberto Tirón no hubiera recogido mis obras cuidadosamente, nada sabríaís de mí. La Historia, con mi nombre hubiera callado la noticia de mis complicadas aventuras.

XXVI. No es el Arte la quinta esencia del Universo presentida por Aristóteles; es la primera y la más fecunda de todas. La gran misión que debe cumplir la humanidad, es saturar de Arte la tierra y hacer que sean artistas todos los hombres. Cuando esto suceda desaparecerán la guerra y el crimen, hijos ambos de la codicia. A quien sabe crear la belleza ¿qué

otras concupiscencias le pueden arrastrar á determinaciones nefandas?

XXVII. Escribeme con frecuencia. Creo haber dado contestación á todos los puntos de tu carta y, por ello, agradecido de tu recuerdo, pliego la mía, después de manifestarte mi anhelo de que ahora y siempre goces plurima salud.

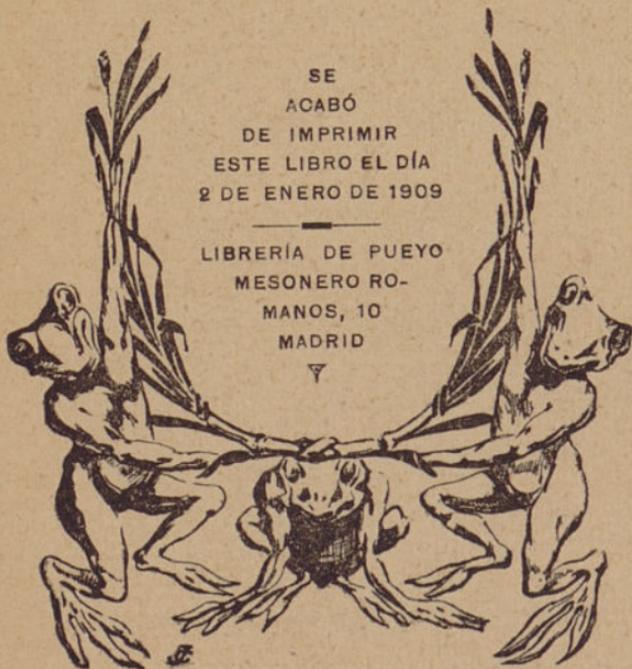
TULIO.

INDICE

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA.....	5
Carta del autor á Marco Tulio Cicerón.....	145
Carta de Marco Tulio Cicerón al autor.,.....	153

SE
ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EL DÍA
2 DE ENERO DE 1909

LIBRERÍA DE PUEYO
MESONERO RO-
MANOS, 10
MADRID



Principales obras del mismo autor.

	<u>Pesetas</u>
Guerrero y algunos episodios de su vida milagrosa (novela documentaria), un tomo.....	2
Misterios del mundo (Filosofía del suicidio)....	1
Cervantes de levita.—Nuestros libros de caballerías (Dos ensayos de crítica).....	1

OBRAS TEATRALES

Don Quijote de la Mancha (comedia lirica; música de D. Teodoro San José).....	3
Juerga y Doctrina , zarzuela en un acto; música del mismo autor.....	1

PRINCIPALES TRADUCCIONES

Gargantua , de Rabelais, un tomo.....	3 50
Filosofía del espíritu , de Hegel, dos tomos....	9
Roma galante bajo los Césares , de Suetonio, dos tomos.....	2
La poesía épica y el gusto de los pueblos , de Voltaire, un tomo.....	1

Catálogo de obras modernas.

EN PPOSA

Pesetas.

ACEBAL (Francisco):	
Huella de Almas (novela)	2
ALARCON (Mariano):	
Obras de teatro.—Tomo I: <i>Moisés contemporáneo</i> . Contiene este tomo las siguientes obras: El éxodo (drama en cuatro actos).—En el desierto (drama en cuatro actos).—La tierra de promisión (drama en cuatro actos).....	5
Tomo II.— <i>Del dolor al olvido</i> . Contiene este tomo las siguientes obras: Rescatada (drama en tres actos).—Rayo de sol (drama en un acto).—La fuerza de la corriente (<i>La sinfonía de las aguas</i>), drama en cuatro actos.....	5
ALVAREZ Basilio):	
Por los agros celtas (prosas).....	1
AMORÓS (Juan Bautista), <i>Silverio Lanza</i> :	
La rendición de Santiago (novela).....	2
El año triste (4. ^a edición).....	0 50
Cuentos escójidos.	0 50
ANTON DEL OLMET (Fernando):	
Queralt hombre de mundo (novela social)....	5
El Arma de Infantería en el levantamiento del 2 de Mayo de 1808.....	3
ARCE (Francisco de):	
Pasionales (cuentos).....	2
La Calatrava (novela).....	3

CATÁLOGO DE OBRAS MODERNAS

Pesetas.

AREVALO (Joaquín):	
Misterios del lupanar (novela)	1
BARK (Ernesto):	
Filosofía del placer.....	3
La Invisible (novela contemporánea)	3
BARRIOBERO Y HERRAN (Eduardo):	
Cervantes de levita (crítica social).....	1
Misterios del mundo (Filosofía del suicidio)...	1
Don Quijote de la mancha (comedia lírica sobre la base de la obra del inmortal Cer- vantes).....	3
Guerrero y algunos episodios de su vida mila- grossa (novela documentaria).....	2
BRAVO (Emilio):	
Sueños y realidades (novela).....	1
BRAVO CARBONELL (J.):	
El Toledano Rojas, obra premiada.....	3
BUENO (Manuel):	
Almas y paisajes (cuentos).....	2 50
A ras de tierra.....	1
CALONGE (Enrique):	
<i>De una vida</i> (cuarteleros).....	1
CAMBA (Francisco):	
Camino adelante (novela).....	2
CANEL (Eva):	
El agua turbia (novela).....	4
Las manos muertas (novela).....	3
La pola (novela).....	3
CANOVAS Y VALLEJO (José):	
Cuentos de éste.....	2 50
El compañero de viaje.....	2

CATÁLOGO DE OBRAS MODERNAS

Pesetas.

CARRETERO (Manuel):	
El Triunfo de la Vida (novela), con ilustraciones de Romero de Torres.....	3
La espuma de Venus (cuentos).....	0 50
CESTERO (Tulio M.):	
Sangre de primavera (prosas).....	3
CIGES APARICIO (M.):	
Los vencedores (novela).....	3
DARIO (Rubén):	
Azul.....	1
Opiniones.....	3 50
Los raros.....	2
DIAZ CANEJA (Juan):	
La cumbre (novela).....	3
DICENTA (Joaquín):	
De piedra á piedra (cuentos).....	3
Crónicas.....	2
Cuentos.....	0 25
DOMINICI (Pedro César):	
La tristeza voluptuosa (novela).....	2
Dyonisos (novela).....	5
El triunfo del ideal (novela).....	5
DORIO DE GADEX:	
T egua (novela).....	2
Lolita Acuña (novela).....	2
D'ORS (Eugenio):	
La muerte de Isidro Nonell (Narraciones arbitrarias).....	3
FERNANDEZ VAAMONDE (Emilio):	
Al vuelo (cuentos y apuntes).....	2

CATÁLOGO DE OBRAS MODERNAS

Pesetas.

FERRANDIZ (José):	
Memorias de una monja (novela).....	2
Manuscrito de una monja (idem).....	2
La muerte del microbio.—Mendicidad,.....	3
FRANCES (José):	
Guignol (teatro para leer).....	1 50
GARCIA SANCHIZ (Federico):	
Por tierra fragosa.....	1 50
Las siestas del cañaveral.....	1 50
GONZALEZ ANAYA (Salvador):	
Rebelión (novela).....	3 50
Los alquimistas. Estudio sobre la alquimia y sus adeptos.....	2
GONZALEZ BLANCO (Edmundo):	
Las iglesias del Estado.....	1
GONZALEZ HERVÁS (Juan):	
Vértigo en altura.....	2
HÉCTOR ABREU (Manuel):	
Aves de paso (novela).....	3 50
Novelerías.....	3
Amazona (novela).....	3
El Espada (novela del toreo).....	3
Dominio de faldas (psicología masculina).....	2
HEREDIA (Rafael):	
A toda máquina.....	1 50
HERNANDEZ CATÁ (Alfonso):	
Cuentos pasionales.....	1 50
HERRERO DE VIDAL (Melchora):	
Para las mujeres (Reflexiones y consejos)....	2
HOYOS (Julio):	
El dolor de la casa (novela).....	2 50

CTAÁLOGO DE OBRAS MODERNAS

	<u>Pesetas.</u>
HOYOS Y VINENT (Antonio):	
Frivolidad (novela)	3 50
Mors in vita (novela)	4
A flor de piel (novela).....	3 50
HUERTOS (Luis G.):	
Hampa (novela).....	2
Rerum (prosas).....	2
ICAZA (Francisco A. de):	
Exámen de críticos.....	2
IGLESIA VARO (Antonio de la):	
Angustias Salazar (novela).....	3
INSÚA (Alberto):	
Don Quijote en los Alpes (viajes).....	2
<i>Historia de un escéptico</i>	
En tierra de Santos (novela).....	3
La hora trágica (novela).....	3
INSÚA (Waldo A.):	
Deseada (novela).....	3
Alma nueva (novela).....	1 50
JUST LLORET (Joaquín):	
Inglaterra árbitra de España (artículos)....	3
LABALLE COBO (Jorge):	
Voces perdidas (novelas cortas).	4
LA IGLESIA (Gustavo):	
Caracteres del anarquismo en la actualidad..	6
LARRUBIERA (Alejandro):	
Camino del pecado (novela).....	2
LEYVA (Nicolás):	
Cuentos en papel de oficio.	3
LOPEZ AYDILLO (Eugenio):	
Galicia ante la solidadridad.....	1 50

CATÁLOGO DE OBRAS MODERNAS

Pesetas.

LOPEZ BALLESTEROS (Luis):	
La cueva de los buhos (novela):.....	3
Lucha extraña.....	3
LOPEZ CAMPAÑA (Perfecto):	
Fanfarria de prejuicios (prosas).....	3
LOPEZ ORTIZ DE LEON (Angel):	
Arpegios (prosa y verso).....	2
LOPEZ DE HARO (Rafael):	
En un lugar de la mancha (novela manchega)	2
Dominadoras (novela).....	3
El salto de la novia (novela).....	3
LORIENT (Myrtil):	
El dependiente	1
La mujer educada.....	1
MARTIN RUIZ (Leocadio):	
Tierra sultana (prosas).....	1 50
MARTINEZ OLMEDILLA (Augusto):	
La caída de la mujer (novela).....	3
Memorias de un afrancesado (idem),,.....	3
Salvador Rueda,—Su significación, su vida, sus obras,.....	0 25
MARTINEZ-RUIZ (José) «Azorín»	
Los hidalgos (La vida en el siglo XVII).	1 50
MARTINEZ SIERRA (Gregorio):	
Teatro de Ensueño	4
Motivos.....	5
La tristeza del Quijote.....	4
Hamlet y el cuerpo de Sara Bernhardt.....	2
Pascua Florida.....	2
La feria de Neuilly.....	4
Aldea ilusoria.....	4

CATÁLOGO DE OBRAS MODERNAS

Pesetas.

MELIÁ (Juan A.):	
Alma rebelde (prosas).....	3
MESA (Enrique de):	
Flor pagana (prosas).....	3
MIRÓ (Gabriel):	
Del vivir (novela).....	2
Hilvan de excusas (prosas).....	2
La mujer de Ojeda (novela).....	2 50
MORENO (Francisco), <i>Doctor Moorme</i> :	
Biblioteca de Estudios Orientales.	
I <i>La impostura religiosa</i> . El génesis y sus falsas interpretaciones.....	3
II <i>La evolución simio-humana y el desarrollo de la inteligencia en el hombre</i>	4
III <i>La impostura sacerdotal</i> . Orígenes del cristianismo y su derivación.....	3
MUÑOZ (Isaac):	
Vida (novela).....	1
Voluptuosidad (novela).....	3
Morena y trágica (ídem).....	3
El Libro de las victorias.—Diálogos sobre las cosas y sobre el más allá de las cosas....	3
MUÑOZ SAN ROMAN (José):	
Sequia (novela andaluza).....	4
MURGER Y BARRIERE:	
La bohemia (comedia en cuatro actos)....	2
NERVO (Amado):	
Almas que pasan (últimas prosas)	3 50
Otras vidas (novelas cortas).....	3 50

CATÁLOGO DE OBRAS MODERNAS

Pesetas.

ORTIZ DE PINEDO (Adelardo):	
La sima (novela).....	2
Oriente 1953 (novela).....	2
PALOMERO (Antonio):	
Mi bastón y otras cosas por el estilo.....	2 50
PAMPLONA ESCUDERO (Rafael):	
Juego de damas (novela).....	3
PARDO BAZAN (Emulia):	
La sirena negra (novela)	3 50
PEDROSA (Ricardo):	
Amor es vida (novela).....	2 50
QUILIS PASTOR (José):	
Alborada (novela).....	1 50
RAMIREZ ANGEL (Emiliano):	
La tirana (novela).....	1
Madrid sentimental (prosas).....	1 50
RAMOS (Fernando) y BRAVO (Marcelino):	
Alma y carne (novela extremeña).....	2
RÉPIDE (Pedro de):	
La enamorada indiscreta.—Agua en cestillo. —No hay fuerza contra el amor. (Tres no- velas en un tomo)	3
RIZAL (José):	
Noli me tângere (novela).....	1
Ei filibusterismo (novela)	2
RÓDENAS (Miguel A.):	
Tierras de paz.....	3
Romeros del dolor (novela).....	1 50
RODRIGUEZ AVECILLA (C.):	
Rincón de humildes (crónica de un viejo café).	2 50

CATÁLOGO DE OBRAS MODERNAS

Pesetas.

RUSIÑOL (Santiago):

Pájaros de barro.....	5
Desde el molino (impresiones de arte).....	5
La madre.—Cigarras y hormigas (drama).....	3 50
Desde el molino (edición económica).....	1
Vida y dulzura (comedia)	2
Buena gente (comedia en cuatro actos).—El enfermo crónico (comedia en un acto).....	5
La fea (drama en tres actos).—El buen policía (comedia en dos actos).....	5

SALAZAR (Rodolfo):

Risas y lágrimas (novela en cuatro capítulos).	6 50
--	------

SALVADOR Y RAMON (José):

Siluetas ácratas.....	1 50
-----------------------	------

SASSONE (Felipe):

Malos amores (novela)	1
Almas de fuego (novelas cortas).....	3
Vórtice de amor (novela).....	3

SAWA (Miguel):

Ave fémica.....	1
-----------------	---

SILES (José de):

La novia de Luzbel.....	1
La casa de la alegría.....	1
El lobo y la oveja.....	1
El drama del Calvario (leyendas místicas).....	1
Boda buena y boda mala.....	1
El cincel y la paleta.....	1
Acuarelas del redondel (narraciones taurinas).	1
Cielos y abismos.....	1
Memorias de un patriota.....	1

CATÁLOGO DE OBRAS MODERNAS

Pesetas.

La estatua de nieve	1
La copa de veneno.....	1
El paraíso de los pobres.....	1
La hija del fango (novela).....	1
Historias de amor.....	1
El asesino de Lázara.....	1
La pícara Cornelia (novela picaresca).....	1
El barón de chicha y nabo (idem).....	1
La niña del fraile (idem).....	1
SUAREZ DE PUGA (Antonio):	
Pan de centeno (novela gallega).....	2
SYLVA (Carmen):	
El haya roja (novelas cortas);.....	1
TABOADA STEGER (Ricardo):	
El soplo del diablo (prosas)	2
TRIGO (Felipe):	
Las ingenuas (novela), dos tomos.....	7
La sed de amar (novela).....	3 50
Alma en los labios (novela).....	3 50
Del frío al fuego (ellas á bordo), novela.....	3 50
La Altísima (novela).....	3 50
El amor en la vida y en los libros.....	3
Socialismo individualista.....	3
La Bruta (novela).....	3 50
La de los ojos color de uva (novela).....	3
El Barón de Lavos (novela de Abel Botelho traducida del portugués), 2 tomos.....	6
TRIVIÑO (Cayetano):	
Doctrina para el amor.....	2
Lógica forma social:.....	2

CATÁLOGO DE OBRAS MODERNAS

Peretas.

URBANO (Rafael):	
Sello de Salomón (un regalo de los dioses)..	2
VALCARCEL (Manuel) y MARTIN DE SALA ZAR (Julián):	
Amelia (novela).....	2
VALLE-INCLAN (Ramón del):	
Sonata de Primavera (novela).....	2
Sonata de Estío (idem).....	2
Sonata de Otoño (idem).....	2
Sonata de Invierno (idem).....	2
Flor de Santidad (idem).....	2
Aguila de blasón (idem).....	3 50
Jardín novelesco.—Historia de santos: de almas en pena: de duendes y de ladrones..	3 50
Jardín umbrío.....	0 75
El Marqués de Bradomín (novela).....	3 50
Historias perversas.....	2
Romance de lobos (novela).....	3 50
VASSEUR (Alvaro Armando): <i>Américo Llanos.</i>	
El memorial (prosas).....	3
VICENTE (Angeles):	
Teresilla (novela).....	2
Los Buitres (cuentos).....	2
VIDAL (Pepita):	
Cosas que pasan (prosa ligera).....	2 50
VILLAESPESA (Francisco):	
Zarza florida ó el milagro de las rosas (no- vela)	2 50
La Gioconda (comedia de D'Annuzzio, tra- ducida del italiano).....	3 50

CATÁLOGO DE OBRAS MODERNAS

Pesetas

VILLEGAS (Manuel F.):	
Flevit super illam (novela).....	3
VILLEGAS Y BERMUDEZ DE CASTRO (Ramón):	
Géminis (novelas cortas).....	3
ZAMACOIS (Eduardo):	
Río abajo (prosas).....	3
Punto negro (novela).....	3
Desde el arroyo (crónicas).....	1
Tik-Nay. El payaso inimitable.....	3
Desde mi butaca.....	3
ZAYAS (Antonio):	
Ensayos de crítica histórica y literaria.....	3 50

EN VERSO

ABRIL (Manuel):	
Canciones del corazón y de la vida.....	2
BACHILLER CANTA CLARO (El):	
Los señores diputados, 400 semblanzas en verso, con un prólogo de Galdós.....	2
BARRANTES (Pedro):	
Tierra y cielo.....	3
Anatemas.....	2
BARREDA (Ernesto Mario):	
Talismanes.....	2
BLANCO FOMBONA (Rufino):	
Pequeña Opera lírica.....	2
BRENES MESEN (Roberto):	
En el silencio.....	3

CATÁLOGO DE OBRAS MODERNAS

Pescetas

BRIGA (Augusto):	
Mundanas.....	3
CARRERE (Emilio):	
Románticas.....	1
El caballero de la muerte.....	3
CASTRO (Critóbal de):	
El amor que pasa.....	3
CATARINEU Ricardo J.:	
Estrofas.....	2
CONTRERAS (María del Pilar):	
Entre mis muros.....	3
Páginas sueltas.....	2 50
CUQUERELLA (Félix):	
Del amor.....	2
CHOCANO (José Santos):	
Los conquistadores (drama heroico en tres actos).....	2
Fiat Lux (poesías).....	4
DARIO (Rubén):	
Cantos de vida y esperanza.....	5
Prosas profanas.....	5
Canto errante.....	3
DIEZ CANEDO (Enrique):	
Versos de las horas.....	2
La visita del sol.....	2
Del cercado ajeno.....	2
FABRA (Nilo):	
Interior.....	3
Ingenuamente.....	2

CATÁLOGO DE OBRAS MERNAS

Pesetas.

FERNANDEZ VAAMONDE (Emilio):	
Diálogos.....	2
Después del desastre.....	1
FORTÚN (Fernado):	
La hora romántica.....	2
GARCIA VALENZUELA (G.):	
Rumor de notas.....	2
GIL ASENSIO (Federico):	
Como la vida.....	1
GINÉS (Agustín):	
Prinicias.....	1
GODOY Y SOLA (Ramón de):	
Aspiraciones.....	2
GOMEZ JAIME (Alfredo):	
Rimas del Trópico.....	3
GONZALEZ ANAYA (Salvador):	
Medallones.....	2
Cantos sin eco (prólogo de Manuel Reina)....	2 50
ICAZA (Francisco A. de):	
Lejanias.....	2
La canción del camino.....	2
Efimeras.....	2
JIMENEZ (Juan R.):	
Ninfeas.....	5
Jardines lejanos.....	3 50
Rimas.....	3
LOPEZ (Luis C.):	
De mi villorrio.....	2
LOPEZ ALARCON (Enrique):	
Constelaciones.....	3

CATÁLOGO DE OBRAS MODERNAS

Pesetas.

MACHADO (Antonio):	
Soledades-Galerías-Otros poemas.....	3
MACHADO (Manuel):	
Alma-Museo-Los cantares.....	3
Caprichos.....	3
La fiesta nacional.....	0 75
MARQUES DE CAMPO:	
Estampas	2
MARTINEZ SIERRA (Gregorio):	
La Casa de la primavera.....	3 50
MESA (Enrique de):	
Tierra y alma.....	2
MOLINA (Gonzalo):	
Rimas Bohemias.....	2
MORALES (Tomás):	
Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar....	2 50
NERVO (Amado):	
Poemas.....	5
Perlas negras. (poesías).....	5
ORTIZ DE PINEDO (José):	
Dolorosas.....	2
Poemas breves.....	2
Huerto humilde.....	3
ORY (Eduardo de):	
La primavera canta.....	1 50
El pájaro azul.....	1 50
Laureles rosas.....	1 50
Bouquet de Azucenas.....	1

CATÁLOGO DE OBRAS MODERNAS

	<u>Pesetas.</u>
La musa nueva Florilegio de rimas modernas.	3
Mariposas de oro.....	4
OTTEYZA (Luis de):	
Brumas.....	2
Baladas	2
PASO (Manuel):	
Nieblas	3 50
Poesías.....	0
PUJOL (Juan):	
Ofrenda á Astartea.....	2
QUILIS PASTOR (J.):	
Leyendas hispano-americanas.....	2
RÉPIDE (Pedro de):	
Las canciones.....	3
Libertad (poema).....	1
Las canciones de la sombra.....	3
RIVAS (José Pablo):	
Los cantos de la aurora.....	2 50
La ranchera del Jamapa.....	1
ROSADO VEGA (Luis):	
Alma y sangre.....	8
Sensaciones.....	3
Libro de ensueño y de dolor.....	6
RUEDA (Salvador):	
Trompetas de órgano.....	2
Lenguas de fuego.....	2
Piedras preciosas.....	0 50
En la vendimia.....	0 25





1001283656